1492

HARLEQUIN PRESENTS®

ANNE MATHER

Traicionados



ANNE MATHER

TRAICIONADOS

TRAICIONADOS

1991 Anne Mather.
COLECCIÓN: BIANCA nº 576 24—2—93
TITULO ORIGINAL: Betrayed

Protagonistas principales: MATT Y OLIVIA

Argumento:

Diez años atrás, Matt y Olivia se habían amado con pasión y él había querido casarse con ella. Sin embargo, ella decidió dejarlo, aunque eso le destrozara el corazón. Ahora, Olivia había vuelto y Matt no iba a permitir que se burlara de él por segunda vez. ¿Estaría muerto el pasado para ellos? Pero, ¿cómo podía estarlo cuando la atracción entre ambos era más fuerte que nunca?

Capítulo 1

EL Avión sobrevoló el Támesis. Debajo de ella, Olivia vio la ciudad de Londres y los suburbios que rodeaban el aeropuerto. Oyó cómo se activaba el tren de aterrizaje.

El estómago le dio un vuelco, porque era muy consciente de que en pocos minutos volvería a pisar tierra inglesa, algo que había creído que no volvería a hacer.

Lo había prometido diez años atrás. Recordó su desolación al irse del país. Entonces le pareció que todo se derrumbaba a su alrededor. Estaba desesperada por alejarse lo más posible de Lower Mychett. Dudaba que su abuela hubiera imaginado una reacción tan violenta. Y, Olivia descubrió que al menos parte de lo que su abuela le había dicho era cierto: el tiempo ayudaba a olvidar ciertas cosas y lo que antes le había parecido una razón válida para separarse del resto de su familia, ya no era tan importante.

Olivia se pasó los dedos por el pelo rubio y rizado que le llegaba a los hombros. La muerte de su abuela le parecía motivo suficiente como para regresar, pero hacía diez años que la había visto por última vez y nunca habían tenido una relación cercana. La anciana nunca había ocultado que prefería al hermano y a la hermana menores de Olivia.

Sin embargo, cuando Olivia recibió el telegrama de su madre, no vaciló en tomar el vuelo a Londres. A pesar de lo que ocurrió en el pasado, decidió ir al funeral y ni siquiera la desaprobación de Perry la había hecho cambiar de idea. Pensó que tal vez era lo que necesitaba, purgar su alma, antes de rehacer por fin su vida en Estados Unidos. Hacía meses que no sabía qué hacer con su relación con Perry y pronto tendría que tomar una decisión. Lo amaba, pero todavía no quería abandonar su independencia. Viajar a Inglaterra, al pueblo de Lower Mychett en Hampshire, en donde había nacido, tal vez le probaría que el pasado estaba enterrado. Quería sentir lástima por su abuela.

Pero le resultaba difícil sentir algo por la mujer que había destruido con tanta frialdad su juventud. Cuando Olivia tenía dieciocho años, estaba segura de que la esperaba un futuro brillante y fue una tortura que todas sus ilusiones terminaran. Todo le pareció melodramático. Uno de tantos escándalos familiares de los que uno se entera, pero que jamás cree que puedan ocurrir en la propia familia. Al principio, Olivia no creyó a su abuela, pues sabía que la anciana siempre había rechazado su presencia. Pero era cierto. Las cartas lo demostraron. Y cuando Olivia se enteró de que ella y Matthew eran...

Suponía que debía haber culpado a su madre, no a su abuela, pero no fue así. Desde que nació Sara, la hermana menor de Olivia, Felicy Stoner tenía problemas cardíacos. Todos los miembros de la familia, incluyendo a su amoroso marido, Robert Stoner, la mimaban. Olivia jamás hubiera hecho sufrir más a su madre, y hubiera tenido que revelar la verdad a su padre, que nada sabía del asunto.

Olivia suspiró y echó la cabeza hacia atrás, estirando el cuello, con las manos en la nuca. Eso hizo que sus pechos se apretaran contra la blusa de seda y el hombre que estaba junto a ella observó el movimiento con aprobación.

Olivia lo ignoró y siguió mirando por la ventana.

El avión aterrizó. De pronto, la chica tuvo la convicción de que no debió ir a Inglaterra. Cerró los ojos.

Se preguntó si trataba de probar, después de todo, que no había perdido a su familia. A pesar de que ella los había invitado varias veces, sus padres nunca habían ido a Nueva York a verla. Olivia se decía que eran campesinos que no querían montar en avión, pero en el fondo sabía que no era el verdadero motivo. El hecho era que su padre nunca la había perdonado por irse así de la casa. Como Olivia no pudo darle una explicación, se condenó ante él.

Pensó que podría comprobar que irse de Lower Mychett era lo mejor que había podido hacer. Si se hubiera quedado, todo habría sido mucho más doloroso y Olivia sabía que no lo hubiera soportado. Además, su abuela la había alentado a cortar por lo sano y a la chica no le pareció que existiera otra solución.

Tal vez su intención al hacer ese viaje era asegurarse de que Harriet Stoner de veras estaba muerta. Pero no era una chica vengativa, pues sabía que su abuela sólo había querido lo mejor para ella, aunque en aquel entonces no le hubiera parecido que así fuera.

Abrió los ojos. El avión ya se dirigía a la terminal. La azafata empezó a ayudar a los pasajeros a coger su equipaje y por primera vez, Olivia se preguntó si en realidad no esperaba volver a ver a Matthew. Pensaba que lo que había sentido por él era una aberración. Olivia estaba segura de que, con el tiempo, se hubiera desenamorado de Matthew, aunque su abuela no hubiera intervenido. Harriet Stoner no quiso arriesgarse, y no podía culparla. Su nuera hizo caso omiso de lo que sucedía, pero ella no podía imitarla. Era una mujer muy religiosa, temerosa de Dios, y su moral, tan estricta, le había impedido guardar silencio.

Olivia tembló al recordar lo que le había horrorizado entonces. A los dieciocho años, todo le parecía más definitivo y no había matices en su punto de vista. Pero ahora pensaba de manera distinta. Sus

experiencias de Nueva York le habían enseñado que la vida era siempre cambiante. Lo que diez años atrás la había escandalizado, ya no la pasmaba tanto. De pronto, recordó que vivía en Nueva York y que sin duda en Lower Mychett el estigma se conservaría siempre.

En aquel momento conectaron el conducto rodante a la cabina del avión. Los pasajeros empezaron a salir. Olivia cogió lentamente su bolso y la maleta que Perry le había regalado.

Sin embargo, al caminar se llenó de vigor. A aquellas horas de la mañana, no había mucha gente en el aeropuerto y a Olivia le agradó poder estirar sus largas piernas. Decidió que estar siete horas en un avión era demasiado, pero no había querido ir en Concorde, como le había sugerido Perry. Pensó que tal vez había estado retrasando el momento de volver a ver a su familia.

Para cuando recogió su otra maleta y pasó por la aduana, ya casi eran las nueve. Había enviado un telegrama a su madre, avisándole del número de vuelo y la hora de llegada, pero no esperaba que nadie fuera a recibirla.

Era el tiempo de cosechar y supuso que su madre y su hermano estarían demasiado ocupados trabajando en Rycroft como para ir a Londres a buscar a la oveja negra de la familia. Olivia puso su equipaje en un carrito y se dirigió a la salida.

Había unas cien personas esperando a los pasajeros. Algunos la miraron con curiosidad, otros mostraban letreros buscando a alguien. Olivia no vio nadie que la buscara a ella, así que no se sorprendió al salir de la zona sin que nadie la interceptara.

Y sin embargo, tenía la esperanza de que alguien hubiera ido por ella. Por eso se había negado a que Perry arreglara su traslado del aeropuerto a Lower Muchett. Había pensado coger un taxi a Londres y de allí el tren a Winchester, pero pronto descartó la idea. No quería encontrarse con el tráfico de la M4. Matthew solía ir por ella a Londres, recordó, y la llevaba a su cuarto en la universidad...

Olivia reprimió el pensamiento. Decidió alquilar un coche, pero sólo llevaba el permiso de conducir en Estados Unidos. Y tenía que llegar a tiempo para el funeral de su abuela.

En el fondo, había tenido la seguridad de que alguien iría a recogerla. Escribía con cierta frecuencia a su madre.

—Olivia.

Nerviosa y tensa, la chica se volvió al oír su nombre. Y se quedó de una pieza, sin poder creer lo que veía.

—¡Ma... Matthew!

—Hola —inclinó al cabeza—. ¿Cómo estás?

—Este... bien. Estoy bien —Olivia tragó saliva y miró a su

alrededor—. Este… —frunció el ceño—. ¿Has venido a recogerme?

—Bueno, no estoy admirando los aviones —contestó él secamente —. ¿Ha tenido un buen viaje?

Olivia jadeó. Le parecía que aquella conversación tan cortés debía ser producto de su imaginación. Recordaba muy bien cómo había reaccionado Matthew cuando le anunció que se iba a Estados Unidos. Estaba furioso con ella. Olivia había creído que iba a pegarla y las palabras que habría usado Matthew para describirla entonces, estaban grabadas para siempre en su memoria. Por eso aquella escena le parecía irreal. El Matthew que ella recordaba nunca podría perdonarla. Pero no había podido decirle la verdad. Y, de estar ella en su lugar, habría hecho lo mismo, si Matthew la hubiera abandonado. Después de todo, estaban muy enamorados.

—¿Éste es todo tu equipaje? —inquirió Matthew y Olivia tuvo que volver al presente.

—¿Qué? —lo miró atontada y luego asintió, nerviosa—. Ah, sí. Sí. Esto es todo.

—¿Estás bien?

—Sí —Olivia el miró a los ojos, haciendo un esfuerzo—. Sí, estoy muy bien, gracias, ¿Y tú?

—Fantástico —declaró cogiendo el carrito—. Tengo el coche aparcado fuera, pero estoy en una zona restringida. ¿No te importa si nos damos prisa?

Olivia volvió a tragar saliva. Sin poder evitarlo, le puso una mano en el brazo. Debajo de la chaqueta, sintió sus músculos duros y cálidos.

Y también el rechazo instintivo de Matthew. Apartó la mano con rapidez.

—Perdón —murmuró y se acomodó el bolso en el hombro.

—¿Pasa algo malo? —la miró con dureza. Por un segundo, Olivia creyó oír una emoción más profunda en su voz.

—No, nada —aceleró el paso. Se preguntó qué diría él si le dijera que tenía que asegurarse de que su presencia era real.

Hacía años, Matthew tenía un viejo Mini que entre él y un amigo mecánico arreglaron. Robert Stoner siempre había dicho que Matthew conducía demasiado rápido, aunque en aquella época lo preocupaba más que el chico tuviera rectas intenciones para con Olivia. Después de todo, era el hijo de lady Lavinia Ryan. Aunque el padre de Matthew no fuera noble, era dueño de Rycroft y eso equivalía a tener un título en Lower Mychett.

El coche que estaba en el aparcamiento estaba muy lejos de ser un Mini. A pesar de que estaba un poco sucio, Olivia se dio cuenta de que

era un Mercedes muy elegante, no un deportivo.

—Entra —abrió la puerta a Olivia—. Yo me encargo del equipaje.

—Gracias —se mordió el labio y se sentó. Ya segura de que no era una fantasía, la acosaron otras dudas. Se preguntó qué hacía Matthew allí. Y quién le había pedido que fuera a por ella.

Matthew cerró el portaequipajes y puso el carrito del aeropuerto en su lugar. Se sentó al volante y se puso el cinturón de seguridad, mientras Olivia aprovechaba la ocasión para mirar su perfil.

No había cambiado mucho. Era muy consciente del musculoso muslo que estaba cerca del suyo. Estaba un poco más fuerte lo que le parecía lógico. Él tenía treinta y dos años y ella veintiocho.

Notó que su rostro había envejecido más que su cuerpo. Tenía arrugas junto a la boca y los ojos. Sus ojos grises estaban más hundidos. Pero tenía el pelo tan oscuro como siempre y un poco largo.

Cuando ella bajó la cabeza para evitar sus fríos ojos, vio el anillo que Matthew tenía en la mano izquierda. El estómago le dio un vuelco al darse cuenta de que era una alianza. A pesar de que Olivia sabía que no debía sentirse así, la invadió un fuerte mareo.

Por un momento, creyó que iba a vomitar. De alguna manera logró controlarse, aunque empezó a sudar. «Santo Dios», pensó mientras se enjugaba la frente con el dorso de la mano, sabía que no debía importarle lo que Matthew hubiera hecho en los años que estuvieron separados. Era de esperar que hubiese encontrado a otra mujer, que se hubiera casado, que tuviera una familia. Después de todo, eso hacían casi todos los hombres y Matthew era un hombre muy atractivo.

Sin embargo, el mareo persistió. Olivia sabía que no podía ser objetiva en lo que Matthew se refería. Considerar la relación desde otro país, era fácil, pero no lo era tener un encuentro cara a cara.

A pesar de que se esforzó por tranquilizarse, Matthew se percató de que estaba jadeando.

—¿Te encuentras mal? —inquirió. Mostró preocupación, a pesar de que tenía que concentrarse en el tráfico—. Por el amor de Dios, ¿por qué no me has dicho que no estabas bien antes de subir al coche?

—Sólo… es un ligero mareo… —protestó Olivia y se preguntó qué diría él si supiese la causa. Pensó que era probable que a él le gustara vengarse de ella si sabía que lamentaba la separación.

—Mmm —se impacientó él. Abrió las ventanas y el aire que entró animó a la chica—. Vamos a ir a un restaurante en la carretera para tomar algo de café —la miró de modo penetrante—. ¿No has desayunado en el avión?

—No tenía hambre —reconoció la chica—. Además, la comida de las líneas aéreas es muy desabrida, ¿no crees? —se humedeció los

labios, nerviosa.

—Tal vez, no he viajado tanto como tú —contestó, manteniendo la vista fija en el camino—. Parece que no comes mucho ahora.

—Ah, gracias —la respuesta de Olivia fue defensiva—. Me agrada oír que piensas que estoy desnutrida.

—Yo no he dicho eso —fue cortante. Pero Olivia no estaba de humor para considerar que la charla era incongruente.

—¿Ah, no? Bueno, tal vez te interese saber que, en el lugar del que vengo, nunca puedes estar demasiado delgada.

—Ni ser demasiado rica, según he oído —la contestación fue rápida y cortante—. Me imagino que no puedes tener una cosa sin la otra, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso? —Olivia respiró hondo.

—Nada —Matthew se encogió de hombros, como si no quisiera discutir con ella—. Sólo era por decir algo, eso es todo —entró en el carril que los llevaría a la M3—. Hay un área de servicio por aquí. Sí, allí está el letrero. Sólo faltan tres kilómetros.

—No tienes que parar por mí —estaba tensa y sabía que estaba exagerando las cosas. Sin embargo, Matthew sólo la miró sin decir nada.

—Vamos a parar —apartó frente al restaurante—. Quiero un café. Eran apenas las seis de la mañana cuando salí de casa.

—¿Y por qué has venido? —apretó los labios—. Habría podido arreglármelas sola.

—No me digas —apagó el motor—. Bueno, tu madre me pidió que viniera a buscarte. No pude negarme. Ella y tu padre, igual que el resto de la familia, están muy tristes por la muerte de tu abuela. Ha sido muy duro para ellos desde que tuvo el primer infarto, antes de Navidad.

—¿Tuvo un infarto antes de la Navidad? —exclamó y lo miró extrañada—. No lo sabía.

—Me imagino que pensaron que eso no te interesaría —Matthew abrió la puerta—. ¿Vienes? ¿O estás decidida a hacer que las cosas sean más difíciles de lo que ya son?

—¿Más difíciles? —repitió y salió del coche. No le parecía justo que él la mal interpretara. No había sabido nada de la enfermedad de su abuela ni de lo doloroso que debía ser para toda la familia.

—Sí, más difíciles —Matthew cerró el coche con llave—. No me hagas recordar lo egoísta que eres.

—No te pedí que vinieras —lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No —concedió Matthew con un suspiro—. No me lo pediste. Y también has dejado bien claro que preferirías que no hubiera venido

—miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oyera—. Pero, por favor... ¡no hagas una escena aquí! Por la memoria de tu abuela, estoy dispuesto a olvidar el pasado y tú también deberías hacerlo. Diez años son mucho tiempo para que te guarde rencor… y para que tú te sientas culpable.

Capítulo 2

EL SOL salía cuando ellos se sentaron en una mesa junto a la ventana. Bañó a Olivia con la luz, reconfortándola. Miró fijamente su café y se preguntó si habría sido una tontería ir a Inglaterra. Nadie la había pedido que fuera y sin importar lo que Matthew pensara, diez años no le parecía mucho tiempo para que algunas heridas sanaran.

No le parecía que estuviera sufriendo mucho. Miró sus manos de dedos largos, Matthew devoraba huevos con bacon y tomates con buen apetito. Olivia envidió su habilidad para ignorarla por completo.

Tenía unas manos bonitas, pensó sin querer y se estremeció. Hubo un tiempo en que aquellas manos le habían sido tan familiares como las suyas. Si no se cogían de la mano, Matthew le solía rodear los hombros con un brazo. Olivia siempre había disfrutado mucho de ello. Quería que él la tocara y quiso tocarlo siempre con la misma urgencia. Y, cuando estaban a solas...

La chica se obligó a beber un sorbo de café. Trató de mantener el resentimiento por los comentarios que Matthew le había hecho antes. Pensó que sólo si estaba enfadada con él podría conservar la calma. No se había dado cuenta de lo sencillo que sería considerar su relación desde otro punto de vista ni seguir deseándolo. Cierto, el tiempo había cambiado muchas cosas. Ella ya no era la chica idealista que había partido a Estados Unidos. Y, como tenía más experiencia, también era mucho más tolerante.

Volvió a mirar a Matthew disimuladamente. Nunca hubiera creído que todavía pudiera sentirse atraída por él. Había sido su primer amor y, después de todo, no lo había podido olvidar.

Entonces, Matthew alzó la cabeza y sus miradas se encontraron. Olivia tuvo que hacer acopio de fuerzas para soportar la mirada dura del hombre. No sabía si él podía adivinar todas sus reacciones, como antes. Aunque la chica conocía el arte del disimulo, la mirada de Matthew fue muy intensa.

—No me mires así —dijo después de un momento. Terminó de comer y apuró su taza de café—. Termínate el café, Olivia. Es hora de irnos.

—¿De veras? —quería quedarse. Sabía que era una locura, pero la única manera de conservar la animosidad entre ambos, era provocar el enfado de Matthew—. Creo que después de todo comeré algo —miró el servicio con un interés provocativo—. Tal vez un bollo caliente. Es lo que suelo desayunar en casa.

—Muy bien —Matthew apretó los dientes—. Te espero en el coche.

No te apresures. Voy a comprar un periódico mientras terminas.

—Vaya —se indignó la chica—. Después de que te he visto devorar las fritangas más repulsivas, tú piensas dejarme sola.

—Estás hablando del típico desayuno inglés —hizo una mueca sarcástica—. No todos somos adictos a las costumbres saludables.

Olivia no le dijo que había ingerido grandes cantidades de colesterol. Además, él tenía un aspecto de lo más sano. Su piel estaba bronceada y la joven se preguntó a qué se dedicaría.

—Bueno, además, no tenemos mucha prisa, ¿verdad?

—Tengo muchas responsabilidades —concedió Matthew—. Vamos. Ve a por tu bollo, si eso quieres. Tal vez lo que necesitas es comer para no volver a marearte como antes.

—¿Puedes comprármelo tú? —pidió Olivia—. Me temo que no tengo cambio.

Matthew la miró con paciencia y se dirigió a la mesa del buffet. Olivia lo vio sonreír a la cajera y sintió una punzada de envidia. Pensó que Matthew debía estarle sonriendo a ella, no a una extraña. Tenía una sonrisa tan bonita y cuando estaba relajado parecía mucho más joven.

—Aquí tienes —le puso enfrente un pastel de duraznos—. Está caliente, como querías, pero tal vez no sea tan sabroso como los que sueles comer.

—No seas así —lo miró al ver que él no se sentaba. Usó todo su encanto para que la acompañara—. No te vas a ir al coche, ¿verdad?

—Liv... —sus ojos se oscurecieron.

—Es la primera vez que me llamas así! —exclamó cogiendo un pedazo de pastel.

—Estoy casado —los ojos de Matthew reflejaron el tormento de la chica. Aunque ya lo sabía, Olivia sintió un nudo en la garganta.

—¿Y qué? —logró tragar—. Sólo quiero hablar contigo.

Matthew vaciló, pero se volvió a sentar, resignado.

—Está bien —suspiró—. Habla. Te escucho.

Olivia apartó los ojos de los de él.

—No es fácil —supo que debió dejar que él se marchara. Jugar con Matthew Ryan era como jugar con fuego. Y, a pesar de que conocía los riesgos y peligros, no había podido evitarlo—. Supongo... que sólo quiero que seamos amigos —al fin alzó los ojos—. Como dices, diez años es mucho tiempo.

—De alguna manera —Matthew la miró con hostilidad—. Yo dije que estaba dispuesto a olvidar el pasado, pero eso no significa que quiera que seamos amigos.

—¿No te parece que eso es algo contradictorio? — suspiró Olivia

—. ¿Cómo puedes decir que estás dispuesto a olvidar y luego usar eso como motivo para rechazar cualquier relación entre tú y yo?

—No me interesa hablar del asunto —se impacientó—. ¿Te importaría terminar para que nos vayamos?

—Somos personas diferentes —se inclinó hacia él—. Como has dicho, estás... casado. Yo estoy con otro hombre. Y... no sabemos nada el uno del otro en realidad. Me gustaría volver a conocerte; claro, de manera objetiva nada más. ¿No sería eso más civilizado?

—¡Civilizado! —se atragantó Matthew, ruborizado—. ¿Qué tuvo nuestra relación de civilizada? No conoces el significado de esa palabra, Olivia. Me utilizaste. Me hiciste creer que me querías tanto como yo a ti. Y para ti todo fue un juego, nada más. Sólo querías que estuviera loco por ti. Bueno, pues eso se acabó. Aprendí la lección. No volverás a utilizarme.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —la miró con amargura—. Supongo que el hecho de que la chica con quien pensabas casarte se fuera a Estados Unidos con un guitarrista, no fue algo humillante, ¿verdad?

—No fue así —negó con la cabeza—. Sabes que yo era la niñera de los Kramer. Stephen Kramer no estaba interesado en mí. Estaba muy enamorado de Denise.

—Mira, lo único que sé es que estábamos pensando en irnos a vivir juntos y al día siguiente te fuiste a Nueva York en un avión. Fue un tormento para mí, te lo aseguro. Por no decir que me destrozaste emocionalmente. Me sedujiste, Olivia. Y ahora estás hablando de ser civilizados —se mofó.

—¡Qué... yo te seduje! — tragó saliva y contuvo el aliento—. ¿Acaso has olvidado que yo era virgen hasta que tú me hiciste el amor?

—No te hice el amor, hice el amor contigo —corrigió—. Oh, ¿qué sentido tiene? El amor es una palabra que no significa nada para ti, ¿verdad? Anda. Vámonos de aquí —se puso de pie—. ¿Vienes?

Olivia agachó la cabeza. No tenía alternativa y él lo sabía.

Mientras salían del restaurante, la volvió a invadir el resentimiento. No podía repetir muchas cosas que él había dicho, pero nunca aceptaría que sólo ella era responsable de la forma en que se había desarrollado su relación. Ella era inocente cuando fue por primera vez al cuarto que Matthew tenía en la universidad. No podía decirle que ella fue quien lo sedujo.

Por unos momentos, la indignación la cegó. Cuando salieron del restaurante, lo cogió del brazo.

—No me importa lo que digas... ¡Tú me deseabas! —declaró con

voz ronca y miró los ojos de Matthew. Éste maldijo en voz baja y la cogió de la nuca.

—Ya lo sé —sus dedos la apretaron más. De pronto, inclinó la cabeza y la besó.

Olivia quedó embargada por el deseo. Era algo que no podía evitar. Todo fue muy rápido, inesperado. La súbita calidez de los labios de Matthew sobre su boca entreabierta la mareó. En vez de apartarlo de ella, se aferró a su camisa y un botón se desabrochó, permitiéndole acariciar el vello de su pecho.

—¡Dios!

El rechazo de Matthew fue como una bofetada para la chica.

Olivia abrió los ojos y lo vio alejarse, muy agitado. Pero no fue nada comparado con el horror que la invadió al darse cuenta de que nada había cambiado entre ellos. Matthew seguía siendo el único hombre que podía derretirla y bastó para que la chica deseara no haber salido de Nueva York.

—¿Está usted bien? —inquirió un hombre que salió del restaurante mientras la admiraba con disimulo. Olivia le sonrió, tensa.

—Este... sí, gracias —contestó—. Parece que está impaciente, ¿verdad?

—¿Quién...? ¡Oh! —exclamó Olivia al ver que el Mercedes se dirigía a la salida. Se movía con lentitud, pero la intención de Matthew era obvia. Olivia hizo un gesto de impotencia y corrió hacia él.

Alcanzó el coche con la respiración agitada.

—Maldito —se disgustó.

Matthew la miró furioso.

—No es culpa mía que te entretengas coqueteando con todos los hombres que ves —replicó con frialdad y aceleró. Olivia se quedó de una pieza al oír la acusación.

—No estaba coqueteando con nadie —declaró poniéndose el cinturón de seguridad.

—¿Qué le has dicho? —hizo una mueca—. ¿Que te estaba maltratando?

—¡No! —lo miró—. Me ha preguntado si estaba bien, eso es todo.

—¿De veras?

—Sí, de veras —desapareció su rabia al verlo resentido—. ¿Qué te pasa? ¿Estás celoso?

No la contestó y Olivia no esperó que lo hiciera. Aquello terminaba con sus esperanzas de que pudieran salvar lo que quedaba de su relación.

Suspiró y se desabrochó el primer botón de la blusa. Se alegraba de

llevar zapatos de tacón bajo, de lo contrario, jamás lo habría logrado.

Se preguntaba si Matthew se hubiera ido sin esperarla. Lo dudaba... aunque tal vez era demasiado optimista. Su desprecio por ella le parecía evidente.

Olivia calculó que todavía faltaba una hora para llegar al pueblo y decidió intentarlo de nuevo. Después de todo, no podían llegar a casa de sus padres en aquel estado.

—Bueno... háblame de tu esposa —susurró con suavidad—. ¿Cuánto tiempo lleváis casados? ¿Tienes hijos? —era la pregunta más difícil de todas.

Olivia creyó que Matthew no diría nada. El silencio se tensaba cada vez más.

—Claro, tienes razón. Estaba celoso —declaró él al fin.

Era lo último que Olivia esperaba y perdió el aliento.

—Matt...

—No te preocupes —se interrumpió, despreciándose a sí mismo—. No tengo intenciones de hacer nada al respecto. Es sólo una aberración y ya se me pasará. Sólo tengo que recordar una y otra vez quién eres.

Olivia no se defendió. Tal vez era más fácil que Matthew creyera lo que quisiera respecto a ella.

—Bueno —apretó los labios y alzó la cabeza—, ¿por qué no me hablas de tu esposa? ¿Quién es? ¿La conozco?

—¿Por qué tengo que hablarte de mi esposa? —la miró con desprecio—. No tienes que darme coba, Olivia. No te voy a abochornar delante de tus padres, si eso es lo que temes.

—No temo a nada —suspiró, harta—. Por el amor de Dios, Matt, sólo estoy tratando de charlar contigo sin que nos ataquemos después de decir dos palabras...

—¿Y te imaginas que no pelearemos si hablamos de mi matrimonio? —se burló—. No lo creo. Lo que sí puedo decirte es que Helen no se parece en nada a ti.

—¿Helen? —frunció el ceño—. ¿Helen Berrenger?

—No. Helen Ryan —fue sucinto—. Hace diez años que estamos casados.

—Quieres decir que... —Olivia se calló. Le parecía demasiado doloroso. Pensar que Matthew se había casado con Helen sólo unos meses después de que ellos rompieran... le dolió mucho. Helen Berrenger. No lo podía creer. Helen, a quien sólo le importaban los caballos. Pero sabía que era un buen partido. Su linaje era casi tan viejo como el de Matthew y su padre era dueño de caballos de carreras, así como de una gran parte del condado.

—¿Y bien? —inquirió Matthew cuando el silencio se alargó—. ¿Qué esperabas? ¿Un conjunto imperecedero entre tú y yo?

—¡No! —se defendió—. Claro que no. Pero... ¡Helen Berrenger!

—¿Por qué no? —alzó las cejas—. Yo no iba a cometer otro error.
— ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Helen jamás habría hecho lo que tú —fue frío —. Ella entiende lo que significan el honor... y la integridad.

—Y yo no, ¿verdad? —protestó—. No me digas. Se trata del viejo sistema de cartas, ¿no? Mi padre es sólo uno de los arrendatarios de tu padre, así que por supuesto que yo no tengo los méritos necesarios...

—No te atrevas a decir eso —interrumpió, irritado—. Y no pienses que puedes purgar tu sentimiento de culpa al hacer que yo me sienta culpable. Sabes muy bien que nunca se habló de que no fueras lo bastante adecuada para mi familia. Sabes que les gustabas a mis padres. Siempre te trataron con amabilidad en Rycroft. Y se quedaron tan pasmados como yo cuando huiste.

—De todos modos...

—De todos modos, nada. Si ahora sienten desprecio por ti, es justificado. Mi padre quiso que fuera a buscarte. Me ofreció pagarme el billete de avión para que tratara de convencerte de que volvieras.

—Y no lo hiciste —Olivia tragó saliva.

—No, no lo hice —hizo una mueca—. Todavía me quedaba algo de orgullo. Y además, tu abuela me dijo que tu partida no fue nada impulsiva. Al parecer, hacía tiempo que pensabas marcharte.

—Eso no es... —Olivia se llevó una mano a la boca. ¿Se preguntó de qué serviría que le diera una explicación y cómo podría hacerlo sin traicionar a las mismas personas a quienes había protegido con su huida a Estados Unidos? Le parecía irónico que hubiera sido el padre de Matthew quien quiso que fuera a buscarla. Claro que él ignoraba sus responsabilidades, al igual que el mismo Matthew.

—¿Eso no es qué? —le prestó más atención—. ¿Así no fueron las cosas? ¿Cómo, entonces? Dímelo. Dime cómo conseguiste ese empleo con los Kramer si es que no contestaste a un anuncio. Un anuncio del que yo nunca me enteré —hizo una mueca.

Olivia suspiró. Habría podido explicarle que su hermano Andrew conoció a Stephen Kramer cuando estudiaron juntos, aunque luego se separaron, pues la familia de Stephen fue a vivir a Londres. Andrew siguió escribiéndole, pero Olivia no. Pensó que tal vez era mejor que Matthew creyera lo que la abuela había dicho. Aunque Olivia se sentiría mejor si Matthew dejara de odiarla.

—Está bien —miró por la ventana—. Me porté mal. Lo confieso, pero... como tú y Helen os unisteis con tanta rapidez, tal vez te hice

un favor, ¿no?

Vio que la sien de Matthew palpitaba. No contestó nada, sólo la miró con desprecio. Olivia se conformó con saber que nunca podrían reconciliarse.

Salieron de la M3 en Winchester y, después de rodear la antigua ciudad romana, tomaron la carretera a Abbot's Norton. No se volvieron a detener y a las once y media vieron a lo lejos Lower Mychett.

Todo le resultaba tan familiar, que Olivia apretó las manos nerviosa.

Era la hora de la comida, así que no había muchas personas en las calles. Sólo unos niños jugaban junto al edificio de correos. Algunos ancianos reconocieron el coche de Matthew y lo saludaron. Todos conocían y respetaban a los Ryan. Y no sólo porque controlaban el medio de vida del pueblo.

—¿No es ésa Jenny Masón? —exclamó Olivia, al ver a una chica con quien había ido a la escuela. Empujaba un cochecito con gemelos por la calle. Un niño de más de cuatro años, la seguía. Olivia la miró fijamente, apenas pudo reconocer a su amiga.

—Así es —declaró con cierta sequedad—. Salvo que ahora es Jenny Innes. Se casó con Tony, el amigo de tu hermano.

—Jenny con Tonny Innes —Olivia no lo podía creer—. Era la chica más inteligente de toda la clase. Siempre quiso ser maestra y yo pensé que iría a la universidad a estudiar una carrera.

—Bueno, uno no siempre tiene lo que quiere, ¿verdad? —observó Matthew, tenso—. Es obvio que prefirió quedarse con Innes a ir a estudiar fuera —se encogió de hombros—. La gente hace cosas muy extrañas cuando está enamorada.

—No importa, ya sabes cómo era Tony Innes —insistió Olivia—. Y, mirando a Jenny, no creo que haya cambiado mucho.

—¿Y eso qué? —Matthew apretó los dientes—. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque Jenny es mi amiga —replicó Olivia. «Y ahora parece cansada y desilusionada», añadió para sus adentros. Vio cómo su amiga cogía con cierta irritación la mano del niño mayor. Le, parecía una mujer de cuarenta años. !

—¿No te mantuviste en contacto con ella mientras estabas en Estados Unidos? —la vio negar con la cabeza—. Entonces no eres una buena amiga —señaló—. No creo que Jenny quiera tu compasión. Es probable que se haya olvidado de tu existencia.

Olivia apretó los labios.

—Eso ha sido un comentario cruel —entraban a la calle que

llevaba a la granja de los Stoner—. No éramos amigas íntimas. Quiero decir, cuando cumplí diecisiete años…

Olivia se interrumpió al darse cuenta de lo que iba a decir. Pero Matthew terminó la frase por ella.

—Cuando tenías diecisiete años, no teníamos mucho tiempo para alguien más que no fuéramos nosotros —se tornó sombrío—. Yo volvía a casa todos los fines de semana para que pudiéramos estar juntos.

—Lo sé —susurró con voz apenas audible.

—Tenía ganas de matarte —exhaló Matthew con fuerza—. Quise hacerlo. Creo que por eso no fui a buscarte. No confiaba en mí mismo. Y tu familia ha sufrido mucho.

—¿Mi familia? —frunció el ceño al ver su rara expresión.

—Bueno, tu madre… —era obvio que pensaba que Olivia sabía de lo que hablaba—. No fue justo provocarle más…

—¿Mi madre? —cortó Olivia sin entender—. ¿De qué hablas? ¿Por qué sólo mencionas a mi madre? Ah, te refieres a su angina de pecho…

—No, no me refiero a su angina —se impacientó Matthew. La miró con detenimiento—. Bueno… supongo que lo sabes… debes saberlo.

—¿Debo saber qué? —Olivia empezó a sentir angustia.

—Que… que tu madre tuvo un infarto el día en que te fuiste de casa. ¿No sabes que desde entonces está confinada en una silla de ruedas?

Capítulo 3

OLIVIA no podía dormir. Durante más de una hora se movió inquieta en la cama desconocida. Incapaz de soportar más el tormento de sus pensamientos, se levantó y se puso una bata.

Pensó que tal vez si bajaba a tomar un vaso de leche caliente podría relajarse. Tenía que escapar de la habitación y de los ronquidos de Sara que dormía en la otra cama.

Sara estaba tranquila. Estaba embarazada de su primer hijo y necesitaba descansar más que los demás. Al igual que Olivia, había llegado aquel día de Portsmouth. Allí estaba casada con un oficial naval. Sólo había ido para el funeral de la abuela.

Olivia abrió la puerta con cuidado. A pesar de que tenía alfombra, el suelo de madera crujía mucho. Olivia recordó cuando ella y Sara solían bajar a escondidas a asaltar el refrigerador. Suspiró. Habían pasado muchos años y ya no sabía por dónde no pisar.

Logró llegar a la cocina sin despertar a nadie. Encendió la luz. Un gato viejo maulló cuando ella sacó la leche de la nevera. A pesar de que tal vez ya había recibido su ración, Olivia llenó su plato y se lamió un dedo. Había olvidado cómo sabía la leche entera. Ella estaba acostumbrada a tomarla desnatada.

Se estaba sirviendo una taza de té cuando se abrió la puerta de la cocina. Su padre entró, en bata y zapatillas. Tenía un aspecto menos rígido que cuando recibió a su hija, hacía más de doce horas. De todos modos, miró a Olivia con severidad.

—Espero que no te importe —tartamudeó la chica y se sintió como una intrusa—. No podía dormir, así que he bajado a prepararme un té. ¿Quieres algo?

—No, gracias —Robert Stoner se acercó a la mesa. A Olivia le pareció que había envejecido mucho. Tenía el pelo lleno de canas y los hombros algo caídos—. Tu madre te ha oído bajar por la escalera —añadió—. Me ha mandado a investigar qué pasaba.

—Entiendo —se humedeció los labios con la lengua—. Bueno, ¿crees que querrá...?

—Tu madre no toma té por la noche —declaró con un suspiro—. No puede dormir si lo hace.

—Ah —se mordió el labio—. Siento haberos despertado. Yo... no pensé...

—No.

Olivia supuso que su padre no la había perdonado todavía.

—Bueno, dejaré que te tomes tu té en paz.

Robert Stoner se dirigió a la puerta. Olivia se puso de pie,

arriesgándose a recibir otro rechazo.

—¿No quieres quedarte hasta que termine? Apenas si hemos intercambiado unas cuantas palabras desde que llegué. ¿No crees que deberíamos reconciliarnos? Por lo menos, inténtalo… por el bien de mamá.

—¡Por el bien de mamá! —se volvió enfadado—. ¿Desde cuándo te importa tu madre?

—Siempre me ha importado mi madre… y tú —replicó con la voz ronca—. Por favor, papá, ¿qué hice que fue tan horrible? Sólo lo que hacen miles de chicas todos los días.

—¿Cómo puedes decir eso cuando sabes lo que eso le provocó a tu madre? —habló con dureza y la oyó suspirar.

—No sabía… lo que le pasó —protestó la chica.

—Y nunca te tomaste la molestia de averiguarlo, ¿verdad?

—Oh, papá, yo quería que fuerais a Nueva York. Como… no lo hicisteis.

—¿Te olvidaste de nosotros? —sugirió.

—Te equivocas —se quitó el pelo de la cara—. Pensé… ay, ya no sé qué fue lo que pensé. Supongo que creí que no me habíais perdonado —lo miró con tristeza—. Y todavía no lo habéis hecho.

—¿Y qué esperabas? — habló con amargura—. No ha sido fácil para nosotros, Livvy. Nos habría ayudado mucho que estuvieras en casa, sobre todo desde la enfermedad de tu abuela. Pero no te importó,¿verdad? Estabas muy ocupada haciéndote rica, mezclándote con quién sabe qué hombres. Nos avergonzaste a tu madre y a mí al actuar como si Matt no fuera suficiente hombre para ti.

—No fue así… —se ruborizó.

—¿Ah, no? —apoyó las manos en la mesa—. Déjame que te diga que así fueron las cosas. ¿Tienes idea de lo que nos hubiera podido pasar cuando rechazaste a Matt?

—¿Qué quieres decir con eso? —Olivia tragó saliva.

—Quiero decir que alquilamos la tierra aquí, Livvy. Esta casa, además del terreno en la que está, la tierra que nos da de comer… todo es propiedad de los Ryan. ¿Qué habría sucedido si el viejo Matthew hubiera decidido echarnos…?

—No lo habría hecho.

—Pudo hacerlo —apretó las manos—. Hubiera estado en su derecho, Livvy. Y cuando rechazaste al joven Matt, hubo algunos en el pueblo que creyeron que eso merecíamos.

—No lo hubiera hecho —negó con la cabeza, menos convencida—. Bueno, pues no lo hizo —susurró.

—No, porque tu madre tuvo que ser llevada de emergencia al

hospital un día después de que te fueras. Los Ryan se apiadaron de nuestra situación. Matt vino incluso a ayudar a Andy mientras yo estaba en el hospital. Espero que hayas encontrado lo que buscabas, porque dudo que alguna vez conozcas a un hombre mejor que Matt Ryan.

—¡Bob! Tu voz se oye en toda la casa.

La puerta se abrió y Felicity Stoner entró en la cocina. Desde que tuvo el infarto, ella y su marido dormían en la planta baja. La señora Stoner miró a su esposo y a su hija.

—Cissie, ¿qué haces fuera de la cama? —Robert Stoner cambió si tono de voz de modo increíble al dirigirse a su mujer, pero por una vez ella no respondía a su ternura y calidez.

—No importa, ¿qué hacéis vosotros dos? —se impacientó—. Por el amor e Dios, Bob, hace cinco minutos que nuestra hija está en casa, y ya estás diciéndole que se vaya.

—No es cierto —se indignó su marido.

—Sí, lo es —fue igual de dura que él—. Por lo menos he oído una parte de lo que decías. Y quiero que sepas que no estoy de acuerdo contigo ¿Qué sentido tenía que Olivia se casara con Matt si no lo amaba? ¿Habrías preferido que fueran desdichados, sólo porque temías ofender a los Ryan?

Era un comentario justo y razonable y Olivia deseó que se la hubiera ocurrido a ella. Pero no se había ido por no estar enamorada de Matt, sino por amarlo demasiado.

No por primera vez miró con admiración a su madre. Felicity Stoner parecía una mujer frágil y débil, pero era tan firme como una roca. Por ejemplo, nunca, en todas las cartas que le había escrito a Olivia, insinuó que su salud estuviera deteriorada. Y de pronto daba una explicación perfecta a los motivos por los cuales Olivia se había ido de casa.

Y Olivia no pensaba que fuera el orgullo ni la compasión lo que había hecho que su madre la defendiera. Ella sabía por qué Olivia se había ido del país. A pesar de que ella nunca le había contado nada a nadie, pues así se lo prometió a su abuela, Felicity también sabía la verdad. Y la chica se preguntó cuánto tiempo habría dejado pasar su madre antes de que ella hubiera intervenido para terminar la relación con Matthew.

—Las cosas tienen que decirse —protestó el padre y se pasó la mano por el pelo cano—. Livvy no puede volver a pensar que todos vamos a tratarla como a la hija pródiga...

—No creo que sea lo que ella espera —habló secamente. Miró con intensidad a su hija y sonrió—. Pero yo me alegro de verla, a pesar de

lo que tú digas. Y espero que no vuelva a irse en cuanto pase el funeral de tu madre.

Olivia sintió que la garganta se le secaba por la emoción y se acercó a la silla de su madre. Se arrodilló ante ella y le pareció que los años no habían pasado cuando Felicity le puso una mano en la mejilla.

—Me.... gustaría quedarme... algún tiempo —dijo la chica, mientras su madre le secaba una lágrima de la mejilla. Aquello no le agradaría nada a Perry, pero Agnes se las arreglaría sola—. Siéntelo de la abuela, pero me alegro de que así me haya dado una razón para venir.

—No necesitabas una —protestó el padre con menos severidad— Bueno, os sugiero que nos vayamos a dormir. Las vacas no van a estar contentas si no llego a ordeñarlas a la hora acostumbrada.

El sol entraba por las ventanas de la cocina cuando Olivia bajó a la mañana siguiente. Era tarde, pero se sentía mucho más optimista.

El día anterior le parecía como una pesadilla. Su encuentro con Matthew, la llegada tensa a la casa, el enfrentamiento con su padre... todo la había hecho sentir que no había sido una buena idea a ver a su familia. Pero las cosas estaban aclaradas y Robert Stoner se mostraría menos duro con la chica.

El día anterior, la casa estuvo llena de amigos y vecinos que fueron a dar el pésame. Aquello facilitó las cosas a Olivia pues se sintió como otra visita. Pero, todos, incluso su hermana Sara, la trataron como una extraña.

Supuso que, después de todo, no se conocían. Sara sólo tenía catorce años cuando Olivia se fue. Ya tenía veinticuatro años, estaba casada y esperaba un bebé. No sabían nada la una de la otra. Sólo lo que su madre les había contado en las cartas.

Andrew, su hermano, estaba en la mesa de la cocina, tomando un café con Enid Davis, la mujer que limpiaba la casa. La señora Davis había sido contratada cuando la abuela enfermó, y se quedó a trabajar con la familia.

Cuando Olivia entró en la cocina, los dos se pusieron de pie.

—No os levantéis —les sonrió—. Si me lo permitís, os acompaño. Ese café huele muy bien.

—Ya he terminado, además, tengo que arreglar las habitaciones. A menos que usted prefiera que le prepare el desayuno, señorita Stoner.

Tenemos tocino curado en casa y huevos de granja, si quiere.

Olivia negó con la cabeza, pues sabía que no hubiera estado bien aceptar la oferta de la mujer. Enid Davis era una mujer posesiva y parecía subrayar su opinión de que Olivia era una extraña al llamarla «señorita Stoner».

—Si quiero, tostaré un poco de pan más tarde —Olivia cogió una taza y se sentó junto a su hermano—. Gracias —sonrió, tensa.

—Como quiera, señorita Stoner —la señora Davis se alejó. Olivia le hizo una mueca cuando ella salió del cuarto.

—No deberías burlarte de Enid —declaró Andrew, cuando estuvieron a solas—. Ha sido muy buena con nosotros y todos dependemos de ella.

—No me burlaba de ella —protestó Olivia—. Ya sé de dónde vienen los huevos y el tocino. Y que me llame señorita Stoner... ¿No sabe que yo vivía aquí antes?

Andrew se encogió de hombros y Olivia se dio cuenta de que era muy parecido a su padre. Cuando ella se fue, era un divertido adolescente de diecisiete años. Y a no ser por él, Olivia nunca habría tenido la oportunidad de ir a Estados Unidos. Fue él quien le dijo que los Kramer necesitaban alguien que cuidara a su hija mientras ellos se iban de gira. Y gracias a la influencia de Andrew, Olivia había conseguido el puesto, ya que no era una niñera profesional y tenía muy poca experiencia. Pero Stephen, Denise y Olivia se habían gustado desde el principio.

Andrew era mucho más serio que antes, ya estaba casado, Laura, su esposa, era una mujer tímida, que cuidaba de sus dos hijos y dejaba que Andrew tomara todas las decisiones.

—Me imagino que se siente incómoda contigo —comentó Andrew.

—Ah... la señora Davis —Olivia se sirvió café—. No creo que sea eso —sonrió—. Tal vez teme que yo ponga en peligro su posición. El regreso de la hija pródiga y todo eso...

—No seas tonta —rezongó—. ¿Por qué se va a sentir amenazada Enid contigo? No vas a ensuciarte las manos, ¿verdad? Esa ropa elegante no es adecuada para estar a gatas en el granero —la miró con desprecio.

Y eso es lo que la señora Davis hace? —inquirió Olivia con frialdad, dándose cuenta de que Andrew sólo imitaba la actitud de su padre.

—No... —se encogió.

—¿Entonces, por qué esperas que yo lo haga? —lo miró a los ojos —. Qué pena que no te guste lo que llevo puesto, pero es fresco, cómodo y fácil de lavar.

—No me refería a eso y lo sabes.

—¿Ah, no?

—No —tartamudeó—. Para ti esto es una visita de cortesía nada más. Mañana vas a ir al funeral de la abuela y luego te marcharás Volverás a Nueva York, con tus amigos atildados y tu apartamento elegante...

—¿Cómo sabes que vivo en un apartamento elegante? —protestó la chica—. Nunca lo has visto.

—No, pero ya sé como es —replicó—. Sabes, mamá nos lee todas tus cartas. Nos dice lo que haces, adonde vas...

—Entonces también debes saber que durante los primeros cinco años, viví en un cuarto en Queens. Y créeme, Queens no tiene nada de elegante —se acaloró—. Pero trabajé duro y ahorré... y logré dar la entrada de un pequeño apartamento en la parte este de la ciudad.

—¡Ahorraste! —hizo una mueca de disgusto.

—Sí, así es.

—¿Y qué hay de Perry Randall? Supongo que él no te ayudó, ¿verdad?

—Sí, Perry me ayudó —suspiró Olivia—. Pero yo fui quien tuvo la idea de abrir la agencia de niñeras en Nueva York. Y como la agencia tuvo tanto éxito, pude mudarme a algo mejor. Stephen me ayudó más que nadie y lo sabes. Perry sólo pensó que lo mío era una buena inversión, eso es todo... No fue hasta después que... que...

—Que te convertiste en su amante —concluyó Andrew y Olivia tuvo que hacer un esfuerzo para no pegarlo.

—No es fácil vivir sola —dijo—. Tú siempre has tenido una familia que te apoye y yo no.

—¿Y de quién fue la culpa? —se irritó—. Fui un tonto. Nunca debí dejarme convencer de que hablara con Stephen. Supongo que nunca creí que te irías. Y entonces, cuando mamá tuvo el infarto, papá me echó la culpa.

—¿Qué? —contuvo el aliento. Aquello le explicaba muchas cosas.

—Además, a mí no me importa lo que hagas con tu vida —declaró Andrew—. Si quieres saber mi opinión, Matthew tuvo suerte al deshacerse de ti. Yo nunca creí que mi hermana se ganara la reputación de acostarse con todo el mundo...

—Yo no me acuesto con todo el mundo —protestó de inmediato—. Y si de nuevo te refieres a Perry, te diré que me ha pedido que me case con él.

—¿Vas a hacerlo?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No —insistió—. Mira, Andy, sólo porque sigues pensando que el matrimonio es el fin de todo y el paraíso, no esperes que todos piensen lo mismo. Soy una mujer independiente, tengo mi propio negocio. Y cómo pase el resto de mi vida y con quién, sólo me concierne a mi.

Su hermano se enfadó y se levantó de la mesa.

—Si te hubieras casado con Matt y tuvieras dos hijos con él, no estarías hablando así. Es... una indecencia.

—¡Vamos! —a Olivia le costó trabajo contener la ira. Andrew y su padre opinaban que una mujer sólo debía tener un papel en la vida.

—Bueno, tengo que irme —Andrew puso la silla en su lugar—. Algunos tenemos que trabajar.

—Está bien —no se dio por aludida—. Tal vez después te vaya a ver. ¿Y en dónde están todos? Sara ya no estaba en cama cuando me desperté. Pensé que estaría aquí.

—Creo que está ayudando a mamá a recoger verduras —replicó Andrew—. ¿Por qué no vas con ellas? Tal vez te necesiten más que yo.

—¡Oh, Andy! —Olivia se levantó de la mesa y lo abrazó—. Tenemos que olvidar el pasado —susurró y lo miró a los ojos—. Te he echado mucho de menos... igual que a todos. Y... hubo motivos por los cuales no pude volver antes. Por favor, créeme.

—No creas que vas a hacerme ceder, como lo has logrado con papá —exclamó, pero ella adivinó que ya flaqueaba—. Está bien —mascullό—. Yo también te he echado de menos. Pero eso no significa que te vaya a perdonar por habernos abandonado durante tanto tiempo.

Se fue después de darle un beso brusco en la mejilla. Olivia se sentó en la mesa con una sonrisa melancólica. «Lento pero seguro», se dijo con firmeza. Estaba segura de que todos la querían.

Y no podía decir lo mismo de Harriet Stoner. La anciana nunca la había querido. Ella fue el principal motivo por el cual Olivia se mantuvo lejos de Lower Micer. Mientras Harriet Stoner estuviera viva, siempre la haría sentirse como una intrusa.

Pero no podía echarle la culpa sólo a su abuela. La razón más poderosa para irse del pueblo y quedarse lejos, fue pensar en volver a ver a Matthew, en volver a sentir el dolor y la angustia que la había embargado el día de su partida.

Capítulo 4

UNA SOMBRA oscureció el umbral. Sumida en sus pensamientos, Olivia alzó la cabeza. Era muy activa y estaba sentada sin hacer nada. La agencia que había fundado y que Agnes Reina, una norteamericana, la ayudaba a administrar, le exigía mucho tiempo y esfuerzo. Rara vez tenía tiempo de ponerse a meditar. Se sintió culpable.

—¿Estás sola? —Matthew la miró intensamente y apoyó un brazo en el marco de la puerta—. ¿Qué te pasa? ¿Te ha estado molestando alguien?

—No más que de costumbre —contestó tensa, cuando logró controlar sus nervios. No quería que él viera cuánto la afectaba. Tarde se dio cuenta de que, al aceptar quedarse más tiempo después del funeral de la abuela, Olivia se comprometía a algo más que una reconciliación familiar.

—¿Qué quieres decir con eso? —Matt entró en la cocina—. ¿Qué te han estado diciendo? Háblame. Quiero saberlo.

Olivia bajó la cabeza.

—¿Por qué iba a importarte? —replicó. La ponía muy nerviosa y no sabía qué hacer al respecto.

—No sé, pero me importa —se sentó a su lado—. Por eso he venido. Me pareció conveniente venir a ver si necesitabas ayuda.

—No, gracias —se puso de pie, cogió la cafetera y fue al fregadero a lavarla. Vació el contenido, pero lo hizo sin cuidado y el café caliente le quemó las manos—. ¡Vaya! —exclamó y Matthew se puso de pie para ver qué había pasado—. No es nada —tartamudeó, tensa por su cercanía—. Ve a sentarte. Voy a preparar más café. Estoy segura de que eso esperaría mi madre que hiciera.

—Ese café no tenía nada de malo —comentó. Vio que Olivia tenía las manos detrás de la espalda y él las cogió—. Ya veo —apretó los labios al ver las marcas rojas sobre la piel de la chica. Le puso las manos bajo el chorro de agua fría y el alivio fue instantáneo—. Bueno, ¿vas a decirme qué está pasando?

—No está pasando nada —protestó. Los dedos de Matthew le provocaban un cosquilleo por todo el brazo—. De verdad, todos han sido muy… amables.

—¿Amables?

—Sí, amables —miró el agua que le caía en la mano—. Claro, ha habido momentos muy tensos...

—Apuesto a que sí —examinó las marcas, ya más desvanecidas, y cerró el grifo. Pero no soltó a Olivia y ésta rezó para que nadie entrara

—. ¿Recuerdas cómo te quejabas de que yo conducía demasiado rápido?

—Aja —sonrió, tensa, y al fin apartó la mano. Fue a la mesa a recoger las tazas sucias y Matthew la siguió.

—¿Te importa echarte a un lado? —preguntó cuando se volvió y lo vio detrás de ella—. Quiero lavar esto.

Matthew vaciló y, por un momento, Olivia pensó que volvería a tocarla. Y no sabía cómo reaccionaría si lo hacía.

Pero Matthew se apartó.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—¿Hoy? —puso las tazas en el fregadero—. No... no lo sé —estaba nerviosa—. Supongo que ayudaré en algo. Debe haber algo que pueda hacer. No soy una inútil.

—¿He dicho que lo fueras? —se apoyó contra el fregadero y su cercanía acaloró a Olivia. Después de lo que habían hablado el día anterior no esperaba volver a verlo. Por lo menos, no a solas. Tal vez lo habría visto en el funeral, pero estaría con su esposa.

—¿Dónde... está Helen? —preguntó nerviosa.

—No sé —Matt no mostró ningún remordimiento—. ¿Quién te ha estado diciendo que eres una inútil?

—Oh, Matt —no pudo soportar más la tensión. Se alejó de él. Le dio la espalda y se llevó las manos la nuca—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que ya no teníamos nada que decirnos.

—¿Acaso dije yo eso?

—Deja de hacer preguntas cuya respuesta ya conoces —exclamó con frustración—. Quiero... que te vayas, Matt. No creo que sea bueno que volvamos a vernos.

—¿Por qué no? —susurró con voz ronca y sensual. Aquello le recordó a Olivia lo que Matthew le decía cuando le hacía el amor. Su voz era entonces tan aterciopelada, una caricia para los sentidos, mientras que sus manos…

«Está mal», se angustió. Debía dejar de pensar en Matthew.

—Porque estás casado —se tensó. Se dio cuenta de lo reveladora que era su blusa de seda y cruzó las manos sobre el pecho—. Creo... que será mejor que te vayas.

—¿Y si no quiero? —replicar acercándose.

—Matt... —advirtió la chica y alzó la mano.

—Matt... ¡qué sorpresa!

Olivia nunca se había alegrado tanto de oír la voz de su madre. Felicity Sorne entró en la cocina en su silla de ruedas. Sara casi no la ayudaba. Matthew tuvo que volverse hacia ellas. Su rostro sombrío se tornó cálido y Olivia se preguntó si era sincero y si también había

aprendido a disimular.

—Hola, Flash —le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás? Tienes buen aspecto —la miró.

—Estoy segura de que mis cincuenta y pico de años se reflejan en mi cara —la señora se sonrojó ante el cumplido y le palmeó la mano con afecto—. Claro que no voy a decir cuántos años son ese «pico», Prefiero no recordar que me estoy haciendo vieja.

—Pues no pareces tener más de cuarenta —le aseguró Matthew—. ¿Cómo estás Sara? —sonrió con calidez—. ¿Cuándo llegará tu hijo?

—A finales de septiembre —Sara sonrió y Olivia sintió que el corazón se le encogía. Si ella hubiera sido la hija menor de los Stoner, ella y Matthew...

—¿Ya le has preparado a Matt algo de café, Olivia? —inquirió la madre—. ¿No? —se impacientó la señora Stoner—. Oh, Olivia, ¿por qué no? ¿Quieres que piense que no somos hospitalarios?

—No, yo...

—No creo que a Liv le importe lo que yo piense —comentó Matthew con amabilidad. Pero miró a Olivia con un perturbador brillo en los ojos y ella temió haberlo disgustado.

—Vamos, Matt, estoy segura de que eso no es cierto —miró a su hija mayor con cierta ansiedad—. Olivia, no habéis estado discutiendo, ¿verdad? Yo esperaba que, después de tantos años, pudierais ser amigos.

—Mamá... —Olivia sintió que se desgarraba por dentro.

—Somos amigos —Matthew decidió ayudar a Olivia y le sonrió, aunque con cierta frialdad. Sus ojos la retaban todavía.

—¿De verás? —la señora no estaba convencida, pero no insistió más.

Olivia preparó el café. Supuso que debía estar molesta con su madre, pero nunca había podido hacerlo. No podía guardar rencor a quien ya había sufrido tanto en la vida. Si Felicity Stoner pensaba que el viaje de Olivia a Estados Unidos no tenía nada que ver con ella, no se lo diría. Ella pagaba de otro modo lo que había sido una indiscreción de su parte.

—¿Qué haces por aquí, Matt? —inquirió la señora Stoner. Olivia prestó atención a la respuesta, pues ya no sabía dónde vivía Matt, ni lo que hacía.

—He venido a ver si Liv quería ir a Abbot's Norton conmigo —hizo que Olivia derramara algo de café en la mesa—. Tengo que ver a Peabody en el banco y comprar un par de bujías para Aldridge. Uno de los tractores empezó a fallar ayer y le prometí que iría a Fennings.

—Entiendo —Felicity Stoner miró la espalda tensa de Olivia—.

¡Qué amable de tu parte! Estoy segura de que a Olivia le gustará recorrer de nuevo la ciudad. Claro que ha habido muchos cambios. Hicieron un nuevo centro comercial donde estaba la estación de autobuses y…

—Es muy amable de tu parte, Matt, pero no puedo ir —Olivia decidió defenderse. Se volvió con la cafetera en la mano y mostró una tristeza cortés—. Yo… acabo de llegar, como sabes, y no he tenido tiempo de estar con la familia. Había tantas personas aquí cuando llegué y mañana es el funeral, así que…

—Pero no te vas a ir después del servicio, ¿verdad, cariño? —protestó la madre de inmediato. Olivia oyó cómo suspiraba Matthew—. Ya sé que la muerte de la abuela ha sido muy dura para todos y sé que consideras que deberías estar en casa, pero no es necesario. No sabes cuántas cosas puedo hacer. Y aquí están Sara y la señora Davis —miró a su hija con afecto—. Creo que sería bueno que fueras con Matt. Toma algo de aire fresco y trata de ver qué cambios ha habido aquí. Nosotros nos las arreglaremos. Y después del funeral, tendremos mucho tiempo para… hablar.

Olivia se preguntó si no había imaginado la vacilación de su madre. Respiró profundamente y contempló el enigmático rostro de Matthew.

—¿Y si no quiero ir? —puso el café en la mesa. Ella misma oyó la ansiedad de su voz—. Tal vez… Helen quiera acompañar a su… marido —lo miró—. ¿Dónde has dicho que estaba Helen, Matt? Ya no me acuerdo.

Si creyó desconcertarlo, se equivocó, aunque a Matthew no lo complació el comentario. Cuando se sentó, Sara fue quien comentó con cierta agresividad.

—¿No le has contado nada de Helen a Livvy, Matt? —alzó las cejas con sarcasmo—. Helen administra el lugar.

—¿El padre de Helen murió? —Olivia miró a Matthew. Ella recordaba que Conrad Berrenger era más joven que Robert Stoner.

—Sí —Matthew fue cortante, pero Sara no dejó el tema.

—Se mató cazando —prosiguió Sara—. El médico forense dijo que fue un accidente, pero se decía que estaba muy endeudado.

—Creo que ya basta, Sara —la señora Stoner estaba agitada.

—Bueno, lo siento, pero esos fueron los rumores que corrieron entonces —su hija menor sólo arqueó las cejas—. Todos pensaban que él debió vender, ¿verdad Matt?

—Tal vez —respondió inexpresivo.

—Sara, eso no es un asunto tuyo —exclamó la señora Stoner, ruborizada—. No sé qué debe pensar Matt mientras oye cómo discutes

su vida privada de esa manera —exhaló con fuerza—. ¿Y bien, Olivia? ¿No vas a traer los platos y las tazas para tomar café? No te quedes ahí como una tonta.

Olivia recuperó la compostura con esfuerzo. Su madre todavía podía ser muy autoritaria. Sin embargo, las revelaciones de Sara sobre los Berrenger habían suscitado su curiosidad. Conrad Berrenger fue un hombre activo, fuerte, un excelente jinete. Le resultaba difícil creer que hubiera muerto en esas circunstancias. Sara había insinuado que tal vez el padre de Helen se suicidó para que su hija pudiera cobrar el seguro de vida y saldar las deudas.

—Lo siento, Matt —se disculpó la madre.

—No pasa nada —se encogió de hombros—. No es un secreto, Flash. Y Liv se enteraría de los rumores, tarde o temprano.

—De todos modos... —insistió Felicity Storner—. Sara no ha debido decir nada de eso —la miró con reprobación—. Si esto te provoca el embarazo, me sorprende que Jeff te permita quedarte en la base naval.

—Oh, mamá —hizo una mueca—. Ya no soy una niña. Y ya has oído a Matt... Livvy se iba a enterar tarde o temprano de lo que les pasó a los Berrenger.

—Matt sólo ha querido ser amable —replicó la madre—. Olivia, trae el café.

Olivia miró a Matthew y sintió lástima por él. Pensaba que no necesitaba su simpatía, pero no podía ignorar su afecto por él. Cuando él la miró, Olivia no bajó la vista.

Tuvo que ir a la mesa. No quería que Sara se diera cuenta de lo que sucedía entre ambos. Intentó pensar que no sucedía nada, que sólo se habían mirado sin antagonismo y eso era todo. Y decidió que tal vez eso debía tratar de fomentar para que entre ellos hubiera una amistad sin atracción sexual.

—¿Vas a venir a la ciudad? —preguntó Matt, mientras Olivia ponía la leche y el azúcar en la mesa.

—Claro que sí —intervino la madre y llenó las tazas de café—. Ella no tiene nada que hacer aquí, Matt. Todos estamos haciendo tiempo hasta mañana. Después de que la abuela sea enterrada, podremos seguir adelante con nuestras vidas en vez de pensar en el pasado.

—Mamá... —Olivia se tensó.

—Toma tu café, querida —ordenó la señora Sorne, imperturbable —. Aquí tienes, Matt. ¿Quieres una galleta? Olivia no te las ha ofrecido. He notado que ella casi no come nada.

Matthew aceptó el café, pero no las galletas caseras.

—Así está bien —miró a Olivia como si esperara la respuesta. Y

ésta suspiró, dándose cuenta de que sería más fácil ceder ante su madre.

—Está bien, te acompañaré. Y tal vez Sara también quiera venir.

Matthew se ensombreció ante la sugerencia, pero de nuevo la madre de Olivia tuvo la última palabra.

—No creo que sea una buena idea, querida —intervino antes de que Sara hubiera podido aceptar la invitación—. No creo que a Matt le hiciera gracia que lo vieran en Abbot's Norton con una mujer embarazada. Ya sabes cómo habla la gente, ¿verdad? —miró a Sara y la desarmó con una sonrisa—. Sobre todo después de lo que dijiste de los Berrenger.

Capítulo 5

COMO era una mañana de finales de agosto, Abbot's Norton estaba muy tranquilo. En días de mercado, no se podía circular por las calles, pero aquella vez les fue fácil aparcar la camioneta verde de Matthew.

—Bueno —comentó Olivia, al bajar del vehículo—, ¿a qué hora nos vemos para volver?

—¿Nos vemos? —la cogió del brazo—. ¿Qué quieres decir? —entrecerró los ojos—. Vas a venir conmigo.

—No creo que sea buena idea —miró enfadada cómo la cogía del brazo y no pudo evitar estremecerse. Su piel era tan blanca en comparación con la mano bronceada de Matthew. De pronto, la asaltó una imagen de él y ella desnudos... Tragó saliva.

—Bueno, pues yo sí —la soltó—. Pensé que podrías acompañarme al banco y que luego comeríamos juntos...

—No.

—¿Por qué no?

—Porque... —suspiró—. Porque, como dice mi madre, la gente habla. ¿Qué pensarán si nos ven comer juntos?

—No me importa —replicó Matthew con rabia y Olivia se alejó.

—Bueno, pues a mí sí —la asombraba su vehemencia—. No... entiendo. Ayer dijiste que no podíamos ser amigos...

—¡Amigos! —fue como una maldición para él—. ¿Quién ha dicho nada de ser amigos? Lo que siento por ti nada tiene que ver con la amistad.

—Matt...

Este la acorraló haciéndola apoyarse con la pared. Puso una mano a cada lado de su cabeza.

—Hablo en serio —no parecía contento—. No puedo estar lejos de ti, ¿no te parece gracioso? Cuando me desperté esta mañana, lo único que quería era ir a la granja a verte.

—Matt... —volvió la cabeza para no verle los ojos y descubrir algo en ellos. Además, era muy consciente de lo peligroso de su situación. Sólo tenía que alzarse unos centímetros para que sus bocas se tocaran. Y el deseo de hacerlo la estaba desgarrando.

Por la calle, la gente iba a lo suyo. Nadie los miró. Y nadie reconoció a Matthew, porque estaba totalmente concentrado en ella. Y todos sabían que Matthew Ryan estaba casado con Helen...

—¿Qué pasa? —su cálido aliento rozó su mejilla—. No finjas que no te emociona saber que te deseo. ¿Qué se siente al saber que alguien te desea tanto, que está dispuesto a volver a hacer el ridículo?

Olivia ya no podía aguantar más. Antes que él pudiera reaccionar,

se agachó y pasó por debajo de su brazo. Empezó a andar con rapidez por Broad Street. Cuando se dio cuenta de que Matthew la seguía, se metió en una tienda de ropa para mujeres. Cogió unos pantalones al azar y se metió en un probador.

Los pantalones no le quedaban bien, le estaban demasiado grandes. Se sintió tonta por habérselos probado, pero tenía que hacerlo, pues sabía que había un vigilante en la tienda que controlaba que nadie robara mercancía.

Olivia dejó los pantalones en su lugar y salió a la calle, aliviada. Le gustó el silencio y el sol de la calle. Pensó que tendría que ir a la terminal de autobuses o pedir un taxi para volver a Lower Mychett. Y sobre todo, antes de que Matthew volviera y les dijera a todos que ella se había perdido.

—¿Has encontrado algo interesante?

La voz profunda y activa era inconfundible para ella. Olivia se volvió y miró a Matthew.

—No —suspiró la chica. No le quedó más opción que acompañarlo.

—Está bien, ya has aclarado tu postura —comentó Matt—. No querías venir conmigo en primer lugar y no te interesa mi invitación a comer. ¿Qué quieres hacer? ¿Ir a pasear sola?

Olivia apretó los labios. Matthew estaba cansado y de nuevo sintió compasión por él. Quería decirle que nada le hubiera gustado más que comer con él, pero la sensatez la hizo asentir con la cabeza.

—Sí, me parece una buena idea. Podríamos vernos en el aparcamiento a las doce y media, ¿de acuerdo? ¿Será suficiente tiempo para tus cosas?

—Mucho —concedió, reacio.

—¡Matt! —exclamó una morena atractiva que empujaba un cochecito de niño—. Pensé que eras tú. Hace años que no te vemos. ¿Dónde te has escondido? ¿Por qué no aceptas nunca mis invitaciones?

—Ah, hola, Julie —Matthew no estaba nada entusiasmado por haberla encontrado—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está David?

—Bien, gracias —sonrió alegre y miró a Olivia con interés—. Te conozco. Eres una de las Stoner, ¿no es así? —añadió con cierta condescendencia—. Supongo que eres la que se fue a Estados Unidos.

—No…

—Olivia ha venido al pueblo para el funeral de su abuela —interrumpió Matthew y se pasó una mano por la nuca—. Liv, conoces a Julie Redding —estaba tenso y preocupado—. Solía ir a Rycroft a jugar al tenis. Su madre y la mía fueron juntas a la escuela.

—Ahora soy Julie Moretón —declaró la morena y estudió a Olivia

con curiosidad—. Ah, sí. Vosotros erais... muy buenos amigos, ¿no?

La insinuación era evidente y molestó mucho a Olivia, aunque sabía que no debía ser así. Sugería que Matthew sólo había estado haciendo tiempo con ella hasta que pudo casarse con Helen. Según Julie, parecía que nunca se había planteado una relación seria entre él y Olivia.

—Matt y yo somos viejos amigos —declaró Olivia y su tono de voz indicó que aquello era todo. Le sonrió con amabilidad fingida—. Por desgracia, me tuve que ir a Estados Unidos a trabajar, pero espero volver a reanudar nuestra amistad—. Olivia ignoró el asombro de Matthew; ignoró el hecho de que se adentraba en terreno peligroso. Lo más importante era borrar la sonrisa altanera del rostro de Julie Moretón. Y, a juzgar por la expresión de esta última, parecía estarlo logrando.

—Vaya, qué interesante —comentó Julie, tensa—. Los funerales reúnen a las personas más dispares.

—¿Verdad? —Olivia no había dicho nada realmente escandaloso, pero Julie adivinó que podía hacerlo, así que decidió batirse en retirada.

—Bueno, Matt —se dirigió sólo a él—, me alegro mucho de haberte visto. Le diré a David que te he visto. Que he visto que no estás solo pues de lo contrario habríamos ido a comer algo para hablar de los viejos tiempos —miró al bebé que dormía en el cochecito—. Petey no necesita comer hasta dentro de unas horas y...

—Bueno... —dijo Matthew, pero Olivia lo interrumpió.

—Sí es una pena —deslizó su brazo bajo el de Matthew. Sintió que el músculo de Matthew se tensaba, pero ella lo miró sonriente y lo desarmó—. Nosotros vamos a ir al Crown, ¿verdad, Matt? Por los buenos tiempos, ¿mmm? Y en realidad, no es un restaurante al que puedas llevar... a Petey —pronunció el nombre con burla, aunque no tenía nada contra el niño. Al instante pensó que no era culpa suya que su madre hubiera decidido ponerle un diminutivo tan absurdo. Pero estaba tan enfadada, que habría dicho cualquier cosa para que Julie desapareciera cuanto antes.

Sin embargo, cuando la mujer se despidió y se fue, Olivia se dio cuenta de lo que había hecho. Había avergonzado a Matthew frente a una de las amigas de Helen e insinuado una relación entre ambos que ella hacía lo imposible por olvidar.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Matthew y Olivia lo soltó inmediatamente.

—No sabía que tu invitación a comer tenía que ser un secreto —trató de parecer indignada, pero no lo logró.

—Claro que no lo era —la cogió del brazo y cruzaron la calle—. Pero, en caso de que lo hayas olvidado, no habías aceptado —hizo una mueca—. Y antes de que llegara Julie, me ha dado la impresión de que no querías estar conmigo.

—Matt...

—Escucha, no sé a qué juegas, pero te advierto que es peligroso jugar con fuego. Si me hubieras querido, nunca te habrías ido del pueblo. Y no quiero que sugieras nada más, porque no te sienta nada bien.

—No sabía qué es lo que yo quería —declaró y se soltó furiosa—. Te veré luego, ¿de acuerdo? —añadió y se frotó las marcas rojas que él le había dejado en la piel—. Nos vemos a la una menos cuarto para recuperar el tiempo que hemos perdido...

—No —de nuevo, le bloqueó la salida—. Como le has dicho a Julie que íbamos a comer en el Crown, vamos a hacerlo. ¿O prefieres retractarte como una cobarde ahora?

—Ella no lo sabrá... —no lo miró a los ojos.

—Julie conoce a mucha gente aquí. Puede que se entere.

—Pero, después de lo que acabas de decir —se sintió acorralada—, pensé que ya no querías que nos vieran juntos.

—No digas tonterías. Te he traído a la ciudad, ¿verdad? Lo menos que podemos hacer es comer en el Crown. Si tú y yo tuviéramos una aventura, jamás te llevaría allí.

—¡Una aventura! —exclamó Olivia—. Pero querías ir al banco.

—Iré más tarde. Después de tanto... acaloramiento, necesito tomar algo fresco.

El hotel Crown estaba al final de Broad Street. Con frecuencia, Olivia y Matt iban al bar, hacía años. Era un lugar elegante y privado. Se encontraban allí para pasar las tardes de invierno, antes de que Olivia decidiera ir a Londres y que Matthew la iniciara en las delicias de compartir una cama con él...

«No debo pensar en eso», se dijo con ansiedad, cuando entraron al suntuoso vestíbulo. Ya había cometido suficientes errores aquella mañana. El hotel era demasiado conocido para ella, estaba lleno de recuerdos. Y si Matthew y ella volvían a sentarse en el bar, ¿se preguntó Olivia si podría recordar que su intimidad estaba prohibida?

Sin embargo, como toda la ciudad, el hotel también había sido remodelado. El bar era menos íntimo y más elegante, y estaba lleno de personas que comían sándwiches o tartas con cerveza.

—¿Qué te pasa? —inquirió Matthew con sarcasmo, al verla tan aliviada—. ¿Tenías miedo de que fuera a acariciarte por debajo de la mesa?

Olivia se ruborizó, no pudo evitarlo.

—No —lo siguió al bar y pidió una copa de vino blanco—. No esperaría que fueras tan burdo. Ahora ya no somos adolescentes, lo sabes.

—Lo sé —Matt pidió una cerveza. Se mostró seco—. Creo que entonces yo era más sensato —llevó las bebidas a una mesa vacía—. Cuando te fuiste, perdí esa sensatez.

Olivia no pudo decir nada. Tomó un sorbo de vino refrescante. Se humedeció los labios con la lengua y se dio cuenta de que Matthew la contemplaba. Se percató de que era un gesto provocativo y decidió no volverlo a hacer. Se dedicó a mirar a la gente.

—Así que no volverás a Estados Unidos después del funeral —comentó Matthew, al cabo de un rato.

—No... Bueno, por lo menos, no enseguida —corrigió, cautelosa—. Mi madre quiere que me quede un tiempo.

—¿Y tú?

—Claro —se encogió de hombros—. Es muy agradable volver a ver a mi familia.

—¿Ah, sí? —arqueó las cejas—. ¿Entonces, por qué no hiciste un esfuerzo por venir antes? ¿Por qué tenía que haber un funeral para que regresaras? ¿Acaso estabas muy ocupada haciendo dinero?

—No tienes ningún derecho a decirme eso —contuvo el aliento.

—Es cierto —concedió y suspiró—. Lo siento. Estoy tratando de que esto sea impersonal y objetivo, pero no es fácil.

—No deberías sacar conclusiones —apretó los labios—. Las cosas... no son muchas veces lo que parecen.

—¿No? —la miró con intensidad y Olivia lamentó su comentario—, ¿insinúas que hubo otros motivos por los cuales te fuiste de aquí?

—¡No! —Olivia quería hacerlo olvidar sus sospechas—. He querido decir que tenías razones de peso para no volver —lo corrigió.

—¿Yo?

—¿Tú? —Olivia escondió su asombro—. Este... no. No. Tú no. Yo... pensé que mi padre no me había perdonado. Y... tenía razón.

—¿Por qué? ¿Ha sido muy duro contigo?

—No precisamente —bajó la cabeza—. Preferiría que habláramos de otra cosa —alzó los hombros.

—Está bien. ¿Y ese fue el único motivo por el cual no quisiste volver antes al pueblo?

—Sí —«eso y que mi abuela me advirtió que me mantuviera lejos de la familia», se dijo para sus adentros.

Matthew no dijo más y Olivia sintió alivio. Le era más fácil tomar su vino y ver comer a los demás parroquianos. Y también era más

seguro, pues, cada vez que abría la boca, sentía que enredaba más la situación y se dificultaban más las cosas.

Amablemente, Matthew le sugirió que pasaran al restaurante a comer.

—¿No podríamos tomar un sándwich aquí? —no quería estar mucho tiempo comiendo pues estaba convencida de que cometería más imprudencias—. Yo... me temo que no tengo mucha hambre.

—Está bien. Si eso quieres... Preparan una lasaña bastante buena, si te apetece.

—Yo… no— Un sándwich de jamón estará bien —le aseguró—. Y algo de café, si tienen.

—Claro que tienen, aunque no sé si te gustará —comentó secamente, antes de ponerse de pie—. Está bien. Vuelvo enseguida.

Cuando volvió, llevaba un plato lleno de sándwiches surtidos. Olivia los miró con entusiasmo. Estaban recién hechos y el aroma del pan fresco le abrió el apetito.

—Traerán el café dentro de poco —volvió a sentarse—. Sírvete.

Olivia mordió el pan crujiente con más entusiasmo que el que había mostrado durante años por la comida. Estaba segura de que tenían mantequilla y de que a Perry le daría un infarto si lo supiera, Pues rechazaba abiertamente las grasas saturadas. Pero sólo Matthew era testigo de la transgresión y también comía sin preocuparse Por las calorías o el colesterol.

—Están deliciosos, ¿verdad? —comentó él y Olivia perdió toda Prudencia.

—Muy buenos —asintió y se sirvió otro—. Había olvidado cómo sabe el pan de verdad. Perry... —se interrumpió de inmediato, molesta por haber mencionado a Perry...

—¿Perry? —Matthew ni siquiera parpadeó—. ¿Ése es el hombre con quien estás viviendo?

—No vivo con él —se irritó Olivia, aunque al momento pensó que tal vez habría sido mejor que Matthew lo creyera—. Nosotros... tengo mi propia apartamento. Él es un amigo íntimo, nada más.

—Creo que fue él quien te ayudó a poner tu negocio —la examinó con detenimiento—. ¿De verás lo hizo gratis, sin pedirte nada a cambio?

—Él no hizo nada de eso —contestó con naturalidad—. Fui yo quien tuvo la idea de abrir la agencia de niñeras en Nueva York. Perry sólo me ayudó a conseguir el dinero —rezongó—. Además, no sé por qué te estoy contando esto. No es de tu incumbencia.

—No —concedió Matthew—. ¿Dónde lo conociste? No parece el tipo de hombre que es amigo de Stephen Kramer.

—¿Y tú qué sabes cómo es Stephen? —exclamó Olivia, tensa—. Nos conocimos mientras yo cuidaba a los hijos de un diplomático sudamericano. Soy muy buena con los hijos de otras personas. Cuando los Kramer volvieron a Inglaterra, yo fui a trabajar para los Martínez, eso es todo.

—Fin de la historia, comienzo de... ¿qué? —inquirió él con sarcasmo. Olivia tan sólo bajó la cabeza y la conversación cesó. Cuando Matthew volvió a Hampshire, Olivia envidió su objetividad.

—Dime, ¿qué hace Perry para ganarse la vida? —sus miradas se encontraron—. De verdad, me interesa. Me interesa como... amigo, si quieres. Como alguien... a quien le importas.

—Matt... —se tensó.

—¿Qué? —su expresión era insondable y, aunque Olivia no tenía ganas de hablar de Perry, pensó que sería un tema neutral. Aunque de alguna manera no le parecía correcto hablar de su amigo con Matthew.

—Él... tiene que ver con la bolsa de valores —comentó, con la esperanza de que eso lo dejara satisfecho—. ¿Crees que van a traer el café?

—Pronto —comentó—. Así que es corredor de bolsa. ¿Trabaja en Wall Street?

—No —se mordió el labio—. Él... invierte en cosas. En gente y en propiedades.

—¿Es un corredor de bienes inmuebles?

—No —era más difícil de lo que había pensado—. Ya te lo he dicho, es un inversionista.

—¿Y uno se puede ganar la vida así? —lo dijo con desprecio.

—Bueno, pues tú estás en las mismas —protestó de inmediato—. Nunca has tenido que ganarte la vida. En realidad, no. No sé qué estás haciendo ahora, pero cuando me fui, no te costó muchos sacrificios ir la universidad.

—No sabes nada de mi vida —se disgustó, pero Olivia insistió.

—Entonces, cuéntame —lo retó—. Dime qué estás haciendo ahora. Creo que no ha cambiado nada. Los Ryan siguen siendo los más ricos del condado.

—Eso depende de cómo definas la riqueza —replicó Matthew. Guardó silencio mientras la camarera servía el café—. Seguimos siendo dueños de la tierra... o de la mayor parte —corrigió—. Pero ha habido muchos gastos. Mi padre hizo unas inversiones muy malas y perdió dinero.

—Entiendo —se humedeció los labios—. Bueno, lo siento. No lo sabía, claro; pero, de todos modos...

—De todos modos, nada —estaba molesto—. El hecho es que estoy administrando la propiedad con muy pocos recursos. Nos llevará casi cinco años recuperarnos. Siempre y cuando tengamos veranos decentes. Si no, vamos a tener que vender algunas de las granjas.

—¿Tú estás administrando Rycroft? —Olivia abrió mucho los ojos.

—Lo estoy intentando —cogió otro sándwich.

—¿Y tu padre? —Olivia lo dijo sin pensar. Antes se había preguntado cuánto tiempo pasaría antes de que ella viera con nuevos ojos al padre de Matthew y el papel que él había jugado en su propia vida.

—Mi padre pasa casi todo su tiempo en la oficina —contestó Matthew sin percatarse de nada—. Desde que Hethetington se retiró...

—¿El señor Hetherington se retiró? —le parecía imposible. Aquel hombre parecía ser parte permanente de Rycroft.

—Bueno, ya tenía sesenta y ocho años —explicó Matthew—. Además, en nuestra situación financiera, no nos pareció bueno contratar a otro administrador. No cuando mi padre dijo que él era capaz de desempeñar ese trabajo.

—¿Y... tu madre? —Olivia no podía creer nada de lo que oía.

—Se las arreglará —fue seco—. Todos nos las arreglamos. Eso tenemos que hacer, ¿no crees?

«¿Y Helen?» quiso preguntar Olivia, pero sentía que no tenía derecho a hacerlo. Por lo que Sara dijo, a Helen no le importaba Rycorft, sólo la propiedad de los Berrenger. Siempre le fascinaron los caballos y parecía que no había cambiado.

Capítulo 6

OLIVIA tenía catorce años cuando conoció a Matthew Ryan. Siempre había sabido de su existencia. Con frecuencia lo veía en el pueblo, montando a caballo junto a su madre, o sentado en un Bentley negro con su padre. Todos conocían a los Ryan y sabían que su abuelo murió en la batalla de Dunquerque, que el padre se había casado con lady Lavinia Stacey, dama de sociedad de su época, y que la había llevado a vivir a Rycroft después de la guerra. Todos hablaban de ellos.

Todas las chicas del pueblo hablaban de Matthew Ryan. Desde que él tuvo edad suficiente, todas las chicas se emocionaban cada vez que las miraba y especulaban quién sería su novia.

Pero Matthew no parecía notar nada de eso. Parecía indiferente al interés que suscitaba. Era un chico serio y estudioso. Hasta que no creció, no se volvió menos serio.

La madre de Jenny Masón solía decir que se debía a que sus padres eran mucho mayores que él y que Matthew era hijo único. Decía que los Ryan estuvieron casados doce años antes de que Matthew naciera. Lady Lavinia tuvo tantas dificultades con el embarazo y con el parto, que los médicos le aconsejaron que no tuviera más hijos. Así, Matthew había crecido sin hermanos y Olivia no lo envidió pues vivía solo en una mansión y nunca tenía amigos con quienes jugar.

Matthew fue a la escuela del pueblo hasta cumplir los trece años y luego la enviaron a Winchester. Sólo volvía durante las vacaciones. A Olivia tampoco le parecía nada agradable vivir lejos de su hogar; pensaba que echaría mucho de menos a su familia si la enviaran a un internado. Aunque después del nacimiento de Sara, la abuela fue quien se hizo cargo de la casa, la madre de Olivia siempre había estado cerca de ella.

Harriet Stoner nunca tuvo tiempo para su nieta mayor. Olivia pasaba el tiempo ayudando en casa o cuidando a sus hermanos. No iba a fiestas, ni participaba de la vida social del pueblo. Sólo en raras ocasiones podía divertirse un poco.

Y entonces, una tarde de verano, cuando ella tenía catorce años, rescató al perro de Matthew Ryan del río.

Todo sucedió de manera inesperada. Por una vez, Olivia tuvo un poco de tiempo libre y decidió pasear junto a la ribera del río. Era una tarde aburrida y parecía que iba a llover. Los niños estaban en casa para no mojarse, pero a Olivia no le importó. Gozaba de su libertad.

Fue entonces cuando vio al perro. Era sólo un cachorrito y había caído al agua por perseguir un ratón. Era evidente que no podía salir

pues tenía las patas enredadas en el lodo y se iba a ahogar.

Sin dudarlo, Olivia se subió un poco los vaqueros, se quitó los deportivos y se metió al arroyo. En unos segundos, el agua le mojó los muslos.

El perrito se dio cuenta de que iba a ayudarlo, porque no protestó cuando ella le desenredó las patas. Por el contrario, se acurrucó contra ella, con el corazón acelerado.

Olivia lo acunó y empezó a salir del río, cuando alguien exclamó:

—Oye. ¿Adonde vas con ese perro? No es tuyo.

Olivia se indignó y se enfrentó a su acusador. Se ruborizó al ver a Matthew Ryan al otro lado del arroyo. Se parecía a cualquier chico del pueblo. Salvo que era más alto, más moreno y que su actitud lo separaba de los demás.

—No te lo estoy robando, si eso crees —protestó y el perro le lamió la mandíbula—. Si es tu perro, deberías cuidarlo. Estaba atrapado en el lodo.

—No me digas —no estaba convencido y Olivia se enfadó.

—Claro que lo estaba —por un momento, había olvidado con quién hablaba—. No piensas que yo me mojaría por nada, ¿verdad? Mi abuela se va a poner furiosa conmigo.

—¿De veras estaba atrapado? —dudó—. Se escapó hace un rato mientras yo trataba de enseñarle a pasear a mi lado sin correr. ¡Perro tonto!

—Pues casi se convierte en un perro muerto —replicó Olivia. El perrito recobró las fuerzas y empezó a gemir—. ¿Cómo quieres que te lo devuelva? ¿Voy al pueblo y nos vemos en el puente?

—Preferiría que hiciéramos otra cosa —Matthew se mordió el labio —. Hay una presa un poco más adelante. Si no te importa andar, allí podrías dármelo.

Olivia dudó. Ya sabía qué presa se refería Matthew y estaba bastante alejada. La tormenta caería en cualquier momento y le parecía absurdo andar tanto. Pero si llevaba el perro al pueblo, todos sabrían qué había pasado. Y ella no quería eso, igual que Matthew. Aquello era algo entre ella y Matthew Ryan. Por vez primera en su vida, había hecho algo importante. No sabía todavía si se lo contaría a Jenny.

Matthew malinterpretó su vacilación.

—Supongo que preferirías ir a tu casa a cambiarte de ropa. Perdona, no se me había ocurrido eso al sugerirte que fuéramos a la presa. Y va a llover. Puedo ir a por la camioneta y recoger al perro en tu casa. ¿En dónde vives? ¿En el pueblo?

—No…, no me importa mojarme —gritó Olivia. No quería ni

pensar en lo que haría su abuela si llevaba el cachorro a casa. Sabía que se portaría con mucha amabilidad mientras Matthew estuviera allí, pero cuando él se fuera.

—Bueno, si estás segura...

—Lo estoy.

Olivia empezó a caminar, abrazando al perrito. Se resignó. Ya estaba mojada. De una u otra forma, su abuela se enfadaría con ella.

—¿Cómo se llama? —preguntó mientras lo veía caminar al otro lado.

—Leandro, ¿lo puedes creer? —sonrió Matthew—. Pero lo llamamos Sandy, por razones obvias. Pero de todos modos es algo irónico, ¿no crees?

—¿Por qué? —Olivia frunció el ceño.

—Ah, bueno, Hera y Leandro son personajes de la mitología griega. Hera vivía de un lado de la ribera de un río y Leandro al otro lado. Cada noche, Leandro cruzaba el río a nado para ver a su amada.

—Entiendo.

—No, no entiendes. Ése no es el final de la historia. Una noche, se desató una tormenta y Leandro se ahogó. Supongo que tendré que vigilar más a ese perro. No creo que siempre haya alguien cerca para salvarlo.

Olivia sonrió. Le agradó saber que él la creía. Era un sueño. Estaba charlando con Matthew Ryan. Pensó que las chicas del pueblo estarían verdes de envidia. Aunque no sabía todavía si se lo contaría o no.

Llovió y quedó empapada. Pero eso le dio el pretexto para no contarle a nadie lo sucedido. Y guardó el secreto durante dos años.

Luego, cuando tenía dieciséis años, volvió a encontrarse con Matthew. Volvía en bicicleta a casa una tarde nevada de febrero, después de visitar a su amiga Jenny. Al dar una vuelta, se encontró con el coche de Matthew medio enterrado en la cuneta. Como no esperaba encontrarse con nadie por el camino pues nevaba bastante, no estaba preparada para frenar. Y de todos modos, sus frenos estaban mojados, así que no sirvieron de nada. Evitó hacerse daño saltando de la bicicleta antes de que ésta se estrellara contra el parachoques trasero del coche. Matthew revisaba algo al frente, y al oír el golpe se acercó. Vio a Olivia tirada en un montón de nieve.

—Oye, ¿no eres?...

Era obvio que la recordaba, aunque tal vez no sabía de dónde. Olivia se alegró de llevar puesta su mejor cazadora cuando él la recorrió con la mirada. Olivia era muy alta para su edad y le pareció una novedad tener que alzar la cabeza para mirar a Matthew. Los chicos de su escuela eran todos más bajos que ella.

«Claro, que Matthew Ryan no es un chico», había pensado con emoción. Por lo menos tenía diecinueve o veinte años. Estudiaba en una universidad en Londres.

—Estoy bien —se quitó los copos de nieve de la falda—. ¿Has girado demasiado rápido? Si quieres, puedo ir en bicicleta al taller de Pollack.

Matthew le sonrió y a Olivia le dio un vuelco el corazón. Tenía una boca bonita y sus dientes eran blancos.

—Deberíamos dejar de vernos así —comentó a modo de broma y señaló las manchas de humedad de su cazadora—. Quiero decir, debemos vernos sin que siempre termines empapada. Y gracias por ofrecerte a ir al taller, pero creo que podré sacarlo yo solo.

—Si quieres, te ayudo —se ofreció Olivia, obedeciendo a un impulso por prolongar el encuentro. Si llegaba tarde a casa, la regañarían, pero no sería la primera vez que se metía en problemas por Matthew Ryan.

—Está bien. ¿Sabes conducir?

—¿Conducir? —gimió—. Yo... bueno, he conducido el tractor de la granja.

—Ya es algo —Matthew abrió la puerta y le indicó a Olivia que se metiera—. Te explicaré con calma lo que debes hacer.

Olivia fue una buena alumna y Matthew empujó la parte trasera del Mini de modo que el diminuto coche logró salir de la cuneta. Pero la tracción repentina hizo que Matthew perdiera el equilibrio y Olivia se echó a reír al salir. Matthew estaba sentado en el lodo.

—Ya sé, ya sé —masculló él de buen humor, revisando los daños —. Apuesto a que lo has hecho a propósito. Me sorprende que no haya caído al fondo del barranco.

—Oh, perdón... no pensé... —Olivia dejó de reír de inmediato.

—Sólo estoy bromeando —volvió a sonreír y dejó de tratar de quitarse el agua de los pantalones—. Tal vez estoy mojado, pero también soy agradecido. No creo que lo hubiera logrado sin tu ayuda.

Olivia sintió que brillaba por dentro al oír sus palabras. Sin embargo, Matthew se puso serio.

—¿Pasa algo malo?

—Sí —levantó la bicicleta y Olivia vio que la rueda del frente estaba doblada—. Parece que tenemos un problema.

—Más bien yo tengo un problema —no necesitaba una bola de cristal para saber cómo reaccionarían su padre y su abuela al verlo. Le habían advertido que no usara la bicicleta cuando el suelo estaba resbaladizo. Pero ir caminando a casa de Jenny se le hacía muy pesado...

—No, tenemos —insistió Matthew y se agachó para inspeccionar el daño—. Sabes, creo que Sam podrá arreglar esto. Vamos a averiguarlo.

—¿Ahora? —Olivia abrió mucho los ojos.

—¿Por qué no?

—Por… por nada —tartamudeó. Sabía que llegar tarde sólo agravaría sus problemas, pero quería pasar más tiempo con él—. Está bien.

Subieron la bicicleta al coche y Matthew abrió la puerta de los pasajeros para que Olivia entrara. En el ambiente cálido del Mini, era muy consciente de la cercanía de Matthew. Conducía como enajenado. Era obvio que el accidente no lo había asustado. Olivia estaba acostumbrada a que su padre condujera despacio y la velocidad le pareció embriagante.

Sam Pollack miró a Olivia de modo extraño mientras Matthew le explicó lo sucedido. La chica suspiró. Sam Pollack arreglaba la maquinaria de la granja y sabía muy bien quién era ella y qué edad tenía. Tenía miedo de que la tratara como una niña.

Pero Sam se guardó su opinión. Dijo que tardaría un par de días en enderezar la rueda y que no garantizaba que fuera un éxito.

—Haz lo que puedas, Sam —comentó Matthew. Olivia se deprimió. Esperaba un milagro y que la bicicleta quedara bien. Tendría que ir a casa y explicar lo sucedido.

—¿Pasa algo malo? —inquirió Matthew, cuando volvieron al Mini —. No te preocupes, Sam hará un buen trabajo. Si no puede arreglarla, le pondré una rueda nueva.

—¡Una rueda nueva! —se horrorizó Olivia—. Pero…

—Yo te la pagaré, por supuesto —añadió Matthew—. Ha sido culpa mía que chocaras. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—No creo que…

—Insisto —abrió la puerta y s e metió—. Vamos, entra. Te llevaré a casa —la urgió cuando la vio quedarse de pie.

—¿De veras? —tragó saliva.

—Está oscureciendo —señaló—. ¿Acaso crees que voy a dejar que vuelvas sola a la granja?

—¿Sabes dónde vivo? —estaba confundida.

—Claro —abrió la otra puerta desde dentro—. Entra. Hace mucho afuera.

Olivia lo miró con ansiedad al sentarse en el Mini.

—¿Qué esperabas? ¿Que no supiera dónde vives? Olivia… Liv, ¿te puedo llamar así? Lo sé todo de ti desde ese verano en que rescataste a mi perro.

El padre de Olivia no se había alegrado al ver llegar a su hija en el coche de Matthew, pero respetaba mucho a los Ryan, así que no protestó. Matthew insistió en acompañar a la chica a su casa y explicar lo sucedido. Y hasta la abuela tuvo que reconocer que Olivia no tenía la culpa de nada,

Y aunque la chica creyó que aquel sería el fin de la historia, no fue así. Dos días después, le entregaron su bicicleta, como nueva. Y el fin de semana siguiente, Matthew fue a la casa, para asegurarse de que todo estuviera en orden.

Llegó justo cuando los Stoner se disponían a comer y la madre de Olivia lo invitó.

—Ya casi no recibimos amigos en casa —exclamó. Olivia se dio cuenta de que su madre sabía que Matthew estaba allí por motivos que tenían poco que ver con la reparación de la bicicleta.

La abuela no lo había aprobado, pero Felicity Stoner era quien impartía las órdenes en su propia casa. Y Matthew no necesitó que le repitieran la invitación. Comió de todo con gusto y después ayudó a Olivia a lavar los platos, como si fuera algo que hiciera.

Y mientras estaban solos en la cocina, la invitó a Rycroft el siguiente fin de semana.

—Voy a dar una fiesta. Sólo irán unos compañeros de la universidad y un par de amigos del pueblo que tal vez conozcas.

Olivia no supo qué decir. Quería ir a la fiesta, pero sospechó que sus padres no la dejarían. No a menos de que los convenciera de que los padres de Matthew eran quienes la invitaban.

—¿No te apetece? —preguntó Matthew.

—No es eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Bueno… —dijo, encogiéndose de hombros—. No creo que mi padre me dé permiso. Tal vez, si tu madre…

—Mis padres están de viaje —declaró—. Están en el Caribe, disfrutando del sol. Por eso doy la fiesta este fin de semana. Ellos vuelven el martes que viene.

—Ah —la larga trenza le cayó sobre un hombro—. Bueno, es muy amable de tu parte invitarme, pero…

—No vas a decirme que no, ¿verdad? —la miró con una sonrisa en los ojos—. Oye, sólo he organizado esta fiesta para tener un pretexto y poder volver a verte.

—No es cierto —se puso roja como la grana.

—Claro que sí. Quiero volver a verte —le quitó un mechón de pelo rubio de la frente—. ¿Tú no quieres volver a verme?

—Yo… pues sí —tragó saliva. Su experiencia con chicos de su

propia edad no la había preparado para la actitud tan directa de Matthew—. Pero, mi padre… es muy estricto.

—Es decir, no confía en mí.

—No… no precisamente —Olivia no sabía qué hacer. Intuía que a su padre no le gustaría que ella insinuara que a él no le agradaba el hijo del terrateniente. Pero al mismo tiempo, sabía que Robert Stoner no dejaría que ella fuera a una fiesta en Rycroft. Y menos si los padres de Matthew no estaban presentes.

—Está bien —le acarició la mejilla—. Bueno, cancelaré la fiesta. ¿Crees que tu padre me dejará llevarte al cine en Abbot's Norton?

—¿Por qué? —Olivia lo miró fijamente. No podía creer que Matthew la estuviera invitando a salir. Él hizo una mueca.

—No se supone que debes hacer preguntas como ésa —observó y se apoyó en el fregadero, a su lado—. ¿Por qué crees? Porque me gustas y quiero pasar tiempo contigo.

—Pero… conoces a muchas otras chicas —exclamó, incrédula.

—¿Y eso qué? —se encogió de hombros.

—Son… chicas… que te convienen más —explicó Olivia y se concentró en la sartén que estaba lavando, algo que no era fácil, porque Matthew rozaba su muslo con el suyo—. Como… Helen Berrenger, por ejemplo.

—Si no quieres que nos volvamos a ver, dímelo —le indicó tajantemente—. No es necesaria esta farsa. No la soporto.

Olivia se volvió y sus miradas se encontraron durante largo rato. Con mucha suavidad, Matthew la cogió de la muñeca, la llevó hacia su boca y rozó la suya una, dos veces, antes de que Olivia entreabriera los labios y él la besara con más pasión.

Como primer beso, fue muy intenso y Matthew estaba jadeando cuando se separaron.

—¿Significa eso que vendrás? —preguntó con voz ronca y le acarició los labios con el pulgar. Olivia se dijo en aquel momento que ni una estampida de caballos salvajes se lo impediría.

No fue tan fácil. Aunque Matthew obtuvo el permiso del padre de Olivia para llevarla al cine, fue mucho más complicado concertar posteriores citas. Robert Stoner no pudo negarse cuando Matthew le pidió permiso en persona, pero fue más fácil que inventara motivos por los cuales Olivia ya no podía verlo más adelante.

Y en toda aquella situación, Felicity había ayudado mucho a su hija y a Matthew. Sin embargo, Harriet desaprovechó la relación desde el principio y Robert se aprovechó de ello para insistir en que la relación no podía continuar.

—No sé qué diría lady Lavinia si se enterara —declaró el padre,

cuando Olivia le preguntó si podía ir a un rally con Matthew el siguiente fin de semana—. Livvy, la gente como nosotros no se mezcla con personas como los Ryan. Matthew sólo está interesado en ti porque eres una jovencita muy bonita. Eso es todo. Y no voy a permitir que la gente del pueblo hable de ti y te meta en ese tipo de problemas.

—¿De qué tipo? —se indignó Olivia y el padre se ruborizó, avergonzado.

—Ya sabes de qué tipo, Livvy Stoner —había replicado en aquel momento la abuela con impaciencia—. No eres una niña, aunque a veces lo pareces. Matthew Ryan no es para ti. Lo sabes y él también lo sabe. Escucha bien mis palabras: él sólo te está invitando a salir, porque piensa que eres una presa fácil.

Capítulo 7

OLIVIA no había creído a ninguno de los dos. Ya mayor consideraba que entonces había sido ingenua, pero los acontecimientos probaron que tuvo razón al confiar en Matthew. Lejos de que él mantuviera su relación en secreto, Olivia pronto se convirtió en una asidua visitante en Rycrofy. Aunque la chica nunca se sintió muy cómoda con la madre de Matthew, aprendió a hacerse respetar entre los jóvenes amigos de la familia de Ryan.

Su relación con Matthew progresó con rapidez. Aunque ella temía que la diferencia de edades fuera un obstáculo, no fue así. Después de todo, ella cumplió diecisiete años unos meses después y se hizo más madura. Aquello le permitió hacer frente a su abuela y a su padre. Se daba cuenta de que su madre siempre había sido su aliada más fuerte.

Olivia intentó no pensar en ello y recordó cómo Matthew solía llevarla a pasear en su Mini. Y, cuando estaban juntos, él sólo tenía que tocarla para alterarla por completo.

Y aquello fue un problema. Su experiencia sexual siempre había quedado restringida a los besos torpes entre adolescentes... hasta que conoció a Matthew. Con él, lo que había empezado como un roce natural de sus bocas, pronto se convirtió en caricias apasionadas.

Sabía que Matthew había tratado de controlar la situación. Una vez, se separó de ella y salió del coche para dejarla sola. Y la verdad era que Olivia se sentía tan culpable como Matthew por desear más de lo que él le daba. Cada vez que estaban juntos, la tentación crecía más y más.

Una noche de octubre, Matthew la llevó a comer a Salisbury. Era como una comida de despedida, pues al día siguiente él volvería a la universidad. Aunque Matthew tenía la intención de ir al pueblo cada vez que tuviera un fin de semana libre, había estado todos los días con Olivia durante los últimos tres meses. Así que la separación sería bastante difícil y a Olivia no le agradaba la posibilidad de pasar todas sus noches vacías.

Aparcaron, como siempre, junto al río, cerca de la presa. Sandy trabajaba como perro pastor, pero a veces los acompañaba de paseo. Olivia pensó en él y le agradeció haber contribuido a acercarla a Matthew.

Era tarde, pero aún no había oscurecido del todo. La luna iluminaba el coche. Así que Matthew pudo ver la tristeza de Olivia y le dio un beso.

—Alégrate. Estaré de vuelta en cinco días.

—¡Cinco días! —suspiro Olivia, mirándolo. Le acarició la

mandíbula—. Eso me parece una eternidad.

—Lo sé —le besó la palma—. Pero créeme que pasarán. Y a finales del año que viene, ya tendré mi título.

—Miran —Olivia le acarició el labio inferior—. Y entonces supongo que te irás a vivir a Londres. Eso dijiste que querías, ¿verdad?

—Dije que nos iríamos a vivir a Londres —corrigió y le mordisqueó el pulgar—. ¿Por qué estás tan negativa? ¿Qué te ha estado diciendo tu padre?

—¿Qué dice siempre? —agachó la cabeza—. Ya sabes que no aprueba nuestra relación. Me atrevo a decir que él y mi abuela consideran que tu regreso a la universidad significa el fin. Ya me dijeron que tú tal vez conozcas chicas con quienes tengas más cosas en común que conmigo.

—¡Dios mío! —la obligó a mirarlo—. No crees eso, ¿verdad?

—No. Sí. No sé —se encogió de hombros. Estaba confundida, triste y Matthew cerró los ojos por un momento.

—No me hagas esto, Liv —gimió y apoyó la frente contra la suya —. Ya sabes lo que siento por ti. Nunca te lo he ocultado. No estoy diciendo que no he salido con chicas en Londres, pues claro que lo he hecho. Pero ninguna fue importante para mí. Y desde que estamos juntos, no ha habido otra mujer en mi vida y lo sabes muy bien.

—¿De verdad? —lo miró con disimulo y se humedeció los labios.

—Sí —se impacientó Matthew—. ¿Qué estás insinuando? ¿Que no me crees? Te juro que no he salido con otra chica desde que te llevé a tu casa aquella tarde, cuando la bicicleta se estropeó. Y ésa es la verdad.

—Pero la abuela dijo... —se mordió el labio.

—Sigue —insistió cuando ella calló—. ¿Qué dijo tu abuela? Ya sé que no le gusto, así que no será ninguna sorpresa.

—No es importante —vaciló.

—Si es un obstáculo entre tú y yo, sí es importante —replicó. Le enmarcó el rostro con las manos y le besó los labios—. Vamos, puedes decírmelo. ¿A quién se supone que he estado viendo?

—No es eso —se apartó Olivia.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes o no quieres? —se enfadó y maldijo—. ¿No te das cuenta de lo que tú abuela nos está haciendo? ¡Nos obliga a reñir!

—No es cierto —pero Olivia temía que él tuviera razón. Matthew estaba tan enfadado, que ella le echó los brazos al cuello y lo besó. Abrió la boca contra la de él y buscó su lengua con la suya.

Matthew no había respondido al principio, pero cuando Olivia se

desabrochó primero su abrigo y luego la chaqueta de Matthew, éste tuvo que ceder. La hizo apoyarse sobre el asiento y le metió la lengua en la boca con fiereza. Era como si necesitara probarse, así como a Olivia, que todavía podía controlar la situación. Pero por una vez, su plan no dio el resultado acostumbrado. La boca sedosa de Olivia, las caricias sensuales de su lengua y la presión incitante de sus senos en su pecho, fueron demasiado para Matthew. Empezó a descontrolarse y, en vez de alejarse cuando la excitación aumentó, siguió alimentándola.

Él no había tenido toda la culpa. Olivia quería hacer todo lo que pudiera para acallar las dudas que su abuela había sembrado en su mente. Matthew la deseaba y sólo a ella. La había deseado durante los últimos seis meses y se entregaría a él si así podía conservarlo a su lado.

Y aquel fue el último pensamiento coherente de Olivia. No le era posible pensar cuando Matthew aumentaba la temperatura de su cuerpo. No era la primera vez que le pasaba la mano bajo el jersey y que le tocaba los pechos, pero aquella noche no se conformó con acariciarlos. Aquella noche, le había alzado la prenda y acariciado los sonrosados pezones con la lengua.

Olivia se estremeció mientras él acariciaba sus pezones hinchados. Nunca había imaginado lo que sentiría cuando Matthew lo hiciera, pero su naturaleza apasionada respondió a las caricias. Las sensaciones que Matthew creaba, casi la enajenaban. Olivia se apretó contra él.

Matthew volvió a besarla y Olivia descubrió que ella también jadeaba. Le pasó los brazos al cuello y enredó los dedos en el pelo de la nuca de Matthew. Se ahogaba en emociones que desconocía. Aunque hacía frío en el coche, ella no lo sintió. Sólo era consciente de Matthew cuando éste le acarició la rodilla y luego deslizó la mano por el muslo, bajo la falda, Olivia abrió las piernas de manera automática.

—¡Dios! —cuando sus dedos rozaron la cálida unión de las piernas de Olivia, Matthew retiró la mano y se separó de ella. Se pasó las manos por el pelo y miró a Olivia que estaba muy confundida—. Bájate el jersey —había añadido.

—¿Qué? ¡Oh! —Olivia estaba demasiado pasmada como para entender lo que pasaba, pero sabía que Matthew estaba enfadado con ella—. Perdona —suscitó mientras se arreglaba la ropa.

—No... te disculpes. Yo soy quién debería pedirte perdón —mascullo—. Dios, creo que me estoy volviendo loco.

—¿Por qué? —tragó saliva—. ¿Porque me has deseado?

—No seas tonta —se reclinó en el asiento. Al verla dolida, negó

con la cabeza—. No, no eres tonta. Yo sí lo soy.

—¿Por qué? —Oliva trató de mirarlo a los ojos. Matthew vaciló antes de cogerle la mano y de ponerla sobre el bulto que tenía bajo el vientre—. ¡Ah!

—Sí, ah —asintió Matthew y cerró los ojos al ser embargado por la deliciosa sensación de la suave caricia de los dedos de Olivia sobre él —. Ya sabes qué es lo que me provocas.

Olivia se humedeció los labios. Sólo en raras ocasiones, cuando bailaban juntos o cuando Matthew se despedía, sentía lo que le provocaba, pero Matthew siempre había conservado el control. Aquello era diferente.

—¿Te... duele? —inquirió y se ruborizó al darse cuenta de lo ingenuo de la pregunta. Matthew sólo hizo una mueca para burlarse de sí mismo.

—Más o menos —aceptó al apartarle la mano—. Será mejor que nos vayamos.

—No, espera —se mordió el labio—. ¿Qué... qué vas a hacer?

—¿Hacer? Pues llevarte a casa, claro está. ¿Qué si no?

—No... quiero decir... respecto a eso —señaló la parte baja de su abdomen. ,— ¿Qué dices? —Matthew se quedó inmóvil y Olivia suspiró.

—Este... ¿después de que... estamos juntos, tú... vas con... alguien más? —inquirió con un hilo de voz—. Me... gustaría saberlo.

—¿De veras? —Matthew parecía enfadado y Olivia temió haber cometido un error.

—Yo... bueno, los hombres suelen hacerlo, ¿no? Si... dio no obtienen satisfacción en un lugar, van a buscarla... a otra parte.

—¿Quién te ha dicho eso? —estaba muy disgustado—. Ah, no me lo digas. Puedo adivinarlo. Tu abuela, ¿verdad? —la miró de modo acusador—. Eso es lo que tratabas de decirme antes. Ella te ha contado mentiras sobre que un hombre siempre quiere tener sexo.

—¿No es cierto? —se estremeció.

—Tal vez —apretó el volante con fuerza.

—¿Quieres decir que has ido con otra chica después de...? —abrió mucho los ojos.

—No, maldita sea, no —protestó con amargura—. Liv, soy un hombre, no un animal. No estoy negando que te deseo. Lo sabes muy bien. Y si te dijera que siempre es fácil, te mentiría. Pero tampoco te estoy engañando. Te quiero demasiado para eso.

—Entonces... entonces... ¿por qué no...?

—¿Qué? —apretó los labios—. ¿Lo hacemos en el asiento trasero? ¿Es eso lo que quieres?

—No lo digas así —se estremeció—. Es tan… tan…

—¿Crudo? —se tornó sombrío—. Bueno, pues debe serlo, ¿verdad? Eso es lo que tu abuela espera que yo haga. Y no le voy a dar ese gusto.

—Pero… no podemos seguir así, ¿verdad?

—Tenemos que seguir así —puso el motor en marcha.

—Y… ¿cuándo… vamos a…?

—Supongo que cuando estemos casados —la sorprendió con la respuesta—. ¿Te importaría que habláramos de otra cosa? Hay un límite para todo.

Pero no habían esperado a estar casados, recordó Olivia con tristeza. Después de que Matthew volviera a la universidad, Olivia dejó de ir al instituto y encontró trabajo. Aquello había provocado tensiones en la familia, pero sólo así Olivia pensaba que podía ser independiente.

Sin embargo, hubo una gran discusión cuando se enteraron de que Olivia había aceptado un empleo en Winchester para poder coger el tren de la tarde e ir a Londres. Olivia era la niñera de un grupo de pequeños. Terminaba a las cinco de la tarde y estaba con Matt a las siete menos cuarto.

Sin embargo, la vuelta era más difícil. Lo más tarde que podía irse de Londres era a las diez menos cuarto, si es que quería coger el autobús que la llevaría a Lower Mychett. Una vez perdió el autobús y tuvo que tomar un taxi. Y fue una experiencia que la angustió mucho. Cuando Matthew se enteró de lo sucedido, estuvo furioso durante varios días. Dijo que le hubiera podido pasar cualquier cosa. Una chica joven, viajando en un coche con un desconocido a esas horas de la noche. Una semana después, aunque se despidió de Olivia en la estación de Waterloo como de costumbre, cuando Olivia llegó a Winchester, Matthew la estaba esperando en la terminal.

—A partir de ahora vendré a Winchester —dijo mientras conducía el Mini a la granja—. Puedo pasar la noche en Rycroft y volver a la ciudad a la mañana siguiente. Nunca me perdonaría que algo te sucediera. Significas demasiado para mí.

Olivia alegó que no era sensato que tuviera que viajar ida y vuelta de Londres todos los días. Dijo que ella había conseguido el empleo para verlo y no al revés. Además, dijo que Matthew necesitaba

descansar, o de lo contrario, nunca podría licenciarse.

Discutieron hasta que llegaron a la granja y no encontraron solución. Sólo cuando Olivia lo amenazó diciendo que no iría a verlo durante la semana, Matthew cedió. Pero hizo prometer a la chica que llamaría a su padre si volvía a perder el autobús.

Olivia estuvo de acuerdo, aunque sabía que su padre no iría a buscarla más de una vez. Robert Stoner no sabía nada del incidente del taxi, pero si se enteraba le haría la vida imposible. No estaba de acuerdo en que su hija viera a Matthew.

Todos desaprobaban su relación con Matthew. Todos menos la madre de Olivia. Incluso las chicas del pueblo le decían que estaba loca por tomar en serio a Matthew. Todos esperaban que ella hiciera el ridículo, que tal vez Matthew la dejara.

Sin embargo, Olivia se había negado a que nada se interpusiera entre ellos. Dos semanas después, cogió el tren de costumbre a Londres. Pero al llegar a Waterloo, Matthew no estaba allí. Era la primera vez que no la esperaba en la plataforma y ella se deprimió al preguntarse si ya se habría hartado de ella.

Pero pensaba que si él ya no quería verla, se lo hubiera dicho y no habría permitido que Olivia hiciera el viaje.

No obstante, quedarse en la estación de Waterloo no le pareció sensato. Varios hombres desocupados la miraban con cierto interés. Cuando Matthew iba a buscarla, solían ir a tomar algo o a cenar, aunque la comida era la última de sus preocupaciones. Sólo te cogían de la mano y se besaban mucho, sin tener las presiones de estar a solas.

Pensó que tal vez Matthew estaba harto de no llegar a nada con las caricias tímidas y exploratorias de Olivia. Tal vez había decidido encontrar a otra chica con quien pudiera satisfacerse.

Olivia sintió que alguien le tocaba el hombro. Se volvió y se topó con un chico de la edad de Matthew.

—Perdón… —sonrió—. Matt me ha mandado. Matt Ryan. Tú eres Olivia, ¿Liv, verdad? Dijo que buscara a la chica más bonita de todo el lugar.

—¿Conoces… a Matthew? —tragó saliva y su temor disminuyó un poco.

—Claro. Vivimos en la misma pensión para estudiantes. Soy Cormac Connolly, pero me llaman Mac. No creo que te haya hablado de mí.

—¿Mac? —sintió un alivio profundo—. Ah, sí, te ha mencionado —tragó saliva cuando algo se le ocurrió—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Matt? ¿Pasa algo malo? —se había asustado mucho.

—Más o menos. Pero no es nada serio —agregó al verla angustiada—. Matt se ha roto un tobillo y tendrá que llevar escayola durante seis semanas.

Olivia se entristeció. No sólo por el accidente, sino porque él ya no podría verla si se quedaba en la universidad. Tampoco podría ir a Rycroft durante los fines de semana pues no podría conducir.

—Qué pena. Pobre Matt. ¿Cómo fue?

—Estábamos jugando al fútbol. Trató de anotar un tanto y le dieron una patada en el tobillo. El entrenador insistió en que se hiciera una radiografía y supimos que tenía una fractura. Le dolió mucho.

—¿Cómo está ahora?

—Bueno, está tomando analgésicos y está bien. ¿Nos vamos?

—¿Nos vamos? —lo miró sin entender.

—Claro, has venido a verlo, ¿no? Y yo te voy a llevar a la pensión.

De camino, le explicó que en la pensión todos tenían su propia habitación, aunque compartían los baños. Y que también había una cafetería. Sin embargo, al entrar a la pensión, Olivia se dio cuenta de que allí también se alojaban mujeres. Y sintió celos cuando varias chicas preguntaron a Mac cómo estaba Matthew.

El cuarto de Matthew estaba en el cuarto piso y Mac entró sin llamar.

—Ya hemos llegado —hizo un gesto teatral—. Sanos y salvos —y se fue con mucha discreción, para dejarlos solos.

Olivia entró con menos confianza pero al ver a Matthew con el tobillo enyesado, en la cama, corrió hacia él y lo abrazó. Matthew la hizo sentarse en su regazo.

—Lo siento —susurró con voz suave cuando al fin dejó de besarla—. Debí ser más prudente, sobre todo en estas circunstancias.

—¿Qué circunstancias? —le acarició la frente y el pelo.

—Pues que yo vaya y vuelva de Roycroft —suspiró—. No podré conducir durante seis semanas.

—Ya —bajó la vista—. ¿Te peso mucho?

—No —le acarició la nuca y volvió a besarla—. Supongo que tendré que coger el tren, pero no habrá ningún lugar en donde vernos que no sea en restaurantes y cafeterías, ¿verdad?

—¿No quieres ir a la granja? —vaciló Olivia.

—¿Y soportar la mirada de lince de tu padre? —hizo una mueca—. Tú podrías ir a Rycroft, pero allí tampoco estaríamos solos.

—Tendré que venir a Londres los fines de semana —le acarició la mejilla—. Si encuentras un sitio en donde yo pueda quedarme.

—Podrías quedarte aquí —sonrió de inmediato—. No en este

cuarto, aunque no me importaría que así fuera —rió al verla sonrojarse—. Hay cuartos para invitados en todos los pisos y hasta tienen su propio baño —sonrió—. Podría conseguirte uno con facilidad.

—Está bien —Olivia se alegró mucho.

—¿Qué le vas a decir a tus padres? —frunció el ceño.

—La verdad, ¿por qué no? No estamos haciendo nada malo.

El señor Stoner no estuvo de acuerdo. Sin embargo, como Harriet Stoner no estaba en la casa, la madre de Olivia logró convencerlo.

—No puedes esperar que Olivia no vea a Matthew durante seis semanas —protestó Felicity—. Vamos, Bob, ya casi tiene dieciocho años. Sabe lo que hace y yo prefiero saber que está con Matthew y no con alguien a quien yo no conozca.

Pronto estuvieron de acuerdo. Cuando Harriet Stoner volvió, ya no pudo oponerse a lo que era un hecho.

Para Olivia fue una experiencia nueva y emocionante. No conocía muy bien Londres, pero lo exploró con tranquilidad. Y como allí no existían las restricciones exageradas de Lower Mychett, pronto perdió gran parte de su timidez.

Claro que dormir en el mismo edificio que Matthew no fue tan sencillo como había imaginado. Cada vez les era más difícil separarse por las noches. Pronto, Matthew se negó a que ella fuera a su cuarto después de las nueve de la noche, porque Olivia nunca quería marcharse. Él iba a verla y se iba cuando la situación se volvía insoportable.

Y fue inevitable que una noche no se fuera a dormir solo…

Capítulo 8

PASARON la noche en una discoteca que habían instalado en el salón de actos de la pensión. Matthew tuvo que quedarse sentado a ver cómo ella bailaba con todos sus amigos.

No quería ir a la discoteca, pero Mac le había dicho que era muy aburrido para Olivia quedarse a ver la televisión todos los días. Olivia tuvo que aceptar, aunque a ella le gustaba ver la televisión con Matthew pues así estaban juntos y solos. Sin embargo, como Matthew decidió ir, ella se puso unos vaqueros nuevos, un suéter de cuello redondo color crema y la cadena de oro que Matthew le había regalado el día en que cumplió diecisiete años. Sabía que estaba bonita y no quería quedar mal con los amigos de Matthew.

Fue la chica más popular de la reunión y todos la sacaron a bailar. Matthew no se quedó solo. Varias chicas charlaron con él. Pero cuando los dos salieron de la discoteca, estaban reservados y distantes uno con otro.

Como de costumbre, Matthew la acompañó a su habitación, pero se negó a pasar, cuando Olivia lo invitó.

—Estoy seguro de que estás demasiado cansada —comentó fríamente.

—¿No querrás decir que tú lo estás? —se disgustó Olivia y sacudió la cabeza. Se le cayó la goma del pelo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Matthew se agachó para recogerla y al ver que le costaba tanto trabajo, Olivia se tranquilizó.

—Nada —susurró con vergüenza. Obedeciendo a un impulso, lo acarició.

—Vaya, Liv —Matthew se irguió, ruborizado, pero sus ojos se ensombrecieron al ver el, brillo sensual de los de ella—. ¿Qué tratas de hacerme?

—Yo sé lo que tú me haces —lo cogió de la mano y lo metió en el cuarto. Y cerró con llave—. Ven, tontuelo. ¿De veras crees que me ha gustado bailar con todos tus amigos esta noche?

—Parecía que sí —murmuró y le dio un beso sensual.

—¿Y tú? —protestó la chica—. A juzgar por la cantidad de chicas que tenías alrededor, no estabas sufriendo mucho.

—¿Estás celosa?

—Aja —le echó los brazos al cuello—. ¿Tú no lo estarías?

—Bueno, no es necesario —le aseguró y le metió la mano bajo el suéter—. Déjame quitarme esto —se humedeció los labios con la lengua.

—No, no creo que sea una buena idea.

—Yo diría que sí.

—Pues yo no —se mostró duro y se alejó—. ¿Tienes algo para beber?

Aunque todavía tenía la escayola en el tobillo, Matt ya podía andar sin las muletas. En una semana o dos, ya estaría recuperado. Justo a tiempo para pasar la Navidad, había comentado Matthew antes con alivio, pero Olivia ya no quería regresar al pueblo. Estaba acostumbrada a pasar los fines de semana en Londres.

Tan sólo se encogió de hombros y dijo que no tenía refrescos.

—Tendrás que pedirle a una de tus esclavas que vaya a por uno a las máquinas de abajo —declaró—. Me voy a la cama. Tenías razón, estoy cansada.

—Liv... —suspiró Matthew.

—¿Qué? —se volvió y se puso las manos en las caderas, tensa.

—No eres la única con sentimientos, ¿sabes? —suspiró. La acercó a él—. Y deja de fingir que no sabes lo que siento por ti. Dios sabe que te he dicho suficientes veces. ¿Qué tengo que hacer para probar cuánto te quiero? ¿Ponerme un cartel en el pecho, o qué?

—Podrás... hacerme el amor —Olivia ya no resistió más y le acarició las solapas de la chaqueta. Matthew gimió y la abrazó con fuerza.

La besó con intensa pasión, nervioso y Olivia sintió por un momento haber desatado algo incontrolable. Pero la presión hambrienta de los labios de Matthew, la húmeda invasión de su lengua, la hizo marearse. Era lo que ella quería. Que Matthew perdiera el control y quedara a merced de sus sentidos.

Ella deslizó las manos bajo la chaqueta, se la quitó y la tiró al suelo. Pronto, pasó lo mismo con la camisa. Por vez primera, Olivia le puso las manos en el pecho desnudo. Lamió sus pezones y disfrutó del poder que tenía sobre Matthew. Hubo algo infinitamente satisfactorio para la chica en apretar sus senos contra su piel velluda. Le delineó la línea del vello corporal que se hundía bajo el cinturón. Cuando se disponía a desabrocharle la hebilla, Matthew la cogió de la mano.

—Yo lo haré —miró su prótesis con algo de impaciencia—. Esto... lleva su tiempo. Y... bueno, Mac suele ayudarme a desvestirme.

—Yo te ayudaré —susurró Olivia con voz ronca. Lo hizo sentarse en la cama—, besándolo mientras le soltaba la hebilla. Y era muy consciente de la hinchazón que advirtió debajo, de su propia falta de experiencia cuando logró quitarle la ropa.

Prefirió no mirar mientras le bajaba los pantalones. Sentía que era algo inmaduro de su parte, nunca había visto a un hombre desnudo. Y aunque la posibilidad la emocionaba, también la asustaba.

Sintió la tela suave de sus calzoncillos al deslizar los vaqueros por las caderas. Aunque evitó ver su masculinidad, se estremeció. Los vaqueros se deslizaron con facilidad debido a que estaban abiertos en el tobillo. Ella ya estaba lamentando haber tomado el control de la situación.

Matthew adivinó cómo se sentía Olivia al ver que tardaba mucho en doblar los pantalones.

—Ven —la hizo acostarse a su lado y rodó con ella—. No sabía que tuvieras tanta experiencia —añadió mientras hundía la cabeza entre sus senos. Olivia se estremeció.

—No la tengo —confesó y lo sintió reír contra su piel.

—Vaya, vaya, si no me lo dices, nunca lo habría adivinado —bromeó, pero se puso serio al volver a besarla.

Tenía los senos aplastados contra su pecho y Matthew deslizó una pierna entre las de ella. Fue más fácil así para él acariciar su femineidad y Olivia se arqueó ante el contacto. Pero la ropa seguía siendo una barrera. Matthew intuyó lo que ella necesitaba y le desabrochó los vaqueros.

—Ayúdame —jadeó sobre sus labios y Olivia alzó las caderas para que él le bajara los pantalones.

Sólo su ropa interior de encaje y algodón cubrían su desnudez. Olivia tembló. Matthew la miraba con tanta sensualidad, que no sabía cómo reaccionar. Entonces, él agachó la cabeza y le besó un pecho, el vientre plano y el hueco del ombligo. Tenía los dedos en el elástico de las braguitas y cuando se disponía a quitárselas, Olivia lo detuvo.

—No, Matthew.

—¿Por qué no? Eres hermosa y quiero verte. Toda. No vas a detenerme, ¿verdad?

—Yo... —tartamudeó—. Bueno, ¿podríamos apagar la luz? —señaló la lámpara que estaba encendida en la mesa de noche.

—He dicho que quiero verte —le recordó con suavidad. Le bajó las braguitas hasta que pudo besar los rizos dorados—. Mmm, eres deliciosa —le dijo y Olivia empezó a ceder—. Vamos, mi amor. Dejaré que me hagas lo mismo.

Olivia tragó saliva. Temblaba, pero a pesar de su temor, quería hacer lo que él sugería.

—Yo... está bien —se arqueó para que Matthew pudiera quitarle la prenda. Pero profirió una exclamación de protesta cuando Matthew hundió la cara entre sus muslos—. Matthew... ¡no deberías hacer eso!

—¿Por qué no? —inquirió al mirarla—. Te amo y quiero hacer el amor contigo. Y quiero que tú también me desees.

—Te... deseo —se humedeció los labios y, con un suspiro reacio,

Matthew volvió a acostarse sobre ella.

—Está bien. Sin embargo, estoy demasiado vestido. Ayúdame.

Olivia sintió algo de aprensión pero con decisión, le quitó los calzones. Y jadeó cuando tuvo entre sus manos su tensa masculinidad.

Matthew tembló y la besó. Hundió la lengua en su boca, hambriento. Y Olivia también sintió el calor aterciopelado de su deseo. Le parecía que era tan grande y poderoso, que palpitaba con vida propia. A ella le pareció imposible que su cuerpo lo absorbiera y se asustó cuando él se apretó contra ella.

—Relájate —jadeó contra su boca—. Estás listas para mí, mi amor. Lo puedo adivinar. Sólo déjame enseñarle lo que puedes sentir.

Olivia se alzó contra sus dedos, abriendo las piernas cuando entendió lo que Matthew quería de ella. Unas oleadas de inmenso placer le subieron por los muslos e invadieron todo su cuerpo, haciéndola aferrarse a sus hombros y suplicarle que siguiera. Empezó a jadear y ya no tuvo consciencia de nada más que de la necesidad que Matthew le había provocado. Se arqueó para tener una satisfacción que ni siquiera había imaginado que existiera, y cuando la experimentó, sintió que estallaba en mil pedazos.

Y entonces, cuando sintió que el placer disminuía, Matthew se hundió en ella, suave, pero con firmeza. Olivia contuvo el aliento al sentir un dolor breve e intenso en su vientre. El deleite que la había embargado por las caricias de Matthew, fue sustituido por una sensación de dolorosa incomodidad. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Sin embargo, Matthew había dejado de considerar los sentimientos de Olivia antes que los suyos. Su propia necesidad prevaleció y tuvo que desahogarse. Se salió un poco y arremetió una, dos veces contra ella. Y luego salió por completo, temblando al experimentar el clímax, fuera de la chica.

Durante uno momento, Olivia se sintió tan sorprendida, que no pudo hacer nada. Todo había sido muy diferente a lo que esperaba y la separación de Matthew la había confundido. «Tanto alboroto para nada», pensó. Matthew seguía acostado con el brazo sobre la cara. Ella esperó poder vestirse antes de que él se diera cuenta.

—No te vayas, por favor —la cogió del brazo cuando ella se apartó un poco. Se alzó sobre un codo y la miró—. Lo siento. Pero no he podido contenerme.

—No importa —sollozó.

—Sí importa —le apartó un mechón de la sudorosa frente. El pelo le cayó sobre los hombros, suave y atrayente—. Quería que sintieras la misma maravilla que yo, pero… lo he estropeado todo.

—No importa —repitió y apartó la cara—. Este... ¿no deberías irte? Ya es tarde.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quiero quedarme —susurró con la voz ronca—. Liv, no me mires así. Te prometo que haré que sea una experiencia fantástica para ti. Por lo menos, dame una oportunidad, ¿no?

—¿Cuándo? —lo miró fijamente. :

—Ahora —hizo una mueca sonriente.

—¿Ahora? se escandalizó—. Pero... —miró su cuerpo y se ruborizó —. Yo pensaba...

—¿Qué pensabas? —sonrió Matthew.

—Pues... este... ¿puedes?

—Aja —le dio un beso en el hombro—. Si me dejas.

—¿Harás... lo de antes? —vaciló Olivia.

—Espero que no —hizo una mueca de desagrado.

—Quiero decir... —se mordió el labio.

—Ya sé a qué te refieres —señaló y le lamió el pezón—. Y esta vez, no te decepcionaré.

Olivia tenía miedo cuando Matthew se acomodó entre sus muslos. Sin embargo, no sintió dolor. Sólo una increíble sensación de plenitud que la hizo doblar las rodillas para que él pudiera hundirse en su interior.

Matthew fue muy paciente y dejó que la chica llevara el ritmo. Olivia sintió que sus músculos respondían cuando él empezó a moverse, que se contraían y expandían en torno a él, envolviéndolo. Matthew contuvo el aliento al ser embargado por un placer inimaginable.

—Eres increíble —murmuró Matt y le acarició los pezones tensos con los pulgares. Bajó la cabeza y le lamió la aureola, aumentando la excitación de Olivia.

Poco a poco, Matthew aceleró el ritmo. La presión lo estaba incitando a hundirse más y más y el deseo que él había invitado era como un pulso palpitante en su interior. No fue como antes, cuando él la hizo experimentar su primer orgasmo. Esa vez, Olivia estuvo segura de que enloquecería cuando los estremecimientos convulsivos la invadieron. Se aferró a él mientras oleadas de placer la hacían temblar. Cuando Matthew quiso separarse, ella lo rodeó con las piernas. Atrapado en la curva sedosa de sus muslos, Matthew se estremeció de modo incontrolable y la inundó. Incapaz de sostenerse, se desplomó sobre Olivia.

Y ella ya no quería separarse de él. Al contrario, estaba feliz;

cansada pero totalmente satisfecha. «Hemos hecho el amor,» pensó, asombrada por su propia falta de timidez. Lo sentía, todo, y se propuso no dejarlo ir de su lado.

Matthew se mostró mucho menos entusiasta cuando se separó.

—Esto ha sido una locura —la reprendió—. Podrías quedarte embarazada —hizo una mueca—. ¿Qué diría tu padre entonces?

—No me importa —no estaba arrepentida—. Me gustaría tener un hijo tuyo. Me gustaría tener muchos hijos, si así es como tienen que hacerse —añadió con suavidad.

Matthew se rió. Pero después insistió en que tomaran precauciones.

—Quiero tener hijos contigo, pero todavía no. No hasta que termine mis estudios y consiga un trabajo. Quiero casarme contigo en la iglesia de Lower Mychett y que todos sean testigos de mi amor por ti. No quiero tener que casarme contigo. Y quiero que seas toda para mí, por lo menos durante unos cuantos años.

Olivia se preguntaba qué habría dicho su madre si se hubiera quedado embarazada.

Olivia y Matthew pasaron juntos cada momento que tenían libre, después de aquella noche. En los seis meses que siguieron, idearon cientos de maneras de estar juntos y a solas. Una vez pasaron un fin de semana en los Cotswolds, en una cabaña que alquilaron a través de una agencia. A los dos les encantó fingir que estaban casados, dormir en una amplia cama y desayunar juntos en una soleada terraza. Olivia no había sido tan feliz en toda su vida. Le parecía imposible que alguien pudiera destruir su felicidad.

Y sucedió en junio, el día en que cumplió dieciocho años. Olivia nunca supo por qué su abuela había escogido aquel día para darle la terrible noticia.

Tal vez la anciana esperaba que su relación no fuera duradera. Suponía que, después de todo, era una unión poco común: el hijo del propietario y la hija del arrendatario. Tal vez la abuela creyó que el padre de Matthew no permitiría que eso siguiera. O la propia madre de Olivia.

Olivia había tratado de pensar que su abuela no había actuado por celos, ni por odio. Ella era su nieta y Harriet Stoner había asumido el lugar de su madre para muchas cosas debido a la enfermedad de ésta. Sin embargo, la abuela afirmó que, como cristiana devota, no podía dejar que prosiguiera esa abominación. Y Olivia no pudo negarlo.

Sin embargo, la anciana decidió revelar su secreto en el día más importante en la vida de Olivia. El día en que ella se hacía mayor de edad y en que los padres de Matthew darían una fiesta en su honor.

Matthew le dijo que era su manera de anunciar a todo el pueblo y a los Stoner, sobre todo, que aprobaban la relación de su hijo.

Olivia recordaba que cuando acompañó a sus padres a Rycroft, había querido no hacerlo y sintió que le habían extraído toda la sangre del cuerpo.

Y todo fue porque la abuela decidió ir al cuarto de Olivia cuando ésta se arreglaba para fiesta y le dijo que Matthew era su medio hermano. Lo contó que las historias acerca de que el padre de Matthew fue un casanova de joven eran ciertas antes y después de casarse con lady Lavinia. Que él y Felicity habían tenido una aventura. Y Olivia era el resultado de eso. Robert Stoner no era su padre, sino Matthew Ryan, padre.

Olivia no lo creyó. Al menos, no quiso creerlo, aunque aquello explicaba por qué su abuela la había rechazado durante toda la vida. Olivia arguyó que su madre habría intervenido, pues ella sabía muy bien lo mucho que Matthew y ella se querían.

Pero la abuela dijo que nadie lo sabía. Ni siquiera el padre de Matthew. Éste pensaba que Olivia era hija de Robert Stoner. Éste último también creía que era su verdadero padre. Le preguntó cómo habría podido Felicity confesárselo a Olivia, cuando eso significaría la destrucción de su propio matrimonio.

Olivia quedó abrumada, incapaz de pensar, ni sentir nada. La magnitud de lo que había revelado su abuela fue tal, que no podía moverse siquiera.

Y luego la embargó un profundo dolor. Y discutió con su abuela, le dijo que, si era un secreto tan bien guardado, cómo se podía comprobar que fuera verdad.

Fue entonces cuando Harriet Stoner sacó las cartas, las cartas que el padre de Matthew había escrito a Felicity y que probaban, sin lugar a dudas, que fueron amantes. La abuela obligó a Olivia a leerlas y le señaló las frases que indicaban lo íntima que había sido la relación.

Olivia nunca supo cómo su abuela se había apoderado de las cartas. Le bastó con saber que existían, que Felicity no fue capaz de destruirlas, después de tantos años. Aquello la traicionó.

> *Mi querido Matt:*
>
> *Voy a tener un hijo, nuestro hijo. Te lo cuento porque es lo que siempre has querido y porque quiero compartir la noticia contigo. Pero sé que debes pensar en Lavinia y esto no será fácil para ninguno de los dos. A veces creo que sería mejor que no volviéramos a vernos. Bob me ama. Lo sé. Y yo lo quiero. Pero nunca voy a querer a nadie como te amo a ti. Créeme. Flash.*

—Pero, ¿cómo sabes...? —se desesperó Olivia y apartó la carta. Su abuela sacó dos certificados. Uno era el acta de matrimonio de sus padres. La fecha era de diciembre y había algo significativo para Olivia. La otra era su partida de nacimiento, con fecha de meses después.

—Si sabías que mi madre esperaba el hijo de otro hombre cuando se casó con mi padre, ¿por qué no lo dijiste? —se disgustó Olivia.

—Porque no lo sabía —replicó la abuela—. Tu madre no dejó estas cartas a la vista. Sólo después de que naciste, empecé a albergar sospechas.

—No entiendo...

—Tu madre y mi hijo fueron novios desde que eran adolescentes —te habrá contado la anciana con frialdad—. Yo siempre supuse que se casarían un día y así fue. Matthew Ryan, me refiero al padre de Matt, fue tal vez sólo un desliz sin importancia. Ya sé lo que dice en su carta, pero creo que no lo amó. Felicity quería a mi hijo. Siempre lo ha amado. Lo que pasó fue que la halagaron las atenciones de Matthew Ryan. Y él se aprovechó.

Olivia le hizo más preguntas, tratando de encontrar un punto débil en la historia de su abuela, pero no hubo ninguno. Cuando le preguntó por qué no se lo había contado a Felicity, la abuela tan sólo se encogió de hombros. Ya estaban casados y felices. Y Robert tenía una hermosa hija, replicó que ella no tenía derecho a destruir esa felicidad por el bien de una niña ilegítima.

Olivia fue al baño a vomitar. Deseó tener valor para cortarse las venas con la navaja de su padre. La vida ya no tenía sentido para ella. Ya no quería seguir viviendo. El hombre a quien amaba le estaba vedado.

Olivia se daba cuenta de lo dramática que había sido. Ya había tenido tiempo de aprender que los corazones no se rompen, sólo se resquebrajan un poquito. Pero entonces tenía dieciocho años, estaba muy enamorada. Y desesperada, de modo que no veía el futuro, sino la destrucción del pasado.

De alguna manera logró ir a la fiesta. Sus padres habían insistido en que debía ir, aunque la notaron muy tensa y pálida. Tal vez pensaron que ella y Matthew habían reñido, o algo semejante. Eso sucedió, antes de que terminara la fiesta. Matthew se mostró menos tolerante al ver que la invitada de honor era como un esqueleto en el festejo. Ya estaba muy nervioso y, cuando sacó el anillo de compromiso para Olivia y ella lo rechazó, su enfado fue indescriptible.

No obstante, Olivia descubrió que la rabia le daba fuerza para

poder soportar aquella terrible velada. Y también tuvo que soportar el desprecio de su padre, de vuelta a casa. Robert Stoner no veía otra cosa más que el hecho de que su hija lo había avergonzado en público al rechazar al hijo del terrateniente. Olivia no pudo revelar la verdad, así que tampoco se defendió.

Olivia pensaba que aquello debió ser aún más duro para su madre. Se preguntaba si en los días que siguieron, cuando Olivia guardó silencio y no quiso hablar con nadie, Felicity sospechó algo. No podía saberlo. Era un tema que siempre sería prohibido. Y Olivia tenía demasiados problemas para mantenerse alejada de Matthew como para sentir simpatía por otra persona... aunque esa persona fuera su propia madre.

Capítulo 9

EL día del funeral fue tan caluroso como el anterior. El sol caía con fuerza sobre el traje azul marino de Olivia. A su lado, Sara se derretía de calor y la chica sintió lástima por ella. Intuyó que echaba de menos el apoyo del marido ausente.

Al otro lado de la fosa, Olivia vio que la familia Ryan estaba presente. El padre de Matthew, su padre, estaba allí, junto a lady Lavinia. Y también Matt vestido con un traje gris oscuro.

Para su sorpresa, Helen no estaba con él. Pensó que tal vez su esposa ni siquiera estaba enterada de la existencia de Harriet Stoner. Y sólo porque estaba casada con Matthew, no significaba que tuviera que compartir todas las responsabilidades.

Miró al padre de Matthew y trató de ser imparcial con él. Pero no podía aceptar que él estuviera relacionado con ella. Sabía que era su padre biológico, pero Robert Stoner siempre sería su padre.

La chica no sintió nada al ver al señor Ryan. Y se preguntó qué sentiría él al ver a la mujer que había sido su amante y si afectaría también a Felicity.

El vicario terminó el servicio fúnebre y sólo se oía en el panteón cómo caían las paladas de tierra sobre el féretro. Robert Stoner se inclinó para despedirse por última vez de su madre y Olivia se hizo a un lado, avergonzada por no sentir pena.

Y fue entonces cuando vio la mirada que cruzaron su madre y el padre de Matthew. Cuando lady Lavinia se volvió para hablar con uno de los trabajadores de Rycroft, su esposo miró a la mujer que estaba sentada al otro lado de la fosa en la silla de ruedas.

Y Olivia, que observaba detenidamente la situación, fue testigo de una emoción tan fuerte que no creyó que fuera posible.

Terminó casi de inmediato. Robert Stoner empujó la silla de ruedas y Felicity lo miró con afecto. Pero la calidez que ellos compartían le pareció algo pasivo en comparación con la pasión que había percibido unos instantes antes.

Y aquello la estremeció. Al salir del panteón, empezó a temblar. Y no sólo porque Matthew la miró con la misma clase de amargura en los ojos. Hasta aquel momento, Olivia siempre había albergado la esperanza de que tal vez su abuela se hubiera equivocado, que tal vez hubiera otro «Matthew» con el que estuvo mezclada su madre. Pero era cierto. Estaba segura de que Felicity había tenido una relación con el padre de Matthew y de que ella era la prueba viviente de ello.

Más tarde, Matthew la fue a ver al estudio de la granja.

Cuando terminó el funeral, la familia y los amigos volvieron a la

granja en donde esperaba un buffet preparado por la señora Davis. La casa estaba llena de gente, pues muchos conocían a Harriet Davis Stoner a través de su trabajo en comités de la iglesia. Después de tomar tres copas de jerez, Olivia se refugió en el estudio con la esperanza de huir de las expresiones de pésame de las que no se sentía merecedora.

De todas maneras, estaba muy agitada y lamentaba su decisión de quedarse después del funeral. La noche anterior había llamado a Perry buscando consuelo, pero él tan sólo se mostró molesto de que ella prolongara su estancia en Inglaterra. Le dijo que su hogar estaba en Nueva York y que ella no le había importado a su familia durante todos aquellos años, así que no creía que sintiera nada por ellos.

Olivia había tratado de explicarle lo que pasaba; le contó el infarto de su madre, pero Perry no fue amable. Dijo que la echaba mucho de menos y que estaba descuidando la agencia. Que todo eso debía ser más importante que algo que había pasado diez años antes y que ya no tenía solución.

Olivia no esperaba eso de Perry. Después de hablar con Matthew, después de soportar la agonía de recordar todo lo ocurrido diez años atrás, necesitaba el apoyo de Perry y no sus recriminaciones. Esperaba restablecer sus vínculos con su vida actual, pero Perry tan sólo la había confundido.

La noche anterior estaba muy perturbada por los sentimientos que Matthew todavía despertaba en ella. Había querido probarse que exageraba las cosas y que en cuanto oyera la voz de Perry, recuperaría la sensatez. Pero no fue así. Y aquel día, después del incidente del funeral, temía que se avecinara lo peor.

Cuando Matthew entró en el estudio, lo miró disgustada.

—¿Qué quieres? —se irritó al verlo cerrar la puerta—. Por favor, vete y déjame sola, Matt. Te advierto que no soy buena compañía.

Matthew la ignoró. Se acercó. Era mucho más guapo que cualquier hombre que hubiera conocido. Y todavía lo deseaba. El deseo de deslizarle las manos por el cuello casi la venció. Le dio la espalda para tranquilizarse.

—¿Ya... se está yendo la gente? —preguntó con naturalidad y terminó el contenido de su copa. Ya llevaba cuatro. Se preguntó si el alcohol era responsable de la falta de control que tenía sobre su cuerpo. Se quitó la chaqueta, pero siguió sintiendo calor. Y cada vez que miraba a Matthew, sentía que el sudor le corría entre los pechos.

—No lo sé —contestó Matthew y cogió la copa vacía, revelando que estaba detrás de la chica—. Y no me importa mucho, ¿y a ti? Siento que la anciana haya muerto, pero nunca fue amiga mía.

—No —Olivia contuvo las ganas de volverse hacia él. Miró el jardín por la ventana.

—Y, si lo que me has dicho es cierto, tampoco te quiso mucho a ti —prosiguió Matthew con suavidad. Le puso un mechón de pelo detrás de la oreja y Olivia se apartó.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó. No podía recordar lo que le había dicho y Matthew suspiró con fuerza.

—Ella me dijo que siempre tuviste la intención de irte —le recordó—. Corrígeme si me equivoco, pero tengo la impresión de que eso no es cierto.

—¿Acaso importa ahora? —se separó más de él. La frescura que entraba por la ventana la hizo sentirse mejor—. Hace tanto calor —se frotó la nuca—. No hay aire.

—Es el jerez —comentó Matthew y se acercó de nuevo—. Has estado bebiendo desde que volvimos del funeral.

—¿Cómo lo sabes? —Olivia lo miró indignada.

—Te he estado observando —se encogió de hombros.

—No tienes derecho.

—¿No? —alzó una ceja y se le aceleró el corazón.

—No.

—Liv —susurró—. ¿Por qué me dejaste? Tengo que saberlo.

—Lo sabes —replicó con tensión—. Yo... nuestra relación se estaba volviendo demasiado... densa. Tú querías casarte y yo no.

—No te creo —exclamó Matthew con dolor. Olivia trató de no tocarlo, pero fue algo irresistible y le acarició los tensos nudillos. Entonces, Matthew la cogió de la mano con un ademán sensual—. Liv —habló con voz ronca y ella no se apartó—. Te amo, Liv —masculló y le dio un beso en la palma de la mano—. Siempre te he amado. Siempre te amaré.

—No... —entonces se apartó y sintió que él la había herido. Con esa pequeña acción, Matthew había abierto de nuevo una herida.

—Por el amor de Dios, Liv —se acercó y la cogió por la nuca. Olivia trató de escapar, pero supo que era inútil. No se resistió.

Creyó que iba a besarla, pero no fue así. Tan sólo la abrazó, metiendo las manos bajo su chaqueta, sintiendo la cálida piel de su esbelta cintura. Tenía apoyada la mejilla contra su pecho y, como Matthew se había aflojado la corbata, la invadió su aroma masculino.

—¿Sabes lo maravilloso que es esto? —murmuró después de un minuto. Aunque Olivia estaba de acuerdo, sus palabras la sacaron de su estupor.

—Tienes razón —pero le puso las manos en el pecho para empujarlo cuando él trato de besarla—. Yo... he bebido demasiado —

prosiguió, sabiendo que no era eso lo que Matthew esperaba oír—. Creo que sería mejor que te fueras.

—No puedes hablar en serio —hizo un gesto de dolor.

—Claro que sí —logró apartarlo—. Olvidas que… estás casado y que yo… me voy a casar con Perry…

Con un demonio, volvió a abrazarla , con tanta fuerza Que la hizo perder el aliento—. No permitiré que te cases con ese tipo. No permitiré que te cases con nadie que no sea yo —y le alzó la barbilla para besarla en la boca.

Olivia tenía los ojos abiertos, igual que él, de modo que pudo ver la pasión que lo embargaba. Y cuando las caricias sensuales de su lengua le hicieran olvidar todo pensamiento coherente, tuvo que cerrar los ojos. Todo dejó de existir para ella, salvo las manos de Matthew, los labios de Matthew y la fuerza del cuerpo de Matthew contra el suyo.

Se aferró contra él y se asió de su camisa para no caer cuando sintió que las rodillas se le doblaban. Sólo se dio cuenta de que le estaba haciendo daño, cuando lo oyó respirar con dificultad.

—No importa —susurró cuando ella abrió los ojos y dejó de besarlo—. Sólo me has tirado un poco del pelo, eso es todo —explicó y le dio apoyo rodeándole la cintura con un brazo—. Aunque me encantaría que me desnudaras del todo, preferiría que no me desollaras primero.

—¡Oh, Matt!

Su sentido del humor le era muy familiar. Aunque el comentario pudo devolver la sangre fría a lo que estaba pasando, tuvo el efecto contrario. En vez de apartarse de él, Olivia enmarcó su rostro con las manos y lo contempló como si quisiera grabar su imagen en la memoria. Pero ya conocía todos sus hermosos rasgos, desde las arrugas alrededor de sus ojos, hasta el pulso que palpitaba justo debajo de su mandíbula. Una vez le había cubierto la cara de besos y, mientras seguía mirándolo, supo que él también lo recordaba.

—Dilo —susurró acariciándola las nalgas. La acercó con fuerza y Olivia sintió su firmeza contra su estómago—. Dime que me amas —cogió el dobladillo de la falda y lo subió para poder acariciarle la pierna—. Sabes que me amas —subió más la mano y la chica se relajó, facilitándole las cosas—. Dios, Liv, cómo te deseo… No finjas que no estás lista para mí…

—¡Livvy! ¿Dónde estás?

Alguien la estaba llamando y aunque le pareció que la voz llegaba de muy lejos, la molestó. Por fin, se volvió demasiado irritante como para ser ignorada.

«¡Menos mal!», pensó Olivia después, al darse cuenta de que Matthew y ella habían estado a punto de olvidar dónde estaban. Tal vez si su madre no los hubiera interrumpido, ella se habría entregado a Matthew, allí, en el estudio de su padre, con la posibilidad de que todos los que pasaran por el jardín los vieran.

Pero sabía que el hecho de que los vieran no era lo peor. Su propia conducta que no tenía derecho, ni legal ni moralmente.

No fue Felicity quien los descubrió, sino la señora Davis que había ido a buscar de Olivia. Aunque Matthew se abrochó la camisa con rapidez y Olivia sabía que no tenía nada de maquillaje en la cara, estaban en los extremos opuestos del estudio cuando la señora Davis entró. Sin embargo, el ama de llaves los miró con suspicacia. Y Olivia se sintió aliviada cuando Matthew tomó la iniciativa.

—¿Sí? —comentó con toda la frialdad de que era capaz—. ¿Quería usted algo?

A pesar de su curiosidad, la señora Davis sabía muy bien quién era Matthew y sonrió falsamente.

—Yo... la señora Stoner está buscando a su hija, señor Matthew —explicó y miró a Olivia—. La gente ya se va, señorita Stoner. Creo que a su familia le gustaría que usted los despidiera con el resto de la familia.

—¿Ah, sí? —se humedeció los labios y miró con nerviosismo a Matthew—. Bueno... muy bien.

—Olivia se reunirá con su madre dentro de un momento —anunció Matthew y se levantó de la mesa para sacar al ama de llaves de la habitación.

Olivia supo que no podía permitirse volver a estar a solas con él. Cruzó la habitación a toda prisa.

—Voy ahora mismo, señora Davis —y salió.

Felicity estaba el fondo del pasillo y Olivia se dirigió hacia ella con rapidez para evitar a Matthew. Temía que éste la siguiera y no creía poder enfrentarse a él de nuevo. Necesitaba tiempo para recuperar la compostura antes de volver a verlo, tiempo para su postura y para ha — ¿???????

—¿Estás bien, Livvy? —Felicity miró a su hija con preocupación.

—Creo que sí —suspiró Olivia.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa? —Felicity frunció el ceño—. ¿Has discutido con Matt?

—¿Qué? —contuvo el aliento—. No —contestó tan sólo y se preguntó por qué no sentía rabia con su madre—. No, no hemos... discutido.

—Ah bueno —la señora Stoner giró su silla.

—Dime... —preguntó de pronto su hija—, ¿por qué no ha venido Helen a funeral? Creí que vendría.

—¿Helen? —apretó la boca—. ¿No te ha contado Matthew nada sobre su esposa?

—¿Contarme qué? —la miró con detenimiento—. ¿Qué pasa con ella?

—Ahora, no, cariño —negó con la cabeza—, Y si Matt no te lo ha dicho en persona, entonces yo no tengo por qué...

—¿Qué pasa con Helen? —repitió Olivia y su madre suspiró exasperada.

—No podemos hablar de eso ahora. No tenemos tiempo. Pregúntamelo después, cuando todos se hayan ido.

—Ellos... siguen casados, ¿verdad? —se mordió el labio inferior.

Sin embargo, se dio cuenta de que Matthew y la señora Davis se acercaban por el pasillo. Y Felicity también.

—Después, Livvy —apretó la mano de su hija—. Llévame a la sala, querida. Tu padre nos está esperando.

Capítulo 10

OLIVIA se apoyó en sus talones para sentarse e inspeccionó el trozo de huerta que acababa de limpiar. Tenía mejor aspecto, aunque sin lluvia estaba muy seco. Aunque hiciera mucho calor, las hierbas se las ingeniaban para crecer y robar la humedad que necesitaban las hortalizas.

Se miró las manos. Sus uñas ya no estaban pintadas y las tenías llenas de tierra, pero se sentía muy satisfecha con su trabajo pues, por vez primera desde que llegó al pueblo, se sentía útil. También le sirvió para purgar su frustración y aliviar un poco el dolor de su interior.

Habrán pasado tres días desde el funeral. Tres días en los que Matthew se fue sin despedirse y no había vuelto.

No podía culparlo por mantenerse alejado. No había hecho nada por mejorar su imagen ante él. El encuentro en el estudio, el día del sepelio, no sirvió de nada. Pensaba que había terminado de probarle a Matthew que ella era tan egoísta como él.

Olivia podía decir que él no tenía por qué acercársele, que seguía casado con Helen y que no tenía por qué criticar su moralidad. Pero de todos modos, Olivia le dejó creer que él le importaba. Hizo una mueca. Todavía lo amaba y no tenía ninguna justificación para lo que había hecho.

Pero no entendía por qué debía asumir toda la culpa cuando, cada vez que Matthew se acercaba, le resultaba imposible pensar con coherencia. Sentía que su alma era la que estaba perdida sin remedio.

Y, en lo que se refería a la relación de Matthew y Helen, Olivia sólo tenía la palabra de su madre de que las cosas no marchaban del todo bien. La señora Stoner le explicó a Olivia que Helen no sólo trabajaba en las cuadras de los Berrenger todos los días, sino que allí vivía desde hacía mucho tiempo.

Lo cual significaba que el matrimonio era un desastre, pero eso no alteraba su propia posición, pensó Olivia con amargura. No podía negar que no le desagradaba que Matthew no fuera feliz con Helen, pero no le deseaba la desdicha. Ella lo amaba y quería que fuera muy feliz. El problema era que intuía que ninguno de los dos podría ser feliz sin el otro.

Pensó que lo que debía hacer, lo que debería haber hecho diez años antes, era hablar con su madre, preguntarle por qué había dejado que su relación con Matthew continuara sabiendo lo que sabía. Sólo Felicity Stoner podía explicar por qué no había hablado durante tantos años. Tal vez así Olivia tendría algo de paz mental.

Sin embargo, Olivia sabía que no podía hacerlo.

Eso no la ayudaría y tal vez provocaría un daño irreparable a la familia. Tal vez provocaría la muerte a su madre. Decidió que lo que debía haber era volver a Nueva York con Perry. Aceptar de una vez por todas que Matthew y ella no tenían futuro y dejar de jugar con fuego.

Oyó pasos a sus espaldas. Se volvió, sorprendida. Su madre estaba descansando, su padre y Andrew trabajaban en el campo y hasta la señora Davis andaba de compras. Olivia se creía sola en la huerta y abrió los ojos con horror al reconocer a la que se acercaba.

Hacía diez años que no veía a Helen Berrenger, Helen Ryan. Y nada había cambiado. Helen siempre fue alta, delgada y un poco masculina en apariencia. Llevaba el pelo largo y lacio como siempre atado con una cinta de piel. A Olivia siempre le había parecido una chica atractiva.

Olivia deseó estar más preparada para la visita. Pero vestía una camiseta vieja y unos vaqueros sucios de tierra de Andrew. Sabía que no parecía que hubiera vivido en Nueva York durante diez años, una de las ciudades más elegantes de todo el mundo.

Se limpió las manos en las caderas y se dispuso a enfrentarla. No pensaba que Helen tuviera un motivo agradable para ir a verla. De jóvenes, nunca fueron amigas y estando Helen casada con Matthew, pensaba que no podían tener nada en común. Sabía que no era algo sensato, pero sintió horror al imaginar que Matthew le había hecho el amor a Helen.

—Hola —Helen se detuvo a poca distancia y sonrió, algo rígida—. Espero no molestar.

—No —se sorprendió al ver la cordialidad de Helen. Pensó que saber que Olivia y Matthew ya se habían visto. Aunque las cuadras Berrenger estaban a algunos kilómetros de Lower Mychett, las noticias de ese tipo viajaban pronto. Olivia creyó que iba a advertirle que se alejara de Matthew y por lo tanto la confundió la falta de agresividad de la otra mujer.

No obstante, sabía que era posible que Helen ocultara sus verdaderos sentimientos.

—¿Puedo... ayudarte en algo? —inquirió Olivia. No se le ocurría otra razón por la que Helen estuviera allí que no tuviera que ver con Matthew.

—Eso espero. Parece que has estado ocupada —comentó mirando el jardín, como si también ella estuviera incómoda con la situación.

—Así es —miró la tierra, pero deseó que Helen no se anduviera por las ramas y que se fuera de una vez.

—No creo que hayas tenido mucho tiempo para la jardinería ahora

que has estado en Estados Unidos —prosiguió Helen, haciendo tiempo —. Fuiste a Nueva York, ¿verdad? Supongo que fue un cambio muy brusco en comparación con Lower Mychett.

—Así es —asintió—. Esto… ¿no te importa que vayamos a la casa? Me gustaría lavarme las manos.

—Sí, claro —Helen volvió por el sendero y las dos entraron a la cocina de la granja.

—Bueno —comentó Olivia después de lavarse las manos—, ¿qué puedo hacer por ti?

Helen se humedeció los labios y Olivia se puso muy nerviosa. Estaba segura de que era algo relacionado con Matthew… tal vez alguien los vio juntos el día del funeral.

—No… es fácil para mí hablar de esto —declaró Helen al fin y Olivia suspiró de alivio al ver que lo iba a intentar—. Supongo que… sabes que mi padre… murió… justo después de que tú te fueras.

Olivia parpadeó. Aquello no era lo que esperaba oír.

—Sí… me he enterado de algo —la miró fijamente.

—¿De algo o de todo? —fue seca—. Por tu expresión, más bien .creo que lo sabes todo.

—Bueno… —fue Olivia quien vaciló—. Me dijeron que murió en circunstancias trágicas…

—Así es —Helen agachó la cabeza—. Circunstancias muy trágicas. Eso lo describe muy bien.

—Yo… lo siento mucho —murmuró con torpeza y se preguntó qué tenía que ver con ella. Se mordió el labio cuando Helen la miró con incredulidad.

—¿Por qué ibas a lamentarlo? —inquirió con animosidad y la miró con frialdad.

—No… hay una razón en especial —hizo un gesto de impotencia—. Esto… ¿quieres café? ¿Algo de comer…?

—Nada —negó con la cabeza—. Pero me gustaría sentarme, si no te importa.

—Claro que no —se sintió culpable por no haberla invitado a tomar asiento, y ella prefirió permanecer de pie.

—Gracias —se sentó frente a la mesa—. ¿No vas a sentarte?

Olivia tuvo que hacerlo. Pero las rodillas le temblaban, así que cruzó las piernas para que Helen no lo notara.

—Bueno —la miró de frente—. Acepto que me lo has dicho de buena fe. Tendrás que perdonarme. Soy un poco susceptible en lo que se refiere a la muerte de mi padre.

Olivia sonrió un poco. No sabía adonde quería llegar Helen.

—De cualquier modo, es cierto que los rumores que corrieron

sobre su muerte tenían algo de verdad —añadió.

—¿Qué? —Olivia se pasó la mano por la nuca sudorosa, nerviosa.

—Así es. Verás, mi padre tenía… dificultades financieras. Eso es verdad. Y estoy segura de que eso contribuyó a que tuviera… un accidente. Él no estaba concentrado en lo que hacía y jamás hubiera chocado contra esa cerca a no ser que estuviera distraído —añadió Helen.

—Entiendo —Olivia fue cortés.

—Fue un accidente la gente dijo que no , que mi padre se quito la vida porque estaba muy endeudado y así yo podría cobrar el dinero del seguro… ¡Y eso no es cierto! Me crees, ¿verdad?

—Claro —la miraba con tanta ansiedad que Olivia no pudo decir otra cosa—. Bueno, eso pasó hace mucho tiempo —trató de cambiar el tema—. Ya no importa, ¿o sí?

—Sí importa. Importa mucho. Por eso Matthew se casó conmigo. Él no me amaba en realidad. Sólo reaccionó al hecho de que te fuiste del país… y a que sintió lástima por mí.

—Mira… estoy segura… —Olivia tenía la boca reseca.

—Es cierto —Helen suspiró—. Tienes que creerme. Verás, hubo complicaciones con el dinero del seguro. Como te he dicho, hubo rumores sobre suicidio y las compañías de seguros no quieren pagar grandes cantidades de dinero si es que hay dudas.

—Entiendo.

—Entonces, estuvieron dispuestos a ayudarme cuando yo conté con el apoyo de los Ryan. Y, como sabes, Matthew y yo… siempre hemos sido amigos.

Olivia se dio cuenta de que estaba cada vez más tensa. No sabía cuánto más podría soportar.

—Estoy segura de que todo esto es muy interesante —adoptó una expresión neutra—, pero no entiendo por qué me cuentas esto.

—Porque quiero que le pidas a Matthew que se divorcie de mí —declaró Helen con frialdad y Olivia se quedó atónita—. Entiendo tu asombro —prosiguió—, pero tienes que creer que eso es lo que los dos deseamos en el fondo.

—¿Lo que los dos queréis? —tragó saliva.

—Sí —rió con nerviosismo—. Es muy difícil para mí decirlo, pero no amo a Matthew. Le estoy agradecida, siempre lo estaré, pero creo que ha llegado el momento de que yo sea independiente. Matthew sigue pensando que yo no puedo arreglármelas sola, pero sí puedo. Y confío en que puedas convencerlo, por el bien de todos nosotros.

—¿Esperas que yo…? —estaba pasmada.

—Bueno, no puedes negar que todavía existe esa atracción entre

vosotros —intervino Helen—. En cuanto me enteré de que volvías para el funeral de tu abuela, pensé que tú y Matthew…

—¡No digas más! —Olivia ya estaba más recuperada de la impresión. Se sintió traicionada.

—No sé por qué me miras así —declaró Helen, indignada—. No puedes fingir que tú y Matthew no habéis estado… solos. Enid me dijo que teníais una expresión culpable cuando os encontró…

—¡Enid! — hizo una mueca de desprecio—. ¿Te refieres a Enid Davis?

Helen vaciló un poco.

—Supongo que sí —se encogió de hombros—. Es el ama de llaves de tu madre, ¿no?

Olivia se levantó y fue a la ventana. Estaba furiosa y no sabía por qué no le ordenaba a Helen que se marchara de inmediato. Cómo podía hablar con frialdad de su matrimonio con Matthew. Parecía tan sólo una conveniencia temporal de la que deseaba librarse.

Y, de todos modos, Olivia pensó en lo que eso podría significar para ella y para Matthew. Si tuvieran un futuro juntos, habría aceptado la oferta de Helen. Olivia adivinó que Matthew se casó por despecho y ya conocía los otros factores que habían intervenido. La explicación de Helen aclaraba los motivos de Matthew y Olivia lo habría perdonado en circunstancias normales.

Y se le ocurrió que podía fingir que eran circunstancias normales. La muerte de su abuela terminó con el único obstáculo que se había interpuesto entre ambos.

Olivia contuvo el aliento. La propuesta de Helen la había hecho considerar la posibilidad de romper las leyes de Dios y de los hombres. Porque nadie sabía ni le importaba que ella fuera la hija de Matthew Ryan padre. Sin embargo, ella lo sabía y no podía cometer incesto.

Y le parecía increíble que Helen le pidiera que intercediera en su beneficio. Aunque la idea tenía cierta lógica y Helen era muy lógica y fría.

—¿Por qué no le pides el divorcio a Matthew? —preguntó Olivia.

—¿Crees que no lo he hecho? Claro que sí, pero, como te he dicho antes, Matthew es un hombre honrado. Piensa que no podré arreglármelas sola en la vida.

—Pero, vosotros vivís separados, ¿no? —frunció el ceño.

—Bueno, sí —se encogió de hombros—. Pero eso no significa nada en un juicio.

—¡Un juicio! Me temo que no te…

—Olvídalo —Helen parecía haber hablado—. Sólo creí que pensarías lo mismo que yo, que Matthew ya ha sacrificado su felicidad

durante demasiado tiempo.

Olivia no podía negarlo.

—Matthew no sabe que estoy aquí. Y no debe saberlo —Helen apeló a Olivia—. Si sabe que he venido, se sentirá humillado. Sólo quiero que sepas que no haré nada por impedir que volváis a estar juntos. Y también estoy segura de que, si Matthew creyera que eso es lo que tú deseas, me exigiría el divorcio mañana mismo.

Helen se fue como había llegado. Olivia ya no quería seguir limpiando la huerta y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Trató de relajarse. Pero una hora después, seguía confundida.

—¿Ha venido alguien? —inquirió la señora Stoner, al entrar a la cocina—. ¿Ha vuelto Enid?

—No —le dijo Olivia con un hilo de voz—. Ha venido Helen.

—¿Helen? —Felicity estaba atónita—. Helen...

—Aja —no podía mirarla a los ojos y la señora frunció el ceño.

—¿Y bien? ¿Qué quería?

—Verme —suspiró—. Si quieres saberlo, ha venido a decirme que la señora Davis ha estado chismorreando sobre... Matthew y yo.

—¡Enid! ¿Qué ha estado diciendo?

—Pues... —gimió para sus adentros—. Sólo que nos descubrió juntos. ¿Te acuerdas? El día del funeral.

—¿Y qué opina Helen al respecto?

—No gran cosa —se encogió de hombros—. ¿Sabes por qué ella y Matthew se casaron? —no quería contarle la verdad.

—Bueno, sé por qué se casó ella con Matthew —contestó la señora Stoner—. No estoy tan segura de por qué Matthew lo hizo. Creo que fue por despecho. Eso lo decidió a olvidarte y a casarse con otra.

—¡A olvidarme! —Olivia se hundió las uñas en las palmas y quiso preguntarle como podía hablar sin sentir el menor remordimiento,— Sí, a ti —insistió—. Sabías lo que sentía Matthew por ti en ese tiempo. Claro, sé que eras muy joven y tal vez no querías sentar cabeza, pero no creo que hayas dudado que eso fuera lo que Matthew deseaba.

—Pero, ¿no te parece que nuestra relación fue imprudente? —Olivia escogió sus palabras con mucho cuidado.

—¿Debido a las diferencias entre vosotros? Oh, no, no lo creo. Tal vez no eras la mujer ideal de lady Lavinia, pero el padre de Matthew siempre te ha querido mucho y lo sabes.

—Bueno, pues era de esperar, ¿no te parece? —se atragantó, pero Felicity tan sólo se echó a reír.

—¿Lo dices porque él siempre tuvo debilidad por las chicas bonitas? —Exclamó con alegría—. Bueno, pues sí, supongo que sí.

—No, porque... soy tu hija —Olivia se sintió como una traidora,

pero su madre sólo suspiró, muy tranquila.

—No sabía que estabas enterada de esa vieja historia —se tornó melancólica—. Sí, el padre de Matthew y yo fuimos… amigos hace muchos años. Me atrevo a decir que él nota el parecido entre tú y yo.

«Y no sólo el que hay entre nosotras», pensó Olivia con tristeza, pero no tuvo el valor de decirlo. Su madre había dicho suficiente. Admitió que tuvo una relación con el padre de Matthew. No sabía que Olivia había leído las cartas.

—Bueno, de todos modos voy a hablar con Enid Davis cuando pueda —afirmó Felicity para alivio de su hija—. Pero Helen debe saber que no te importan los rumores. Espero que no te haya hecho pasar un mal rato, hija. Me temo que Helen sabe que sus días como esposa de Matthew están contados.

Capítulo 11

OLIVIA llamó a Agnes Reina aquella noche y confirmó que su socia se las arreglaba muy bien sin ella.

—Pero hace dos días que Perry viene a la oficina y que me pregunta si tengo noticias tuyas, si sé cuándo vas a volver —añadió Agnes—. Por el amor de Dios, sácalo de su tormento. Dile cuánto tiempo más piensas quedarte.

—No mucho más —respondió Olivia, sabiendo que no volvía por Matthew. Sabía que era una locura después de lo que había averiguado, pero la idea de volver a separarse de él, la destrozaba.

—Vaya —se rió Agnes—. ¿Quieres que se lo diga, o vas a llamarlo tú?

—Díselo tú, Agnes —contestó—. Espero volver esta misma semana. Te llamaré para darte la fecha exacta.

—Está bien.

Agnes colgó, pero Olivia se quedó mirando el teléfono durante largo rato. La agencia y su vida en Nueva York le parecían algo lejano y distante. No tenía ganas de volver. Incluso consideraba la idea de abrir una agencia en Inglaterra para dividir su tiempo entre los dos países. Sin embargo, le parecía peligroso. Por enésima vez pensó que no debió volver a su patria. Pensaba que el fuego estaba apagado pero no, latía, vivo. Y recobraba su fuerza anterior y amenazaba con escapar de su control.

A la mañana siguiente, lady Lavinia Ryan llamó a Olivia. El padre de la chica fue quien contestó.

—Te llama lady Lavinia. Quiere hablar contigo, Livvy.

—¿Conmigo? —preguntó asombrada y algo asustada.

—Cuidado con lo que dices, niña —señaló su padre con dureza—. No quiero que vuelvas a hacer pasar un mal rato a los Ryan.

Olivia lo miró con indignación y cogió el teléfono. Después de los saludos acostumbrados, lady Laviana la invitó a cenar aquella misma noche.

—Espero que puedas venir, Olivia.

Ésta sabía que más bien era una orden, pues nadie rechazaba una invitación a Rycroft.

—Bueno... —trató de encontrar un pretexto, pero lady Lavinia no

la dejó seguir.

—Creo que debes venir, Olivia —señaló, anticipándose a su negativa—. Después de todo, no quiero que nadie piense que te guardamos rencor.

—Está bien.

—Me alegro de que lo entiendas. Te esperamos a las siete y media. Es una cena formal, por supuesto.

Olivia se pasó el resto del día tratando de pensar por qué lady Lavinia la había invitado. Ella no pensaba que debiera volver a ver a los Ryan y no le agradaba la idea de ver al padre de Matthew, sabiendo lo que sabía. Se preguntó qué haría si él tocaba el tema.

Al arreglarse, reprimió ese pensamiento. No podía creer que un hombre como el padre de Matthew no hubiera hecho nada de estar enterado de su paternidad accidental.

Como no había llevado mucha ropa, sólo podía ponerse unos pantalones de seda o el traje que había llevado el día del funeral. Como no podía cenar en casa de lady Lavinia con pantalones, se puso el traje sastre con una blusa blanca en vez de la negra del día del entierro.

Se bañó y el pelo le quedó suave y sedoso. Como vio que estaba muy pálida, se puso un poco de colorete en las mejillas. No quería que los Ryan pensaran que temía verlos… aunque fuera cierto.

Su padre la llevaría a Rycroft, pero cuando Olivia bajó a las siete y cuarto, vio a Matthew en la sala, charlando con sus padres. Era la última persona a quien esperaba encontrar y se ruborizó de inmediato. De alguna manera, creyó que él no tenía nada que ver con la invitación de su madre y, a pesar de que Oliva sabía que todavía vivía en Rycroft, imaginaba que Matthew no estaría presente.

—Matt ha venido para llevarte a Rycroft —anunció el padre y miró a su hija—. ¿No es muy amable de su parte?

—Mucho —se humedeció los labios, consciente de la advertencia silenciosa de su padre—. Espero que le hayas dicho que no era necesario.

—Pensé que así evitaría que volvieras sola a casa —contestó Matthew—. No sabía que tu padre te llevaría.

—¿De veras? —se tensó sin poder evitarlo.

—Matt pensó que tú misma conducirías. Pero le he dicho que sacaste el permiso en Estados Unidos —explicó Robert Stoner.

—Entiendo.

—Está bien —Matthew se puso de pie. Llevaba pantalones negros y una camisa gris oscuro abierta al cuello y mostraba su bronceada garganta. Hace diez años su madre habría insistido en que se pusiera

una corbata para cenar. Las cosas habían cambiado.

—¿Nos vamos?

Su padre la miraba con ojos de lince y su madre estaba muy contenta por verla salir de casa. Pensó que tal vez lady Lavinia le había pedido a Matthew que fuera a buscarla. Olivia no podía creer que él hubiera querido ir por ella, no después de la forma en que se había portado con él el día del entierro.

Afuera estaba el mercedes con el que Matthew fue a buscarla al aeropuerto. Matthew abrió la puerta con fría cortesía y se despidió de Robert Stoner, que los había acompañado hasta el coche.

Después de cruzar el patio principal de la granja, un sendero llevaba al pueblo. Siempre estaba en malas condiciones y había muchos desniveles en el terreno. Pero la suspensión magnífica del mercedes hizo que casi no se sintieran. Olivia consideró que debía hacer un comentario que rompiera el tenso silencio.

—No creo que sea muy bueno para el coche que lo lleves con frecuencia por aquí.

—Hace cuatro días que vine, Olivia —replicó Matthew sin expresión y Olivia se dio cuenta de que no sería cordial con ella en ausencia de sus padres.

—De todos modos —insistió, pero Matthew la miró con cierta agresividad que la hizo guardar silencio.

El trayecto a Rycroft fue muy rápido. Sin embargo, cuando aparcaron frente a la mansión, Olivia deseó que Matthew fuera su aliado en esa situación, aunque no podía justificar de ninguna manera su conducta para con él.

—Matt… —lo cogió del brazo antes que él saliera del coche.

—¿Qué quieres? —no fue alentador y Olivia intuyó que no le habría hecho caso a no ser porque era consciente de que los podían ver desde la casa.

—¿Sabes… —se atragantó—, por qué me ha invitado tu madre a cenar?

—¿Qué te pasa? —la miró con fría indiferencia—. ¿Te estás acobardando?

—Sí —apretó los labios—. Sí, ¿te sorprende?

—Nada de ti me sorprende ya —replicó y abrió la puerta—. Vamos, que yo sepa, no vas a encontrarte con un pelotón de fusilamiento.

—¿Y se supone que dices eso para darme ánimos? —exclamó con cierta amargura y Matthew se quedó sentado.

—Nadie va a avergonzarte —comentó—. Y yo menos que nadie —Olivia sintió una punzada de dolor al ver la expresión de tristeza de

sus ojos.

—Matt —susurró, imprudente—, acerca del otro día...

Pero Matthew salió y le abrió la puerta.

—Olvídalo. Yo ya lo hice. ¿Entramos?

Olivia salió del coche, reacia. De no ser por su padre, le habría pedido a Matthew que la llevara de vuelta a la granja. No se sentía bien y la idea de comer le daba náuseas.

Pero tenía que hacer frente a la situación. Miró la vieja mansión que tenía más encanto que elegancia. Era bella y tenía carácter y a Olivia siempre le agradó ir allí.

«Tal vez porque estos son mis orígenes», pensó, pero la idea no le pareció adecuada ni convincente. Ella era el producto de su medio, no de su herencia.

La señora Platt, el ama de llaves; los esperaba en la puerta y se sonrojó de placer cuando Olivia la saludó por su nombre, recordándola.

—Me alegro de verla, señorita Stoner —respondió y cerró la puerta. Oliva se preguntó por qué ya no llamaba por su nombre de pila.

—¿Mis padres están en la biblioteca? —inquirió Matthew. Olivia se hizo a un lado para dejarlo pasar. Recordaba dónde estaba la biblioteca. Una vez Matthew le hizo el amor allí, cuando sus padres se fueron de vacaciones al sur de Francia...

—Sí, los están esperando, señor Matt —contestó la señora Platt, interrumpiendo los pensamientos de Olivia.

—Gracias —sonrió Matthew con naturalidad. Olivia pensó en cómo había aceptado su afecto con tanta libertad. Matthew solía sonreírle así y su amor fue para ella como un manto protector. Pensó en todas las cosas que había dado por sentado diez años antes.

Matthew la condujo a la biblioteca y Olivia miró el pasillo largo, lleno de cuadros antiguos, de retratos de los habitantes de Rycroft, aunque no todos eran antepasados de la familia. Todos sabían que los Ryan adquirieron la propiedad a mediados del siglo anterior. Por fin, llegaron frente a la biblioteca.

—No pongas esa cara de susto —susurró Matthew, como si tuviera que darle un apoyo que no sentía. Olivia cerró los ojos. «Malditos sean,» pensó con amargura, «mi madre y su padre».

—Olivia —la puerta se abrió y el padre de Matthew le estrechó la mano. Él le sonrió y ella trató de imitarlo, sin entusiasmo.

—Hola —los saludó a ambos—. Espero no haberlos hecho esperar.

—¿Quieres algo? —preguntó Matthew, sacándola de las cortesías prolongadas. Le dio un buen pretexto para entrar en el cuarto y

acercarse a él.

—Este... un jerez seco, si lo tienes —susurró y miradas se encontraron. Olivia se preguntó qué habría sucedido si él no hubiera estado presente. En lo que a los Ryan se refería, todavía se sentía como una tímida colegiala.

—Matthew nos ha dicho que ahora eres una mujer de negocios —declaró el padre con aprobación. Olivia se volvió.

—Administro una pequeña agencia —admitió, modesta. De pronto, notó lo viejo que estaba el padre de Matthew. Era la primera vez que podía verlo con detenimiento. Y a pesar de sus problemas, pensó que seguía siendo un hombre muy alegre. Recordó que siempre la había tratado con amabilidad y respeto. Pero a pesar de cómo se hubiera portado con ella, Olivia prefería no pensar en ello y seguir considerándolo como todo un caballero.

Se preguntó si habría un parecido entre ambos. Ella no podía ver pensó que tal vez era muy optimista. Su actitud para con ella era tan imparcial como siempre.

—Entiendo que es una agencia para nanas —apuntó lady Lavinia y Olivia pensó que, como siempre, se las arreglaba para que todo pareciera ser trivial. Pensó lo parecida que era esa mujer a su abuela.

—Para niñeras —corrigió con suavidad y lady Lavinia arqueó una ceja.

—Tú no fuiste entrenada para eso —señaló. Olivia perdió un poco de nerviosismo al hacerle ver que eso no importaba, pues la agencia sólo contrataba a niñeras cualificadas.

—Pues yo creo que Olivia lo ha hecho muy bien —el padre la invitó a tomar asiento—. Soy un gran admirador de la gente que emprende un negocio en cualquier ramo. Me gustaría poder tener ideas así.

—No veo cómo harías tú para administrar una agencia para niñeras —intervino Matthew y los hizo reír.

—De todos modos... —el señor Ryan se sirvió otro whisky y lady Lavinia le preguntó a Olivia cómo estaba su familia. A la chica le resultó fácil hablar de sus padres. A pesar de la relación que hubo entre Fellicity y el señor Ryan, creía que no había nada de malo en contarles lo que sabía acerca de la muerte de su abuela. Y eso ayudó a que pasara el tiempo hasta que la señora Platt anunció que la cena estaba servida.

Como siempre, la comida fue deliciosa y Olivia charló como si nada con el padre de Matthew. Si fingía que no estaba interesada en nada, podía hacer frente a la situación.

Después, fueron a la sala para tomar el café. Olivia aceptó un

brandy, pero se dijo que ya había tomado bastante alcohol pues sirvieron vino con la cena. Y le sorprendió mucho que lady Lavinia fuera a sentarse a su lado en el mullido sofá.

—Así que has decidido volver —la atravesó con la mirada.

—Sólo... para el funeral —murmuró Olivia, consciente de que Matthew tocaba algo en el piano. Él alzó la vista y sus miradas se encontraron—. Vuelvo a Nueva York dentro de unos días.

—¿No me digas? Debe de gustarte vivir en Estados Unidos.

—Bueno, ése es mi hogar ahora —Olivia deseó imprimir más convicción a sus palabras. Miró al padre de Matthew que estaba de pie junto a la chimenea—. Ha sido muy amable por su parte haberme invitado.

—¿Después de todo lo que pasó? Sí, tienes razón —comentó lady Lavinia y se ganó un suspiro exasperado de su marido—. Pero, como te dije por teléfono, prefiero no despertar los chismes. Ya han hablado bastante de la familia durante años...

—¡Madre! —Matthew miró a su madre con una súplica en los ojos.

—Es cierto —insistió ésta—. Como Olivia se fue así, hizo que todos pensaran que estaba embarazada y que no quisiste casarte con ella. Y cuando Helen mostró ser tan sólo una mujer...

—No creo que Olivia quiera oír esto, Vinnie —intervino el señor Ryan con dureza. Pero su esposa no se quedó callada.

—¿Por qué no? —se dirigió a Olivia—. ¿Estabas embarazada? ¿Fue por eso por lo que te fuiste? Me gustaría saber si tengo un nieto en alguna parte al que nunca he tenido el honor de conocer.

—No... lo estaba —Olivia se sintió muy mal y no pudo mirar a Matthew a los ojos—. Siento que eso hayan creído en el pueblo, pero no es cierto. Yo... no le hubiera hecho eso... a nadie.

—Entonces, fue como dijo Matthew, ¿no querías casarte aún? —se irritó la señora.

—Así es —exhaló con fuerza.

—Me cuesta trabajo creer eso, Olivia —negó con la cabeza.

—¿Por qué? —Matthew fue quien habló y Olivia vio que se acercaba a su padre—. ¿Por qué te cuesta trabajo creerlo, madre? Nunca estuviste de acuerdo con nuestra relación, ¿verdad? Tal vez Olivia consideró que no podía tenerte como adversaria.

—Ah, no —su madre lo miró angustiada—. No permitiré que me vuelvas a acusar de eso, Matthew. Tal vez nunca aprobé tu amistad con Olivia, pero nunca impedí que la vieras. Ni una sola vez. No puedes seguirme culpando por lo que Olivia hizo Dios mío, ¿que no he sufrido ya...?

—Creo que ya hemos hablado demasiado del pasado —intervino el

señor Ryan con seriedad—. Vinnie, estoy seguro de que Olivia no ha venido a que la sermonees por lo que hizo hace ya más de diez años. Está bien, todos nos sentimos muy mal entonces, pero apuesto a que Olivia también sufrió mucho. Sus razones ya no son válidas. ¡Deja el asunto por la paz, por favor!

Se hizo el silencio y Olivia cogió su brandy para tener algo que hacer. Pensó que hubiera debido imaginar que ocurriría algo parecido. Después de todo, los Ryan eran humanos y su conducta debía parecerles inexcusable.

El señor Ryan trató de aligerar la tensión comentando algo sobre el clima a Matthew y éste le aseguró que las lluvias ya se avecinaban. Olivia se puso de pie, decidida.

—Creo que debo irme —trató de no reflejar su desesperación en el tono de voz—. Nos... acostamos temprano en la granja. Mi padre tiene que ir a ordeñar a las cinco y media.

—Claro —contestó el padre de Matthew, comprensivo—. Yo... te llevaré a la granja, si quieres.

—No será necesario —intervino Matthew—. Yo llevaré a Olivia a su casa —anunció y la madre suspiró aliviada.

—Gracias —dijo Olivia, cuando los señores Ryan los acompañaron a la puerta.

—Me he alegrado mucho de verte, Olivia —le aseguró el padre de Matthew, mientras éste buscaba una chaqueta. Y lady Lavinia repitió lo mismo.

—Tal vez vuelvas un día a vernos —comentó la señora y Olivia no supo si hablaba en serio o no.

—Tal vez —asintió Olivia, cuando Matthew volvió.

—Vámonos —anunció él y Olivia lo siguió al coche.

Aunque no era una noche fría, el aire estaba mucho más fresco y Olivia sintió de inmediato los efectos de la cantidad de alcohol que había ingerido. No estaba acostumbrada a mezclar licor con vino e hizo un esfuerzo por llegar al coche sin tambalearse. No se sentía ebria, sólo un poco mareada y deseó no haber aceptado el brandy del final.

Sin embargo, al entrar en el coche, se relajó un poco. La velada terminaba y había hecho frente a la situación. Después de todo, no todos los días cenaba con un hombre que no sabía que ella era su hija. Ni con el hombre al que amaba más que a la vida misma, pero le estaba prohibido para siempre...

Capítulo 12

—¿ESTÁS bien? —preguntó Matthew.

Olivia lo miró y sintió un deseo incontenible de acariciarlo.

—Sí —jadeó—. Ha... sido una velada muy... agradable.

—¿De veras? —rió sin humor—. Me alegra que lo creas.

—¿No lo ha sido? —trató de no mostrar desconcierto—. La comida era deliciosa, la mousse de salmón...

—Basta —fue duro—. No hablo de la comida y lo sabes muy bien —la observó con expresión insondable—. De haber sabido que mi madre te diría todo eso acerca de estar embarazada cuando te fuiste, habría hecho lo imposible porque no fueras a la casa.

—Tú...—se estremeció—... tú nunca... pensaste eso, ¿verdad?

—¿Que estabas embarazada? No.

—¿Por qué no? —insistió Olivia y Matthew suspiró.

—¿Por qué me habrías dejado si hubieras estado a punto de tener un hijo mío? —se impacientó—. Dios sabe que quería casarme contigo.

—Bueno, yo no quería sentar cabeza, ¿te acuerdas? —vaciló. Lo dijo provocativamente y Matthew pisó el freno.

—¿Qué insinúas? —la miró con enojo—. ¿Estabas embarazada? ¿Es eso lo que estás insinuando? ¿Que te fuiste porque yo no te habría permitido que te deshicieras de ese hijo, o algo parecido?

—¡No! —exclamó. Deseó haberse quedado callada. Pero el brandy la hacía perder la sensatez—. No estoy insinuando nada —todavía estaban en la propiedad de los Ryan y la chica sabía que faltaba mucho para llegar al pueblo. Lo miró, aprensiva—. Sólo quería saber lo que pensaste entonces, eso es todo. Ha sido una tontería. Olvídalo. Ya no importa ahora.

—Claro que importa —pasó un brazo por el respaldo del asiento—. Si yo hubiera creído que estabas embarazada, habría movido mar y tierra para hacerte volver. Pero pensé que estabas enamorada de otro hombre, eso me pareció la única respuesta sensata a tu huida.

—Ah —trató de que él ya no hablara del tema, pero no fue así.

—¿Estabas enamorada de otro? —susurró con voz temblorosa y la cogió de la nuca con firmeza. Olivia sintió el impulso de echar atrás la cabeza y dejar que la sensualidad la invadiera, pero no lo hizo. Deseaba tranquilizarlo, pero no podía decirle la verdad—. ¿Olivia? —susurró en su oído. Su aliento olía un poco a vino. Olivia notó que él había bebido menos durante la cena, así que no sufría los efectos del alcohol. Olivia supo que debía hacer algo para detenerlo y comentó lo primero que se le ocurrió.

—Helen fue a verme ayer a la granja —dijo y sintió que se ponía tenso.

—¿Ah, sí? —preguntó cansado—. No sabía que la hubieras visto desde que volviste.

—No he estado en contacto con ella —sintió traicionar la confianza de Helen—. Yo... supongo que quiso darme el pésame, como no fue al funeral...

Matthew maldijo y la soltó de inmediato.

—No me digas eso —se pasó la mano por el pelo, frustrado—. No me mientas —casi gritó—. Helen no fue a verte porque le importara la muerte de tu abuela. Apenas la conocía y, aunque la hubiera conocido bien, no le habría importado su muerte. Helen es así, no se mezcla con lo que considera que son frivolidades. Todo lo que le importa son sus caballos y hará cualquier cosa por quedarse con ellos.

Olivia tragó saliva. Por un momento temió que Matthew adivinara los motivos de Helen para ir a verla. Pero no sabía apartar a Matthew del tema.

—¿Vas a decirme por qué fue a verte de verdad? —la miró intensamente—. ¿O quieres que yo te lo diga?

—Yo... no sé a qué te refieres —estaba acorralada. Se preguntó por qué se metía en situaciones tan difíciles—. Ya te he dicho por qué fue... Fue... muy amable.

—¡Amable! —exclamó, como si se tratara de una grosería—. Apuesto a que lo fue. Helen puede ser encantadora cuando tienes algo que ella desea.

—¿Algo que desea? —lo miró sin entenderlo.

—Me pregunto cómo se enteró —se tornó sombrío—. Sabía que yo iría a recogerte al aeropuerto, pero eso no significa nada. Y, como has dicho, no fue al funeral. Alguien debió decirle algo. Alguien que nos vio ese día en el estudio de tu padre. Y me atrevo a decir que fue Enid Davis. Dudo que tu madre hubiera propagado semejante chisme.

—Matt, ¿qué estás...?—logró fingir confusión.

—¿...diciendo? —Se burló—. No finjas que no lo sabes. Estoy hablando de nosotros, de nuestra relación, de que, cuando, te toco, todos los demás dejan de existir para mí.

—No...

—Sí —le alzó la barbilla—. Por eso Helen fue a verte. Porque sabe lo que siento por ti.

—¡Crees... que esta... celosa! —Olivia tembló.

—No. Quiero decir que Helen sabe que eres la única persona que podría convencerme de que me divorcie de ella. Por eso fue a verte, ¿verdad? No te molestes en negarlo, veo la verdad en tus ojos.

—Está demasiado oscuro como para que me puedas ver los ojos —rezongó Olivia.

—Bueno, lo siento a través de tu piel. Es como si tuviera un sexto sentido en lo que a ti se refiere. No importa lo que sea. Ésa es la verdad, ¿no? Por favor, no me vuelvas a mentir.

—Sí, es la verdad —trató de separarse, pero él no lo permitió. Le acarició la mejilla—. Siento que esto te avergüence, pero ella me pidió que no te dijera nada...

—Apuesto a que sí.

—... he traicionado su confianza. No entiendes, Matt, sólo está pensando en ti...

—¡Estás loca! —explotó Matthew—, Ya te dije que lo único que le importa a Helen son sus adorados caballos. Y ahora están en peligro.

—No entiendo.

—Liv, quiere pedirme el divorcio. ¿No te das cuenta? Así puede seguir siendo dueña de las cuadras Berrenger —exclamó.

—¿Por qué? —lo miró fijamente.

—¿Por qué crees? Necesita, dinero. Mucho dinero. Y yo ya no puedo darle más. Tendrá que vender las granjas.

—Pero... ella...

—¿Qué te dijo?

—Dijo que te ha pedido varias veces el divorcio.

—¿Y me vas a creer si te digo que no ha sido así?

—Ya no sé qué creer.

—Entonces, deja que te lo explique todo —se acomodó en el asiento—. Cuando el padre de Helen murió, las cuadras estaban perdiendo dinero. Las hipotecaron. A no ser porque Conrad se suicidó para que su hija cobrara el seguro, habrían tenido que ser vendidas.

—Helen... dijo algo parecido —asintió la chica.

—Bueno —vaciló un momento—. Y, después de la muerte de su padre, nos casamos. ¿Te lo contó también?

—Dijo que te casaste con ella por despecho.

—Qué decente de su parte —rezongó—. Sí, supongo que así fue. Después de que te fuiste, ya no me importó lo que pasara con mi vida. Y mi padre y Conrad Berrenger fueron amigos durante muchos años.

—Así que te casaste con ella —no quería pensar en eso, aunque hubiera sido un matrimonio sin amor.

—Sí. Y Helen obtuvo su dinero.

—Y... todo salió bien.

—No —suspiró Matthew—. Lo que yo no sabía entonces, era que mi padre había estado financiando a Conrad durante varios años, que hipotecó Rycroft en un último intento por ayudar a su amigo. Y que,

cuando Conrad murió, Helen no le dio ni un centavo del dinero del seguro.

—Entonces, por eso estáis…

—¿En quiebra? Sí, así es —comentó sarcástico.

—Pero, ¿no pudisteis vender las cuadras? —preguntó atónita.

—Tal vez sí, si mi padre hubiera estado dispuesto a echar a Helen de allí. Y ya lo conoces, no es esa clase de hombre. Dios sabe que sufrió mucho cuando Conrad se quitó la vida.

—Pero si él había hecho todo lo posible —protestó Olivia.

—Lo sé —exhaló—. Pero no era suficiente para él y desde entonces, ha hecho todo lo posible para que las cuadras sigan funcionando.

—¿Hasta vender parte de las tierras de Rycroft?

—Hasta eso. Pero no las granjas hasta ahora. No te preocupes —la advirtió Matt—. No venderá la granja de tu padre si puedo evitarlo. He logrado convencerlo de que ya no puede hacer más por las cuadras. Y supongo que por eso Helen fue a verte. Tu regreso fue muy oportuno en lo que a ella se refiere.

—¿Porqué?

—¡Liv! —exclamó—. Sabe y siempre lo ha sabido que eras la única persona que podría convencerme de que me divorciara.

—De todos modos…

—Liv, lo haría por un precio, ¿entiendes? Sería un divorcio amistoso, por un precio. Con un pago por adelantado. Sin hacer preguntas.

—Pero de todos modos podrías divorciarte, ¿no? No vivís juntos.

—¿Puedes probarlo? —inquirió triste—. A la primera insinuación de que yo me divorciaría de ella, Helen volvería de inmediato a Rycroft. ¿Y crees que mi padre la detendría? Por supuesto que no.

—Pero podrías marcharte de Rycroft.

—¿Y dejar a mi padre solo a merced de las maquinaciones de Helen? Claro que no. Helen sabe muy bien que me tiene atrapado con lo del divorcio. Tu vuelta ha sido una bendición para ella.

—¿Por qué? —gimió Olivia y Matthew gruñó.

—¿Por qué crees? ¿Por qué estamos sentados aquí ahora, hablando de esto? Porque no queremos que esta noche acabe.

—No…

—Sí —la interrumpió, pero sin tocarla—. Por eso esta situación es insoportable.

—No —se alejó lo más que pudo—. Te equivocas, Matt…

—¿Ah, sí? —la miró fijamente—. Si te tocara ahora, ¿me detendrías? ¿Me detuviste acaso el día en que tu abuela fue enterrada?

—Eso fue diferente.

—¿En qué?

—Bebí demasiado jerez.

—Hoy también has bebido demasiado.

—Matt, basta ya —suspiró—. Es inútil y lo sabes muy bien. Yo no regresé… por ti, sino porque mi madre me lo pidió.

—¿No volverías si yo te lo pidiera?

—No —tragó saliva cuando él le tocó la rodilla.

—¿Quieres que te demuestre que estás muy equivocada? —se acercó a ella y Olivia sintió que se ahogaba.

—Voy… a casarme con… Perry —trató de abrir la puerta—. Por favor, déjame salir de aquí, Matt. Ya no puedo más.

—Cálmate —se alejó y apretó el botón de la ventanilla de Olivia—. Respira. No tienes que asustarte, te llevaré a casa. Tu padre nunca me lo perdonaría si no lo hiciera.

El sentido común prevaleció. Para cuando llegaron a la granja, Olivia le dio las gracias y lo invitó a pasar. Había luz en la casa y la chica sabía que sus padres querrían charlar con Matthew.

Sin embargo, éste declinó la invitación. Su expresión era tan sombría y triste que Olivia sufría sólo de verlo. Tenía que darle ánimo antes de entrar en la casa. Sabía lo que quería decirle, que lo amaba y que viviría con él para siempre si pudiera, casada o no. A ella no le importaban Helen ni las cuadras, ni siquiera Rycroft. Sólo le importaba Matthew. Y quería que él lo supiera.

Matthew la miró entonces y debió ver en los ojos de Olivia parte de lo que ella sentía, pues gimió y se acercó, alzándole la cara. Cuando la besó, ella entreabrió los labios de inmediato.

Era un paraíso para Olivia sentirlo tan cerca y recordó las numerosas ocasiones en que Matthew la llevó a casa en el Mini, las largas y románticas despedidas. Entonces también la besaba, pero nunca con tanta urgencia, nunca con caricias tan desesperadas. Era como si Matthew supiera, al igual que Olivia, que sería su última oportunidad de estar solos. La chica quedó sumergida por la pasión de la caricia.

—Dios mío, Liv… no me dejes —gruñó Matthew sobre su cuello y Olivia le metió la mano por el cuello de la camisa para tocarlo.

En aquél momento, se iluminó la entrada de la casa, Matthew maldijo y se alejó y Olivia lo imitó. Matthew sabía que Robert Stoner los había visto y salió del coche.

—Bob, ¿cómo estás? —saludó cortésmente y sólo Olivia supo que estaba tan tenso, Pero vio a otro hombre que salía al pórtico y el estómago se le hundió al reconocerlo. Era Perry.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Tienes visita, Livvy —le indicó su padre, pero tampoco parecía entusiasmado por la llegada de Perry.

Matthew tuvo que soportar las presentaciones de Robert Stoner y no sonrió. Pero como Perry había visto a Olivia, no le importó la frialdad de Matthew.

—Cariño —exclamó y corrió hacia ella. Olivia no tuvo más remedio que dejarse abrazar y besar por él.

El beso de Perry dejaba mucho que desear, pero Olivia supo que en parte se debía a su propia falta de respuesta. No soportaba que Perry la tocara y se quedó con los ojos abiertos, mirando a Matthew con una tristeza profunda.

Matthew no soportó más, no quiso entrar a la casa y volvió a! coche.

—Buenas noches —lo miró a todos y Olivia tuvo que ver cómo se iba, mientras Perry le rodeaba los hombros con un brazo.

Capítulo 13

DOS días más tarde, Olivia estaba sentada en la cama del cuarto de su abuela, mirando cómo su madre revisaba el contenido del armario. Aunque no quería ayudar a su madre a clasificar las cosas de la abuela, le daba un pretexto a Olivia para alejarse de Perry. Y no había podido hacerlo con frecuencia en los dos últimos días. En cuanto ella bajaba a la cocina, Perry ya estaba despierto. Aunque Olivia apreciaba que él hubiera ido a buscarla para llevarla a Estados Unidos, habría preferido que fuera menos exigente. Olivia le avisó que se iría al final de la semana y eso pensaba hacer. Necesitaba estar sola y Perry no se lo permitía.

La verdad era que Olivia deseaba que él no estuviera en la granja. Fue muy educado con los señores Stoner y hasta Robert tuvo que aceptar que era un hombre sincero, aunque sus costumbres lo irritaran un poco. Pero Olivia no lo quería en la granja porque así no podía ver a Matthew.

Aun así, Olivia reconocía que necesitaba dejar de hacer tonterías con Matthew. De no ser porque Perry llegó, estaba segura de que las cosas habrían empeorado. Cada vez lograba resistirse menos a Matthew y había veces en que no sabía qué era peor: la tristeza de Matt, o su propio tormento.

—Creo que casi todo puede venderse en el bazar de la iglesia —comentó su madre, sacando varios chales del armario y poniéndolos en la cama—. Sé que le gustaría a la esposa del vicario y estoy segura de que eso es lo que tu abuela hubiera querido, ¿no te parece?

—¿Qué? —Olivia salió de Su cavilación y miró la ropa—. Ah, este... sí —contestó sin saber qué decir.

—¿Qué te pasa, Livvy? —suspiró la madre—. Me tienes muy preocupada. Pensé que te agradaría que el señor Randall estuviera aquí, pero no estás contenta, ¿verdad?

—Se llama Perry —contestó Olivia, evadiendo la pregunta.

—Prefiero llamarlo señor Randall —declaró—. No lo conocemos, Livvy. Es tu amigo, no nuestro. No nos has dicho cuáles son tus planes. Si llegas a casarte con él, lo aceptaremos como a un miembro de la familia, pero, hasta que eso no ocurra...

—No te gusta, ¿verdad? —No he dicho eso. Casi no lo conocemos...

—Pero no te agrada lo poco que conoces —insistió Olivia.

—No. Quiero decir, sí. Eso no es lo que estoy diciendo —se exasperó la señora—. Livvy, lo que pasa es que no estamos acostumbrados a sus hábitos. ¿A quién se le ocurre comer yogurt a la hora del desayuno, por ejemplo? ¿Qué tiene de malo comer pan con

mermelada a la antigua usanza?

—No hay nada de malo en el pan con mermelada —tuvo que reír—. Lo que pasa es que nosotros no comemos pan integral y Perry sí. Además de que la mermelada que haces tiene mucha azúcar.

—Bueno... —hizo un gesto elocuente y volvió al armario—. Parece que a tu padre no le ha hecho el menor daño y el marido de Sara dice que es la mejor mermelada que ha comido en su vida.

—Lo es —se encogió de hombros—. Lo que pasa es que así es Perry. Para él es muy importante su dieta.

—Bueno, yo siempre he pensado que cuando se está como invitado en casa ajena, se debe hacer un esfuerzo por adaptarse —replicó la madre, hurgando en un cajón—. Lo que me recuerda que la señora Davis me ha dicho que le ha pedido que le cambie las sábanas todos los días. ¿Hace eso en su casa?

—Creo que sí —alzó los hombros—. Entonces, ¿no te gusta?

—Bueno, no estoy encantada de la vida con él —hizo una mueca—. Pero es un hombre que no tiene nada de malo —suspiró—. Tú eres quien tiene que decidir si es el hombre al que amas. Tu padre y yo no podemos entrometernos en este asunto.

—Pero, si yo me casara con él...

—Seríais bienvenidos en esta casa y lo sabes —la interrumpió la madre—. Igual que lo son Sara y su esposo. Y ésa es otra cosa. No he recibido noticias de Sara. Espero que esté bien, pues el bebé ya está a punto de nacer.

Olivia dudó. Le habría gustado preguntarle a su madre qué clase de hombre le gustaría para yerno, pero no tuvo el valor. Siempre pasaba lo mismo, cada vez que se presentaba la oportunidad de aclarar la verdad, Olivia siempre se retraía. Olivia sabía que otro infarto tendría consecuencia fatales y no quería tener eso en la conciencia.

—Tu primer nieto. Debes estar muy contenta —comentó.

—Claro —la señora Stoner había encontrado lo que parecía ser un pequeño cajón y le pidió a Olivia que lo sacara del cajón—. Y la pobre de Sara que ha tenido que cargar con el bebé hasta el final. Yo no tuve ese problema con ninguno de vosotros.

—¿Cómo es eso? —inquirió, jadeante, y puso la caja en el regazo de Felicity.

—No. Por algún motivo, todos nacisteis a los siete u ocho meses. Recuerdo que tú fuiste la más rápida. Naciste apenas siete meses después de me casara con tu padre.

—¿De veras? —se ruborizó y tragó saliva mientras volvía a sentarse en la cama—. Qué...raro.

—Así es —la señora abría la caja y no notó el rubor de su hija—. Pero algunas mujeres son así. El doctor dijo que era algo normal.

Olivia digirió eso con dificultad. De acuerdo con sus cálculos de la abuela, Felicity y estaba embarazada de dos meses cuando se casó con Robert Stoner. Por muy prematuros que fueran los otros bebés, Olivia no lo fue.

El cofre ya estaba abierto y Olivia vio que contenía el testamento de la abuela, algunas fotografías antiguas y varios registros de gastos. También había varias cartas atadas con una liga y Olivia vio como su madre las revisaba.

—¡Dios mío! —susurró, pasmada. Olivia se asustó por su madre, pero ésta tan sólo estaba muy disgustada. Era obvio que no sabía que Harriet Stoner había encontrado las cartas que le escribió el padre de Matthew y que estaba muy molesta por descubrirlas allí.

—¿Qué pasa? —Olivia se sentó sobre sus manos para no arrebatarle esa cartas a su madre.

—Éstas son las cartas que Matt Ryan me escribió hace muchos años —las blandió con amargura—. Tu abuela debe haberlas cogido y guardado por alguna razón.

—¿Tú… no las guardaste? —trató de aparentar naturalidad.

—No. Hace muchos años, justo antes de que tu padre y yo nos casáramos, las tiré. No sé por qué las conservé tanto tiempo. Supongo que tenían para mí un valor sentimental. Me recordaban mi juventud.

—¿Tu juventud? —frunció el ceño—. Pero eras muy joven cuando te casaste.

—Tenía veinticuatro años —aclaró—. En esos tiempos, ya era vieja. Sobre todo en un pueblo como Lower Mychett. Después de todo, tu padre y yo nos conocíamos desde que íbamos a la escuela.

—Entonces, ¿por qué esperaste tanto tiempo para casarte? —aventuró Olivia y se preguntó si su madre le diría la verdad.

—Supongo… que fue por Matt —suspiró y abrió una de las cartas —. Sé que te has enterado de los rumores. Pero Matt y yo nos queríamos mucho, aunque suene mal.

—¿Mal?—su voz se tornó ronca.

—Claro —alzó la cabeza—. Estaba casado, Livvy. Y eso también significaba mucho en esos tiempos. El divorcio no era fácil para nadie. Y yo sólo era un adolescente y no sabía muy bien qué quería en la vida.

—¡Una adolescente! —no pudo evitar alzar la voz pero su madre estaba tan absorta en las cartas, que no le prestó mucha atención.

—Sí, tenía diecinueve años —recordó la señora y Olivia se quedó con la boca abierta—. Y Matt tenía treinta y siete años, casi me

doblaba en edad.

Olivia sentía que empezaba a sudar por la tensión, pero ya no podía dar marcha atrás. Tenía que saber si su abuela había mentido o no. Tenía que saber si ella era la hermana de Matthew o no.

—¿Y... qué pasó? —trató de actuar como lo haría cualquier hija frente a la vida privada y secreta de su madre. Y Felicity miró al espacio.

—¿De veras quieres saberlo? .

Olivia confesó que sentía algo de curiosidad, pero hundió las uñas en la colcha de la cama. No tenía curiosidad, estaba desesperada por saber la verdad.

—Bueno, Matt no se divorció, como bien lo sabes —susurró Felicity—. Y eso fue lo mejor, en aquellas circunstancias.

—¿Qué... circunstancias?

—Bueno... —se alzó de hombros—. Lavinia descubrió que estaba esperando un hijo. Después de todos esos años, escogió ese momento para probar que seguía durmiendo con su marido.

—Entiendo —contuvo el aliento.

—Me pregunto si de veras lo entiendes.

—¿A qué te refieres?

—Yo también estaba embarazada —confesó.

Olivia se quedó sin habla y Felicity bajó la cabeza.

—Ya sé, estás impresionada. Yo también lo estaría si mi madre me estuviera contando estas cosas, pero creo que eres lo bastante madura como para entender que uno no puede siempre controlar sus sentimientos. Como te dije, yo era una joven y Matt era como su hijo... muy guapo.

—¿Y... qué hiciste? —preguntó atragantada.

—No tuve que hacer nada. Perdí al bebé a los tres meses, así que nunca hubo ningún problema. En cuanto a lo que hubiera hecho... supongo que me habría ido a otra parte a tenerlo y luego lo habría cedido en adopción. Ser una madre soltera no era algo tan aceptado entonces como lo es hoy día.

—Y... ¿el señor Ryan?

—Matt nunca se enteró. Una vez le escribí una carta, pero nunca la envié. Quise decírselo y me imagino que fue una tontería. Verás, él siempre quiso tener hijos y parecía que Lavinia no podía dárselos. Y luego, Lavinia descubrió que estaba embarazada y yo perdí a mi bebé...

—Así que no le dijiste nada a nadie —Olivia temblaba y se alegró de que su madre no lo notara.

—Sólo a tu padre —susurró—. Se lo dije antes de que nos

casáramos. Verás, yo no era virgen y eso también importaba hace tiempo. Él me quería mucho y no le importó. Claro que tu abuelo no me hubiera perdonado de haberse enterado. Pero por suerte, todas estas cartas son de Matt, dirigidas a mí, así que no encontró nada que me pusiera en evidencia en ellas.

Se dio cuenta de que Felicity nunca debía saber lo que había hecho Harriet Stoner. Felicity estaba molesta y un poco avergonzada, pero eso era todo.

—¿Quieres... que las queme?—sugirió Olivia. .

—Estás temblando, Livvy —exclamó la madre al verla—. ¿Tienes frío?

—Sólo un poco —aunque estaba pálida, su pulso latía con fuerza.

—Supongo que te sorprende ahora que yo haya alentado tu relación con Matthew, ¿verdad? —la madre malinterpretó su expresión—. Pero a él no le guardo ningún rencor. Sé que Matt, me amaba. Y nada nos habría hecho más felices que su hijo y mi hija se enamoraran —se encogió de hombros—. Y eso no pudo ser. Aunque pensamos que así sería durante mucho tiempo.

Olivia quería llorar.

—Me... ¿me das las cartas para que las queme? No creo que a papá le guste mucho pensar en los motivos de la abuela para conservarlas.

—No, no. Tienes razón —asintió y sin examinarlas, se las entregó —. Sí, deshazte de ellas, Livvy. No quiero que las mencionemos para nada. Ése será nuestro secreto.

Aquella noche, mientras Olivia yacía en la cama, repitió una y otra vez esas palabras para sus adentros. No era el secreto de ella, ni de la abuela, sólo de Felicity. Un secreto que perteneció al pasado antes de que ella misma naciera.

Durante todos aquellos años, Olivia había estado viviendo una mentira.

Y no podía decirle a su madre lo sucedido. Porque, si las sospechas de la abuela hubieran sido correctas, su madre habría sufrido un infarto mortal.

Estaba segura de que había hecho lo mejor aunque con ella destruyera su propia vida. Antes de destruir las misivas, la chica volvió a leer la carta que su madre le envió a Matthew Ryan y se dio cuenta de lo diferente que se podían interpretar sus palabras. Por

ejemplo, cuando su madre le decía que estaba embarazada porque eso era lo que el señor Ryan siempre había querido, Olivia debió pensar que, era una manera rara de expresar la situación. Aunque ella asumió que la carta fuera escrita después de que el pequeño Matthew naciera, no se preguntó por qué habría escogido su madre esas palabras. Y tampoco mencionaba a Matthew. Mencionaba a lady Lavinia, pero no a Matthew.

Olivia se preguntó si Harriet Stoner en verdad creía en lo que le había contado. La abuela siempre fue una mujer muy astuta, demasiado como para cometer semejante error de interpretación. Pero, si conoció la verdadera historia, no entendía por qué había actuado como lo había hecho. Olivia no veía por qué su abuela hubiera querido destruirle la vida a propósito.

Olivia durmió muy mal y se levantó al alba, inhalando el aire del campo. Pensó que nada igualaba ese olor. Y le gustaba aún más por haber pasado los últimos diez años en una ciudad.

Dudó que Perry estuviera de acuerdo con ella. A él no le gustaba los olores sin las costumbres del campo. Aunque insistía en comer comida natural, no le interesaba saber de dónde llevaba y siempre hacía que su ama de llaves fuera a hacer las compras a las tiendas naturistas más exclusivas de la ciudad.

Lo cual hacía más raro su viaje a Lower Mychett. Era obvio para Olivia que estaba preocupada por ella y se lo agradecía. Pero la chica sintió que lo desilusionaría como había hecho con Matthew. No podía casarse con Perry. De eso estaba segura, aunque dudaba de todo lo demás. Al saber que Matthew y ella no estaban emparentados, existía la posibilidad de que algún día unieran sus vidas. Pero Olivia no sabía cuándo sería posible.

Después de la euforia que sintió al enterarse de que Matthew no era su hermano, recuperó la sensatez. Era feliz por saber que su amor por Matthew estaba libre de toda culpa, pero la situación no se alteraba. Él seguía casado con Helen y eso no podía cambiar puesto que Helen sólo le daría el divorcio a cambio de dinero.

Tal vez Matthew se casaría con ella, si Olivia le pedía que le diera el divorcio a Helen, sin importar a qué precio. Olivia imaginaba cómo debió sufrir Matthew cuando ella se marchó.

Pero Olivia no quería correr el riesgo. Había llegado a la conclusión de que Matthew y ella jamás podrían tener un futuro juntos. Después de todo, Helen necesitaba dinero, eso era obvio. Y, si Matthew no estaba dispuesto a pagarle, no le daría el divorcio. Parecía que Matthew no podría quedar libre de nuevo sin vender parte de sus tierras y propiedades.

Por eso Olivia despertó al amanecer. Sabía que era tal vez la última noche que pasaría en Lower Mychett. Iba a volver a Nueva York. Había tomado esa decisión durante la madrugada. Y, si se marchaba, sabía que nunca más volvería. Creía que, pasara lo que pasara, Matthew nunca lo entendería, nunca la perdonaría…

Capítulo 14

EL teléfono sonó y Agnes Reina contestó.

—Es Perry —susurró a Olivia—. ¿Quieres hablar con él?

—No —suspiró Olivia—. Pero sintió remordimientos de conciencia —. Oh, está bien. Supongo que no puedes seguir diciéndole que estoy en una reunión. Me gustaría que dejara de llamarme.

Agnes se encogió de hombros. Era una mujer morena, alta y muy atractiva. Hacía casi ocho años que ella y Olivia se conocían y hacía siete que compartían la administración de la agencia de niñeras. Agnes era una buena amiga de Olivia y era la única que sabía por qué se había ido a vivir a Estados Unidos.

—¿Por qué no le dices que tienes otro novio? —sugirió Agnes, concentrándose en la pila de solicitudes que estaba revisando—. Creo que eso lo alejaría de ti de una vez por todas.

—Él sabe que no es cierto —protestó Olivia.

—Pues entonces haz que sea verdad —replicó Agnes—. Ya sabes que Glenn Forrester estaría encantado de...

—Eso sólo complicaría aún más las cosas —se entristeció Olivia. El joven abogado de la oficina de enfrente había intentado varias veces salir con ella. Pero Olivia no tenía ganas de verlo, como no las tenía tampoco de seguir viendo a Perry.

—Entonces, todo depende de ti —Agnes se lavó las manos—. A propósito, ¿llamaste a Gillian Stevens? La entrevisté mientras estabas con tu familia y creo que te impresionará su experiencia y profesionalidad.

—No, no hablé con ella —suspiró—. Me temo que lo olvidé. Dame un minuto para arreglar esto y ahora la llamo —le dolía la cabeza y apretó el botón para hablar con Perry—. Hola, Perry, ¿en qué puedo ayudarte?

—Puedes empezar por contestar a mis llamadas —replicó Perry, muy molesto.

—Lo siento...

—Deberías lamentarlo. ¿Te das cuenta de que no te he visto ni una sola vez desde que volvimos?

—He estado muy ocupada, Perry.

—Pues no tanto. He llamado a tu apartamento docenas de veces y sólo contesta una máquina.

Olivia se sintió culpable. Había dejado conectado el contestador a propósito, mientras ella estaba en casa. No era porque saliera a divertirse. Cundo llegaba a casa, estaba demasiado cansada como para hablar.

—Bueno, ¿qué te puedo decir? —preguntó, resignada.

—Puedes cenar conmigo esta noche —declaró Perry—. Creo que me lo debes, Olivia. Si vas a dejarme, por lo menos ten el valor de decírmelo a la cara.

—Está bien.

—Está bien, ¿qué? —no podía creer que hubiera aceptado con tanta facilidad—

—Está bien, voy a cenar contigo —declaró Olivia—. Ve a buscarme a las siete y media, ¿de acuerdo? Creo que hoy voy a llegar tarde a casa y todavía tendré que arreglarme.

—Está bien —parecía bastante sorprendido.

—Bueno, para ser sincera, se lo debo —comentó al colgar—. Esta noche le diré que ya no puedo seguir viéndolo. Debí hacerlo hace varias semanas.

—¿De veras? —Agnes no estaba convencida y Olivia la entendió. Hacía tres semanas que había vuelto de Inglaterra y que inventaba pretextos para no ver a Perry. Y sabía por qué. Hacía años que eran amigos y Olivia dependió de su ayuda en el pasado. Se daba cuenta de que volver a ver a Matthew la había hecho vacilar en romper con Perry. Por vez primera en la vida, Olivia tenía miedo de enfrentarse al futuro sola.

Pero no tenía derecho a tratar a Perry así y por eso iba a hacer lo que creía que era su deber. Esperaba que Perry lo entendiera. Olivia no quería herirlo. Pero, pasara lo que pasara, Perry debía darse cuenta de que ella no podía casarse con él.

Olivia llegó a casa más temprano, pues Agnes le sugirió que se tomara el resto de la tarde libre para arreglarse.

—Estás cansada. Ve a dormir un poco —sugirió Agnes—. Y deja de preocuparte. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Olivia deseó poder opinar lo mismo. En su desesperación, no veía el menor resplandor de esperanza. Su vida le parecía un interminable y oscuro túnel.

Se dijo que lo superaría. Había superado perder a Matthew antes. El problema era que tenía más edad y sentía todo con mayor intensidad. Y sabía que el tiempo no cura todas las cicatrices. Que algunas heridas son demasiado profundas como para sanar. Y Olivia intuía que poner de por medio más de cinco mil kilómetros no iba a ayudarla otra vez.

Sus padres lamentaron verla irse, pero pensaron que su hija amaba a Perry y Olivia no los había desilusionado. No quería dar explicaciones:

Se sintió aliviada por no volver a ver a Matthew antes de irse. Se

preguntaba si, habría tenido Olivia la fuerza de despedirse de él o habría sucumbido a la debilidad que le provocaba amarlo. Ella y Perry se marcharon un día después de que Olivia y su madre tuvieran aquella charla en la habitación de la abuela.

Olivia entró en su habitación y se quitó los zapatos y la ropa antes de entrar al baño. Tenía calor y estaba cansada e iba a seguir el consejo de Agnes y descansar. Necesitaría toda su energía para enfrentarse a Perry esa noche.

Logró dormir un poco y al despertar se sintió más descansada para escoger algo atractivo qué ponerse.

Cuando Perry llamó, abrió de inmediato. Llevaba puestos unos pantalones anchos de seda azul. El pelo, suelto sobre los hombros le daba un aspecto joven y llamativo. Sólo sus ojeras traicionaban su conflicto interno.

—Por fin —comentó Perry, secamente—. Creí que te había ofendido.

—¿Qué? —se dio tiempo para pensar en una respuesta—. No, ¿por qué? Te dije que he estado muy ocupada.

—¿Ah, sí? —Perry se detuvo en mitad de la sala, cruzado de brazos. Olivia se preguntó al verlo, si, no había estado buscando a un hombre que fuera el opuesto de Matthew. Era cierto que los dos eran altos, pero era el único parecido. Matthew tenía hombros anchos y era muy musculoso y Perry era delgado y un tanto atildado y rubio.

—Bueno, no precisamente —confesó Olivia. No quería decirle todavía que no quería volver a verlo—. Perry, hay algo que debo comentar.

—Vaya, estoy seguro de que será una sorpresa —comentó con ironía—. ¿No puede el condenado tomar un trago antes de ser decapitado?

—No sé... a qué te refieres—se ruborizó.

—Por favor, Olivia, no digas eso —la miró con aspereza—. Tendría que ser un tonto para no notar que no has querido verme desde que volvimos de Inglaterra. Sin embargo, estás enamorada de otro. ¿Por qué no me dices de una vez por todas quién es?

—Oh, Perry —Olivia se sintió muy mal y le sirvió su licor preferido —. Voy a echarle de menos.

—¿De veras? —tomó un sorbo, pensativo—. ¿Tiene que ser así?

—¿Qué?

—Pues nosotros, el hecho de que ya no nos veamos —explicó—. Me gustaría que siguiéramos siendo amigos.

—¿De veras? —parpadeó, perpleja.

—¿Por qué no? Puede ser que te canses de este nuevo galán, quienquiera que sea. Y me gustaría estar cerca de ti cuando suceda.

—Ah —negó con la cabeza—; No estoy viendo a ningún hombre.

—¡No puedes hablar en serio! —la miró fijamente.

—Sí, hablo en serio—tragó saliva.

—Pero, entonces, ¿por qué...? —estaba atónito.

—Es una larga historia —se alejó de él y se abrazó—. Amo a otro hombre; vive en Inglaterra. Pero está casado y no puede divorciarse.

—¿El hombre del que huiste para venir a Nueva York? —sugirió Perry, astuto. La vio asentir—. Entiendo.

Se hizo el silencio durante un momento, mientras Perry bebía. Olivia trató de recuperar la compostura. La había sorprendido mucho ser tan transparente, pero se alegraba de ello pues así no tuvo que dar explicaciones. La actitud de su amigo la hizo sentirse un poco mejor.

—Sabes —se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla—, eres uno de los hombres más amables que he...

Y fue cuando sus labios rozaron la mejilla de Perry, cuando vio a Matthew. Éste estaba de pie en el umbral de la puerta principal y Olivia se dio cuenta de que no había cerrado con llave. El sentido común le dijo que estaba alucinando. Matthew no podía estar en Nueva York, en su apartamento. Lo que Olivia veía era un producto de su imaginación.

De todos modos, se sintió culpable al pensar que Matthew la había sorprendido en esa situación. Olivia se llevó una mano a la frente sudorosa y perdió el color de las mejillas. Se tambaleó un poco.

—Querida —exclamó Perry, siempre atento—. ¿Qué te pasa? Parece que acabas de ver a un fantasma.

—Me temo que no soy un fantasma. Soy muy real —afirmó Matthew, entrando en el apartamento, muy disgustado.

Y Olivia se desmayó.

Era de día cuando abrió los ojos. Tenía dolor de cabeza y se apoyó sobre las almohadas. Reconoció la colcha de la cama y las almohadas. Estaba en su propia cama. Alguien debió llevarla allí cuando perdió el

conocimiento.

Recordó lo sucedido con una sensación de náusea. Todavía no estaba segura de qué era verdad y qué una ilusión. Había visto a Matthew, pero no sabía si era una pesadilla. Recordaba que Perry le había preguntado si estaba bien, que se había sentido muy mal. Pero no sabía si había imaginado las palabras de Matthew.

Una sombra se movió junto a las persianas de la ventana y Olivia volvió la cabeza con rapidez. Esa acción le provocó dolor, pero lo ignoró. Un hombre estaba de pie, de espaldas a la luz, y Olivia trató de determinar quién era.

—¿Perry? —susurró, débilmente, aunque la silueta grande y fuerte del hombre la desmentía. Pero no podía imaginar que Matthew estuviera allí, sobre todo no después de haberle visto tan disgustado.

—Ya se ha ido —se acercó a la cama y Olivia perdió el aliento al darse cuenta de que sí era Matthew. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa. Su aspecto era tranquilo y natural, pero sus ojeras indicaban que estaba exhausto.

—¿Se fue? —inquirió al ver que Matthew se sentaba a la orilla de la cama.

—Así es —asintió y la miró—. ¿Y bien? ¿Cómo te sientes? Es la primera vez que tengo este efecto en una mujer.

Olivia sabía que trataba de bromear, pero no pudo animarse.

—¿Dónde... está Perry? —insistió y recordó la furia de Matthew al verlos juntos. Esperó que la situación no se hubiera tornado violenta.

—Supongo que en su casa —comentó Matthew y acarició la colcha —. O tal vez se haya ido a cenar. Parece que iba a cenar contigo, ¿verdad? Lo siento, si querías salir con él, pero Perry ha entendido que tú y yo tenemos que hablar.

—¿Entendido? —lo miró con ansiedad—. ¿Qué le has dicho, Matthew? ¿Cómo... lo has convencido de que se marchara?

—Bueno, no lo he tirado por la ventana, si eso te imaginas —le indicó—. Perry y yo tuvimos una interesante conversación. Supongo que se puede decir que ahora nos entendemos. Y eso es algo que tú y yo nunca logramos.

Olivia parpadeó y trató de sentarse. Al hacerlo, las piernas anchas del pantalón expusieron parte de sus piernas, pero logró taparse de nuevo, evitando ver a Matthew. A pesar de lo que decía, a ella le parecía que era una situación irreal.

—¿Estás bien? —inquirió Matthew y ella fue muy consciente de que su mano estaba a pocos centímetros de su tobillo. Olivia no podía imaginar a Perry llevándola en brazos.

—Estoy bien —se quitó un mechón de la frente—. De verás. No sé por qué me he desmayado. Es la primera vez que me pasa —estaba nerviosa.

—Supongo que has recibido una fuerte impresión al verme —sonrió con sarcasmo—. Sobre todo porque os interrumpí. ¿Qué estabas haciendo?

—¿Perdón? —de pronto entendió el significado que tenía la presencia de Matthew en su apartamento. Pensó en la consecuencia de que Matthew hubiera cruzado todo el Atlántico para ir a verla.

—Te he dicho que... —empezó Matthew.

—Ya lo sé —lo interrumpió nerviosa—. Pero, no tienes por qué hacerme esa pregunta. Y tampoco tenías derecho a hacer que Perry se fuera. Matt no estamos en Lowet Mychett, sino en Nueva York.

—Ya sé dónde estamos —le indicó con brusquedad. La cogió de los tobillos la obligó a recostarse de nuevo—. Pero no me digas qué es lo que puedo o no puedo hacer en lo que a ti se refiere. Ahora no estoy de humor para hacer esa distinción —al levantarse le puso una mano a cada lado de la cabeza.

—Matt... —protestó la chica, pero Matthew no la escuchaba. La miraba a los ojos y Olivia sintió que se derretía. Y, cuando él inclinó la cabeza, la chica no se resistió, pues sabía que ya no había ningún impedimento para que la besara.

Su boca era ardiente y hambrienta y el beso terminó con las ligeras inhibiciones de Olivia. Matthew se apoyaba sobre las manos y su pecho rozó sus senos. Olivia quiso acercarse más. Gimió y le pasó los brazos al cuello. Al sentir su peso sobre el cuerpo, estuvo segura de que él no era un sueño.

Matthew endureció la boca y el beso se ahondó. Su lengua invadió su boca, posesiva y exigente. Cuando acarició la lengua de Olivia, ésta sintió que entraba en el paraíso. Se hundió en un mar oscuro de sensaciones y no tuvo el menor deseo de salvarse.

—Me deseas —susurró con pasión y Olivia alzó una pierna para ponérsela sobre la espalda.

Le deslizó las manos por la espalda, alzándola, y Olivia se percató de su excitación. El fuego corrió por sus venas mientras Matthew la acariciaba. Siempre sucedía eso, al deslizar las manos bajo su camisa. Le desabrochó los botones que faltaban para besarle el pecho.

—Dios mío, Liv —gruñó él, mientras echaba a un lado las solapas de la chaqueta para besarle el cuello—. Cuando llegué y te vi besando a... bueno, quise matarlo. Quise mataros a los dos —hundió el rostro en el hueco perfumado de sus pechos—. Supongo que fue muy oportuno que te desmayaras. Eso me hizo recuperar la razón.

—¡Mart! —Olivia no quería hablar, pero quería darle una explicación—. Perry y yo no nos estábamos besando. Bueno, no era un beso como el que imaginas —le acarició las mejillas—. Yo acababa de decirle que... amaba a otro hombre.

—¿De verdad? —se alejó un poco y sus ojos se ensombrecieron—. Cuéntame eso.

—Ahora no, Matt... —suspiró Olivia.

—Sí, ahora —se separó más—. Dime quién es ese hombre.

—¡Ya lo sabes! —gimió la joven.

—¡Ah, sí! —estaba actuando de modo muy raro para ser un hombre que acababa de recibir la respuesta deseada.

—Claro que lo sabes —lo miró con fijeza—. ¡Eres tú!

—No me digas —se sentó y Olivia lo miró, confundida.

—¿Qué te pasa? Yo... pensé que eso querías oír.

—Entonces, ¿por qué te marchaste de Inglaterra por segunda vez? —apretó los labios—. Vamos, Liv, quiero una explicación.

—Ya sabes por qué —se sentó—. Estás casado.

—¿Ése es el único motivo? —cuestionó y la vio asentir.

—¿Qué otro motivo podría haber? —estaba cansada—. Ya sabes que te amo. Nunca ha sido algo que se haya puesto en duda.

—¿Ah, no? —la cogió de los hombros y la sacudió con fuerza.

—No.

—Entonces, ¿por qué me dejaste hace diez años? —rugió—. Yo no estaba casado en esa época.

—Oh... —Olivia bajó la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Matthew la soltó. Por un momento, ella creyó que Matthew había olvidado el pasado, pero no debió engañarse. El pasado estaba unido al presente y no lo podía ignorar. Y tenía que hacer frente a la situación—. Tuve mis motivos.

—¿Qué motivos? —insistió Matthew.

Olivia no lo culpaba por insistir, pero no se sentía capaz de contarle una historia que no le pertenecía.

—Es una larga historia. No nos concierne. Y preferiría no contártela.

—¿Y si yo quiero que lo hagas? —la miró a los ojos.

—¿Por qué habrías de quererlo? —exclamó—. Eso no altera la situación, sigues casado... —se le ocurrió algo desesperado—. ¿O no? —pero sus esperanzas se destruyeron al verlo asentir—. No podemos cambiar lo que ha pasado ahora! Es... demasiado tarde.

—Tal vez no —Matt habló en un hilo de voz que la sobresaltó.

—¿A qué te refieres?

—A que tal vez no sea demasiado tarde para nosotros —susurró

Matthew y Olivia lo miró, incrédula.

Capítulo 15

—PERO, ¡Helen...! Las cuadras...

—Las cuadras ya no existen —declaró—. Se quemaron hace dos semanas. Fue un verdadero infierno. Varios caballos murieron.

—No puedo creerlo —se quedó pasmada.

—Pues es cierto.

—Pero... ¿cómo... es decir, tú...?

—No tuve nada que ver en eso —exclamó Matthew, indignado—. Demonios, ¿qué opinión tienes de mí?

—No he querido decir eso —estaba confundida—. ¿Helen, no...?

—Helen está bien —declaró Matthew y Olivia se sintió aliviada. A pesar de que la muerte de Helen le habría devuelto la libertad a Matthew, no quería reunirse con él por una causa semejante.

—Entonces, ¿cómo sucedió?

—Fue un incendió premeditado.

—¿Qué? Pero, ¿quién... ?

—La policía piensa que fue Helen —replicó Matthew y Olivia contuvo el aliento.

—Bueno, deben estar equivocados.

—No lo creo —Matthew hizo una pausa—. No fue un trabajo de profesional. Parece que el fuego se inició en un granero abandonado que estaba junto a los establos. Es obvio que no era su intención matar a los caballos, Helen no haría nada que pudiera dañarlos.

—¿Por qué haría algo semejante? —Olivia negó con la cabeza.

—¿Por qué crees? Para cobrar el dinero del seguro. Aunque cualquiera podía darse cuenta de que la aseguradora no iba a pagar una investigación a fondo —suspiró—. Pero Helen nunca ha sido muy racional en lo que se refiere a sus caballos. Supongo que estaba desesperada.

—Pero debió tener la intención de sacar a los caballos —frunció el ceño.

—Claro. El problema fue que el viejo Ben Taylor, el mayoral, compró bastante alfalfa el día anterior. Y la dejó guardada en el granero.

—¡Dios mío!

—Así es —la vio horrorizarse—. Fue terrible. Todo ardió en un segundo. A no ser porque se lo impedimos, Helen habría muerto con sus caballos.

—Lo... siento —Olivia no sabía qué más decir.

—¿Lo de Helen? —alzó las cejas—. Sí, supongo que yo también. Aunque debo confesar que no lamento ya no tener nada que ver con

las cuadras Berrenger.

—Pero, ¿que pasó con los otros caballos?

—Todos han tenido que venderse para pagar la hipoteca. Por fortuna, la aseguradora de mi padre aclaró que él no era responsable de nada, y ahora sólo le queda pagar la hipoteca de Rycroft.

—¿Helen está en prisión?

—No —por primera vez, Matthew sonrió un poco—. Mi padre logró que un abogado amigo suyo la defendiera y logró que quedara libre bajo fianza. De todos modos, Helen ya se ha ido del pueblo. Dijo que ya no podía seguir viviendo allí ahora que ya no tenía las cuadras.

—¿Entonces, eso significa que...? —Olivia tragó saliva.

—¿Qué nos estamos divorciando? —la miró—. Sí, así es.

—¡Oh, Matthew! —Olivia no podía creer que fuera verdad. Era algo que deseaba tanto... Sin dudarlo, se echó en sus brazos, le pasó los brazos por el cuello y hundió el rostro en su pecho. Estaba llorando y riendo al mismo tiempo y le llevó varios minutos darse cuenta de que Matthew no compartía su emoción.

Cuando al fin se percató de que Matthew no la tocaba ni respondía de ninguna manera a su alegría, se estremeció.

—¿Matt? —tartamudeó y se separó un poco—. Matt, ¿qué pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué me miras así? ¿No... quieres que estemos juntos?

Matthew se quitó los brazos de Olivia del cuello.

—No digas tonterías —replicó, molesto—. Eso es lo que siempre he deseado —estaba sombrío—. Pero, sin importar lo que diga tu madre, si no sé por qué me dejaste hace diez años, nunca podré volver a tener paz.

—¿Qué... dice mi madre? ¿Qué te dijo?

—Eso no importa nada...

—Vamos, Matt, tal vez sea algo muy importante. ¿Qué fue lo que te dijo mi madre?

—¿Te importa tanto como a mí saber por qué me dejaste? —preguntó.

—Cariño, sé que eso es fundamental para ti —exclamó y le besó en los labios—. Te prometo que te lo contaré todo. Sólo dime que te dijo mi madre, por favor.

Matthew la miró durante largo rato y, como si no pudiera evitarlo, la abrazó.

—Está bien —susurró con la voz ronca por la tensión—. Dijo que tenía que venir a buscarte, que estaba segura de que tú me seguías queriendo y que tenía que decirte que recordó que había otra carta entre las que te enseño un día —frunció el ceño, frustrado—.

¿Entiendes algo de todo eso?

—¿Dijo eso?—estaba atónita.

—Aja —le alzó la cara con suavidad—. Adelante, dime qué significa. Creo que merezco saberlo.

Olivia se humedeció los labios y le llevó unos momentos entender lo que Matthew le había comentado. Si su madre decía eso, era porque debió recordar que, entre esas cartas, se encontraba la que ella le quiso enviar una vez al padre de Matthew.

—Mi madre está bien, ¿verdad? —tembló.

—Sí, lo estaba cuando la vi por última vez —concedió—. Liv, si estás tratando de distraerme...

—Claro que no—aseguró.

—Liv...

—Ya voy, ya voy —suspiró—. Mi madre... conoció a tu padre... hace muchos años. Antes de que yo naciera.

—Supongo que te refieres a que se conocieron de modo íntimo —notó Matthew. No estaba sorprendido y Olivia frunció el ceño.

—Bueno, sí. ¿Ya lo sabías?

—Pensé que todos conocían es vieja historia —replicó—. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Estoy seguro de que no fue una razón para que rompieras nuestra relación.

—Bueno, no —estaba desconcertada y necesitó un poco de tiempo para ordenar sus pensamientos—. No lo entiendes, yo... mi abuela me enseñó algunas cartas. Unas cartas que tu padre le escribió a mi madre.

—¡Dios mío! —hizo una mueca—. ¿Cómo se apoderó de ellas?

—No estoy segura. Debió de encontrarlas cuando mi madre las tiró. Y las guardó. Sólo Dios sabe por qué lo hizo.

—De todos modos...

—Aún hay más —se tensó Olivia—.Entre las cartas de tu padre... estaba otra. Una que mi madre le escribió a tu padre, pero que en realidad nunca le envió —hizo una pausa—. Era para decirle que estaba embarazada. Mi abuela me dijo que yo era el resultado de ese embarazo.

—¿Quieres decir... que pensaste...? —Matthew se quedó de una pieza.

—... que eras mi hermanastro —Olivia contuvo el aliento—. ¿Te das cuenta de por qué tuve que irme? Yo no podía... contarte algo semejante.

—¡Dios mío! —Matthew siguió contemplándola mientras Olivia le narraba el resto. Le contó que Harriet sabía que ella no era hija de Robert. Le manifestó que Felicity pensaba que el secreto estaba a salvo

pero, que ella, su abuela, no podía permitir que se cometiera semejante atrocidad.

—Como verás, tuve que irme —concluyó Olivia—. De haberme quedado en el pueblo, habría sido mucho peor. Y tal vez habría cedido, si tú me hubiera insistido. No puedo resistirme a ti.

—¡Vaya si me engañaste! —gruñó Matthew.

—¡Oh, Matthew! —le echó los brazos al cuello—. Me perdonas, ¿verdad?

Matthew la colocó sobre las almohadas y la besó con una pasión que era toda la respuesta que Olivia necesitaba. Por primera vez en muchos años, le devolvió el beso con deleite y libertad.

—Debería estrangularte —susurró y le desabrochó la chaqueta, viendo el sujetador de encaje que había abajo—. Debiste darte cuenta de que esa aventura terminó mucho antes de que nacieras. Tu madre era sólo una chiquilla entonces. Mi madre me lo dijo.

—¿Ah, sí? —se convulsionó cuando Matthew le frotó un pezón con el dedo—. Bueno... —contuvo el aliento—. Yo sólo era una niña cuando la abuela me contó esas mentiras... Creo que cometió un error.

—Claro que no —la miró enfadado—. Supongo que después de todo ese cuento de que tu abuela amaba a mi abuelo es cierto. Creo que tú fuiste su manera de vengarse de la familia Ryan.

—¿De qué hablas? —le enredó los dedos en el pelo.

—Bueno, sólo son viejos chismes —admitió y le miró la boca—. De acuerdo con mi madre, la vieja Harriet odió a los Ryan cuando mi abuelo se casó con otra —sacudió la cabeza—. Es algo irónico... que tres generaciones de nuestras familias hayan tenido un lazo en común. Y si tu abuela se hubiera salido con la suya, el resultado actual habría sido el mismo. '

—Yo no sabía eso —susurró la chica.

—No... bueno, ya es algo que pertenece al pasado —mascullό—. ¿Me puedes quitar la camisa? Creo que me está dando calor.

Olivia lo hizo con dedos temblorosos.

—Yo no lo sabía —repitió— Dios mío, ¿cómo pudo mi propia abuela hacernos algo semejante?

—No lo sé —se dio cuenta de que debía impedir que siguiera pensando en eso—. Dime, ¿cuándo descubriste que no era cierto que éramos hermanos? ¿Y por qué no me lo dijiste entonces?

—Ah... —Olivia le acarició el vello del pecho—. Mi madre me lo reveló de manera indirecta. Estábamos revisando las cosas de la abuela y encontramos las cartas. Ella... me contó la verdad: que perdió al bebé, que tu madre se quedó embarazada al mismo tiempo, todo. No sabía que yo las había leído antes y no pude decírselo.

—¿Por qué?

—No es una mujer con buena salud —suspiró Olivia—, y temí que si le contaba lo que la abuela me había dicho, tal vez se culparía a sí misma. Yo... no quería que hiciera eso.

—¡Oh, Liv!

—Hasta le quité las cartas, antes de que pudiera descubrir la carta que nunca le envió a tu padre, contándole que estaba embarazada.

—La otra carta a la que se refirió —entendió Matthew al fin—. ¿Y crees que ahora lo sabe?

—Tal vez lo adivinó todo —asintió—. Matt, me alegro tanto de que así haya sido. Tal vez no habrías venido, si no…

—No estaría tan seguro de eso —sonrió—. Como ya te dije, parece que no puedo mantenerme alejado de ti.

—Gracias a Dios que no puedes —le acarició la cara.

—Pero eso no explica por qué no me lo contaste hace tres semanas —le recordó.

—Quise decírtelo —recordó—. Pero no podía permitir que vendieras Rycroft sólo por mí, para poder divorciarte de Helen y darle el dinero que te hubiera pedido.

—Sabías que lo haría, ¿verdad?

—Pensé que tal vez lo harías —confesó—. Y no podía tener esa responsabilidad cuando me habrías odiado después por eso.

—¿Odiarte? —torció la boca—. No sabes cuántas veces quise poder odiarte. Sobre todo cuando te negaste a casarte conmigo. Creo que entonces sí te odié. El problema fue que no duró.

—¡Oh, Matt!

El beso que siguió estaba lleno de deseo. Olivia le quitó la camisa para poder acariciarle la espalda. Cuando se disponía a desabrocharle el cinturón, los recuerdos la invadieron.

—¿Te acuerdas de la primera vez que te desnudé? —susurró—. No sabía qué esperar entonces.

—Bueno, ahora ya lo sabes —susurró y se estremeció por sus caricias sensuales—. Dios mío, Liv... no me hagas eso. Bueno, por lo menos espera a que me haya quitado los pantalones...

Horas después, Olivia se desperezó y Matthew bajó de la cama.

—¿Adonde vas? —protestó, adormilada, y encendió la luz para poder admirar su cuerpo atlético y musculoso—. Faltan varias horas para que salga el sol.

—Necesito beber agua —se dirigió a la cocina—. Tal vez tú estés acostumbrada al champán, pero yo no.

—Ah.

Olivia sonrió y rodó sobre la espalda. No podía dejar de sonreír y Matthew le hizo una mueca antes de salir del cuarto. Mientras hacían el amor, bebieron toda una botella de champán. Olivia estaba relajada y embriagada.

Iba a volver con Matthew a Inglaterra. Agnes podía seguir al frente de la agencia.

En cuanto a su madre, supuso que algún día le contaría la verdad, si es que no la había adivinado ya. Le parecía obvio que Felicity Stoner era una mujer mucho más fuerte de lo que todos habían creído.

Matthew volvió con un vaso de agua. Al acercarse a la cama, Olivia lo miró. Era un deleite mirarlo, saber que tenía derecho a hacerlo. Y Matthew no fue indiferente al brillo posesivo de los ojos de Olivia.

De todos modos, terminó de beber el agua antes de volver a acostarse y Olivia lo miró con malicia.

—No tienes nada de modestia, ¿verdad? —exclamó y le acarició el velludo muslo. Matthew se estremeció.

—Ni tú tampoco —se volvió para aprisionarla bajo él. Su miembro excitado palpitó contra la pierna de la chica que se frotó contra él, ansiosa.

—Nunca me contaste cómo lograste entrar a mi apartamento —recordó Olivia, tiempo después. Matthew se separó un poco de ella, reacio.

—Le dije al portero que era tu hermano y que quería darte una sorpresa —confesó, sonriente—. Me temo que no fue un buen pretexto en estas circunstancias; pero me creyó.

—Menos mal que te creyó —susurró Olivia y lo abrazó—. Pero mañana le contaré la verdad. No quiero que nadie vuelva a confundirte con mi hermano. Ni siquiera yo.

Epílogo

La tarde estaba llegando a su fin. Cansada del corre-corre de aquella semana, Olivia no veía la hora de que Matt pasara a la agencia para recogerla. Por un momento, ella descansó el bolígrafo que estaba usando para hacer los probatorios del costo mensual de la agencia sobre la mesa y pensó que la idea de montar una filial en Londres fuera un éxito. Agnes continuaba tomando cuenta de la matriz, en Nueva York, y una vez cada dos meses ellas se encontraban para poner en día la contabilidad y actualizar los métodos utilizados por la empresa. Aquel día fuera particularmente exhaustivo, conjeturo Olivia. Había tenido atender a varios nuevos clientes, enterarse de sus exigencias y recoger soluciones .Un largo suspiro brotó de su pecho. A pesar de cansada, estaba feliz como nunca Había estado en toda su vida. Se recostó su silla y la giró de frente para la gran ventana acristalada que daba vista para la torre de Londres.

El pensamiento de como su vida Había cambiado los últimos meses le vino a la mente. Ahora, casada con el hombre que fuera su primero y único amor y de quien fuera obligada a separarse, por una circunstancia del destino, se sentía renacer. Había conseguido aliar su vida profesional a la emocional, y Olivia tenía certeza de que vivía en un verdadero paraíso. Una leve batida en la puerta a hizo volverse.

—¿Tardé mucho? — Matt indagó. Olivia sonrió y se levantó, saliendo al encuentro de su marido.

—No, no te retrasaste, pero me estaba muriendo de melancolía. Se lanzó a los brazos de él y sintió los labios ardientes y sensuales que envolvían su boca.

Olivia se entregó al placer de ser acariciada por el hombre amado, y quedo pegada a él, como si el mundo no existiese más allá, como si aquel momento fuese eterno. Matt la alejó un poco y le dijo:

—Tengo una invitación que hacerte... — Y una sonrisa pícara bailo en los labios de él.

Olivia sonrió y se apoyó nuevamente en el pecho fuerte y musculoso.

—Y a que se debe la invitación?

—A nada en especial... Quería sólo estar contigo aquí en Londres, ya que en todos estos meses no hemos podido quedarnos en la ciudad a pasear.

Le dio un beso suave en la frente y habló de nuevo:

—Quería revivir los viejos tiempos...

—¡Oh, mi amor! Lo que más quiero yo es estar sólo contigo, sabes eso, ¿no es verdad?

—¿No está arrepentida de haber dejado tu vida agitada de Nueva York para vivir conmigo?

—No, y lo sabes. No me alejé de ti en el pasado por no amarte…

Matt la interrumpió, callándola con un beso.

—Ya, vamos a olvidarnos del pasado. De ahora en adelante sólo el presente y el futuro cuentan. —Sonriendo, él la apresuró: —Bien, vamos rápido, que no quiero perder un minuto más de la linda noche que está haciendo allá fuera.

Olivia le dio un beso breve en los labios y se alejó, cogió su bolsa y ambos salieron.

El restaurante, pequeño y acogedor, guardaba memorias del tiempo en que ambos eran apasionados jóvenes, y no veían barreras para consumar su amor.

Mucho tiempo había pasado, muchos acontecimientos ofuscaron el brillo de aquel amor adolescente, pero el amor había sobrevivido, fuerte, maduro, con la certidumbre de que sería eterno, intenso y maravilloso.

Olivia miro a su marido y preguntó:

—¿Puedo saber por qué cambiarte de plan hoy?

—Bien… La verdad, me estaba muriendo de ganas de quedarnos aquí, sin compromisos, sólo disfrutando de tu compañía, con tiempo para amarnos sin ser interrumpidos por nadie…

Las manos de Matt acariciaron las de Olivia con ternura y en sus ojos estaba estampado todo el amor reprimido durante años.

—Yo te amo mucho, Olivia.

—Yo también te amo, Matt, más que a mi propia vida…

Matt se encorvó y le dio un beso en los labios.

—Siempre soñé con estar así contigo, en comunión total, sabiendo que el futuro sólo me reservaba alegrías. Tardó tanto, tanto, pero valió la pena. Sé que ahora seremos felices para siempre.

Olivia, emocionada con las palabras de su marido, sabía que aquel era el momento ideal para revelarle el secreto que la colmaba desde el día anterior.

Entonces, apretándole las manos con cariño, dijo:

—Matt, tengo algo que decirte…

El semblante de su marido se volvió serio por las palabras de Olivia.

—Dime, mi amor…

Ella sonrió delante de la curiosidad de él.

—Pero no necesitas tener ese aire tan serio. A fin de cuentas, que

yo sepa, voy a realizar uno de los mayores deseos de tu vida… y no va a tardar mucho.

Sorpresa y alegría se mezclaron en el semblante de Matt.

—No… Dime que no estoy soñando…

—No, usted no está soñando, Sr. Matthew Ryan. ¡Pronto será papá!

No contiendo su alegría, Matt se levantó y apreso a su esposa entre sus brazos y salió girando por el pequeño restaurante, bajo las miradas atónitas de los comensales, que ni siquiera podían imaginar el largo camino que Matt y Olivia habían tenido que recorrer para realizar su sueño de amor…

FIN